Relatos de fantasmas



Traducción de
Juan Manuel Caycedo





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

Relatos de fantasmas

Edith Wharton

Traducción de
Juan Manuel Caycedo

Ganador de la Beca de Traducción
– Inglés, Idartes 2019

Alcaldía Mayor de Bogotá
ENRIQUE PEÑALOSA LONDOÑO, Alcalde Mayor de Bogotá
MARÍA CLAUDIA LÓPEZ SORZANO, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
JULIANA RESTREPO TIRADO, Directora General
JAIME CERÓN SILVA, Subdirector de las Artes
LINA MARÍA GAVIRIA HURTADO, Subdirectora de Equipamientos Culturales
LILIANA VALENCIA MEJÍA, Subdirectora Administrativa y Financiera
MARCELA TRUJILLO QUINTERO, Subdirectora de Formación Artística

ALEJANDRO FLÓREZ AGUIRRE, Gerente de Literatura
CARLOS RAMÍREZ PÉREZ, OLGA LUCÍA FORERO ROJAS, RICARDO RUIZ ROA, YENNY MIREYA BENAVÍDEZ MARTÍNEZ, MARÍA EUGENIA MONTES ZULUAGA, ÓSCAR JAVIER GAMBOA ARÉVALO, MARÍA CAMILA JARAMILLO LAVERDE,
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2019

Imágenes: carátula: detalle de una ilustración de Pete Linforth en Pixabay; contracarátula: arriba: Edith Wharton, *circa* 1895, Biblioteca Beinecke de Manuscritos y Libros Raros; abajo: detalle de una ilustración de Van Natthewman, Lisle Brevities (Philadelphia, PA: Henry T. Coates & Co., 1903).

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS, Producción ebook
978-958-5595-22-4, ISBN (impreso)
978-958-5595-23-1, ISBN (epub)
UNIÓN TEMPORAL IDARTES, Impresión
Impreso en Colombia

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Traducción las obras «Afterward», «The Eyes», «Bewitched», «Kerfol» y «The Pomegranate Seed» de Edith Wharton
Juan Manuel Caycedo Molina, Beca de Traducción - Inglés, 2019
Resolución 927 del 20 de junio 2019 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores de la convocatoria BECA DE TRADUCCIÓN y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca de Traducción - Inglés, 2019
Mediante la Resolución 692 del 27 de mayo de 2019 se designaron como jurados del concurso Beca de Traducción - Inglés a James Stephen Weiskopf, Mateo Ramiro Camilo Guillermo Andrés Carlos Arturo Cardona Vallejo y Carlos Alberto Riaño Torres.

Contenido



Edith Wharton, *circa* 1901.
Fotografía de Zaida Ben-Yusuf.

Fantasmas y parejas (y dos excepciones)

En el prólogo de su recopilación *Tales of Men and Ghosts* (1910), Edith Wharton (1862-1937) afirma que «aunque en lo más profundo de nosotros acecha el instinto espectral, me parece que lo van atrofiando gradualmente los dos grandes enemigos de la imaginación: la radio y el cine». Esta idea, cargada de atavismo y compartida con otros autores no menos prominentes, ha sido desmentida a lo largo de más de un siglo por esos dos grandes y falsos «enemigos». Tampoco ha probado ser del todo cierto aquello de que «lo que un espectro necesita realmente no son pasadizos resonantes y puertas ocultas sino solo continuidad y silencio. Porque allí donde se ha manifestado un fantasma una vez, parece tender a manifestarse otras, y, evidentemente, prefiere las horas de silencio, cuando finalmente la radio ha dejado de transmitir su música de jazz»; pero esta opinión nos deja ver que sus cuentos de terror se fabricaron con el mismo material que alimentó sus novelas y cuentos de corte realista: la nostalgia de un mundo que poco a poco va siendo arrasado por el progreso y el cambio de las costumbres, pero cuyas reglas sociales terminan siendo aplastantes para sus protagonistas.

Con excepción de la primera, las historias de este volumen tienen como protagonistas —además del espectro respectivo— a matrimonios fallidos o en camino de serlo. A estas parejas también las ronda otro fantasma: el de la desconfianza por una posible infidelidad. Los hombres mienten y las mujeres se debaten frente a las evidencias del engaño, sin embargo tratan de mantener las tensiones e incompatibilidades dentro de la compostura y las buenas maneras. Pues como bien lo señaló la escritora inglesa Anita Brookner, los hombres de Edith Wharton no están a la altura de sus mujeres.

Si bien la autora de nuestro Libro al Viento 145 es recordada principalmente por novelas como *La casa de la alegría* (1905), *Ethan*

Frome (1911) y *La edad de la inocencia* (1920), buena parte de su narrativa breve está a la altura de ellas. De hecho Wharton fue primero cuentista que novelista. Su primera colección de cuentos, *La gran inclinación*, apareció en 1899 y durante 38 años siguió publicando recopilaciones a intervalos regulares, la última de ellas apareció el mismo año de su muerte. A lo largo de su carrera, una y otra vez frecuentó el género del terror, cuyos modelos fueron Robert Louis Stevenson (1850-1894), Sheridan Le Fanu (1814-1873), Fitz James O'Brien (1828-1862) y Marion Crawford (1854-1909), pero sobre todo su maestro y amigo Henry James (1843-1916), cuya novela corta *La vuelta de tuerca* (1898) consideraba Wharton la cumbre del género y a la que rinde homenaje en «Los ojos», un relato que tiene el mismo marco narrativo: un grupo de amigos que se reúne a contar historias de fantasmas como estas que usted tiene entre sus manos.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

Relatos de fantasmas

Edith Wharton

LOS OJOS

ESA NOCHE, después de una cena excelente en casa de nuestro viejo amigo Culwin, habíamos quedado en modo fantasmas gracias a un cuento de Fred Murchard: la historia de una extraña visitación personal.

La biblioteca de Culwin, vista a través de la bruma de nuestros cigarros y el fulgor adormilado de la chimenea de carbón, con sus paneles de roble y viejos lomos oscuros, era un buen escenario para tales evocaciones; tras la introducción de Murchard las experiencias fantasmales de primera mano eran el único género que aceptábamos, así que procedimos a hacer un balance de nuestro grupo y a exigirle a cada miembro una contribución. Éramos ocho, y siete se las arreglaron para cumplir, de manera más o menos adecuada, con la condición impuesta. Nos sorprendimos de que hubiéramos podido reunir semejante muestra de impresiones sobrenaturales, pues ninguno de nosotros, salvo el mismo Murchard y el joven Phil Frenham —cuya historia era la más floja de todas—, teníamos la costumbre de lanzar nuestras almas hacia lo invisible. Así pues, en general, teníamos muchas razones para estar orgullosos de nuestras siete «muestras», y ni en sueños ninguno de nosotros se hubiera esperado una octava por parte de nuestro anfitrión.

El señor Andrew Culwin, nuestro viejo amigo, quien atento y parpadeante se había recostado en su sillón entre los círculos de humo con la tolerancia alentadora de un sabio ídolo antiguo, no era el tipo de hombre dotado de semejantes contactos, aunque tenía la imaginación suficiente para disfrutar sin envidia los superiores privilegios de sus invitados. Por edad y educación, pertenecía a la robusta tradición positivista, y su forma de pensar se había constituido en los días de la lucha épica entre la física y la metafísica. Pero siempre había sido esencialmente un espectador, un cómico observador distante del inmenso y farragoso espectáculo de variedades de la vida, que escapaba de su silla de vez en cuando para darse un breve paseo

por las festividades de la parte trasera de la casa; pero nunca, hasta donde se sabía, mostraba el menor deseo de subirse al escenario a hacer un «número».

Entre sus contemporáneos perduraba una creencia incierta de que había sido, en una época remota y en un ambiente romántico, herido en un duelo; pero esa leyenda no cuadraba con el carácter que los hombres más jóvenes le conocíamos, como tampoco el «pequeño hombre encantador de bellos ojos» —que mi madre decía que había sido— correspondía con alguna reconstrucción posible de su fisionomía.

«Él nunca pudo haberse parecido a otra cosa que a un manojo de flores», había dicho Murchard alguna vez sobre él. «O a un tronco fosforescente, más bien», corrigió alguien más, y reconocimos lo apropiada que era esta descripción de su pequeño tronco chato, con ese rojo parpadear de los ojos en un rostro semejante a la corteza jaspeada de un árbol. Siempre había estado poseído por una placidez que él había cultivado y protegido, en lugar de desperdiciarla en actividades banales. Sus horas, minuciosamente aprovechadas, habían sido dedicadas al cultivo de una fina inteligencia y a unos pocos hábitos juiciosamente escogidos, y ninguna de las perturbaciones comunes a la experiencia humana parecían haberse atravesado en su cielo. Sin embargo, su desapasionada medición del universo no había mejorado su opinión sobre el costoso experimento, y su estudio de la raza humana parecía haber llegado a la conclusión de que todos los hombres eran superfluos y las mujeres necesarias únicamente porque alguien tenía que cocinar. Sobre la importancia de esto último sus convicciones eran absolutas, y la gastronomía era la única ciencia que reverenciaba como un dogma. Debe ser dicho que sus modestas cenas eran un sólido argumento a favor de esta postura, además de ser una razón —aunque no la principal— de la fidelidad de sus amigos.

Mentalmente ejercitaba una hospitalidad menos seductora, pero no por eso menos estimulante. Su mente era como un foro, o una suerte de lugar de encuentro abierto para el intercambio de ideas: un tanto frío y con corrientes de aire, una especie de arboleda académica cuyas hojas todas habían caído. En esta área privilegiada una docena de nosotros nos

permitíamos estirar los músculos y expandir los pulmones, y, como si se tratara de prolongar al máximo posible la tradición que nosotros presentíamos como una institución destinada a desaparecer, de vez en cuando uno o dos neófitos se añadían a nuestra bandada.

El joven Phil Frenham era el último y el más interesante de estos reclutas, y un buen ejemplo de la afirmación de Murchard un tanto mórbida de que a nuestro amigo «le gustaban jugosos». En efecto era un hecho que Culwin, por lo reservado que era, gustaba especialmente de las cualidades líricas de la juventud. Aunque era de lejos un epicúreo demasiado bueno como para cortar las flores del alma que recolectaba para su jardín, su amistad no era una influencia desintegradora: por el contrario, forzaba las ideas jóvenes a florecer más robustas. Y en Phil Frenham tenía un buen sujeto de experimentación. El chico era realmente inteligente, y la solidez de su carácter era como la pasta pura bajo un glaseado fino. Culwin lo había pescado en una nube de aburrimiento familiar, y lo había alzado hasta un pico en el Darién, y la aventura no lo había molestado en lo más mínimo. En efecto, la destreza con la que Culwin se las había arreglado para estimularle las curiosidades sin despojarlas de su flor de asombro me parecía respuesta suficiente a la monstruosa metáfora de Murchard. No había nada frenético en la floridez de Frenham, y su viejo amigo no había puesto siquiera un dedo en las estupideces consagradas. No había mejor prueba de ello que el hecho de que Frenham aún las reverenciaba en Culwin.

—Compañeros, hay una cara de él que ustedes no ven. ¡*Yo* creo en la historia del duelo! —declaró, y fue la esencia misma de esta certeza la que lo incitó, justo cuando nuestro grupito se estaba dispersando, a voltearse hacia nuestro anfitrión con la exigencia jocosa—: ¡Y ahora tienes que contarnos de *tu* fantasma!

La puerta se había cerrado tras Murchard y los demás; solo quedábamos Frenham y yo, y al devoto sirviente que presidía los destinos de Culwin, después de haber traído una nueva provisión de soda, le habían ordenado lacónicamente irse a dormir.

La sociabilidad de Culwin era una flor que se abría de noche, y sabíamos que esperaba que el núcleo de su grupo se estrechara sobre él pasada la medianoche. Pero el encanto de Frenham lo desconcertó cómicamente, y se levantó de la silla en la que recién se había sentado luego de despedir a los otros.

—¿*Mi* fantasma? ¿Me crees lo suficientemente tonto como para tomarme el trabajo de quedarme con uno cuando hay tantos tan encantadores en los clósets de mis amigos?... coge otro cigarro —dijo, estremeciéndose hacia mí con una carcajada.

Frenham también se rio desplegando su escasa estatura frente a la chimenea y volteándose hacia su pequeño amigo encrespado.

—Oh —dijo—, si conocieras a uno que realmente te gustara jamás lo compartirías.

Culwin se había echado en su sillón, la cabeza hundida en el hueco de cuero ajado, sus ojos centelleantes sobre el cigarro recién encendido.

—Que me gustara… ¿*gustara*? ¡Santo Dios! —gruñó.

—Ah, ¡entonces *sí* has visto alguno! —Frenham lo acorraló al instante y me lanzó una miradita de victoria; pero Culwin se escondió como gnomo entre los cojines, ocultándose en una nube de humo protectora.

—De nada sirve que lo niegues. Tú lo has visto todo, ¡así que es natural que hayas visto un fantasma! —persistió su joven amigo, hablando intrépidamente entre la nube—. O, si no has visto uno, ¡es solo porque has visto dos!

Las características del desafío parecían haberle apelado a nuestro anfitrión. Sacó la cabeza de la nube con un movimiento —que a veces hacía — similar al de una tortuga, y le parpadeó a Frenham en señal de aprobación.

—Es eso —nos lo reveló entre una estridente risotada—, ¡es solo porque he visto dos!

Tan inesperadas fueron las palabras que caían y caían hacia un profundo silencio, mientras seguíamos cruzando las miradas por encima de la cabeza de Culwin, y Culwin miraba fijamente sus fantasmas. Por fin Frenham, sin

hablar, se arrojó sobre la silla del otro lado de la chimenea, y se echó hacia adelante con su sonrisa atenta…

II

—Oh, por supuesto que no son fantasmas de mostrar… un coleccionista no opinaría nada de ellos… no se hagan muchas expectativas… su único mérito se le atribuye al número: el hecho excepcional de que sean *dos*. Pero, en contra de esto, me veo en la obligación de admitir que probablemente pude haberlos exorcizado a ambos en cualquier momento yendo a que me revisara el médico o pidiéndole un par de gafas al oculista. Solo que, puesto que nunca me pude decidir entre ir al médico o al oculista si me aquejaba una ilusión óptica o una digestiva, los dejé proseguir con su interesante doble vida, aunque por momentos hacían la mía excesivamente incómoda…

»Sí… incómoda, y ustedes saben cuánto odio sentirme incómodo. Pero, cuando todo empezó, mi estúpido orgullo no me dejaba admitir que podía sentirme perturbado por el trivial asunto de ver a dos…

»Y en realidad no tenía razones para suponer que estaba enfermo. Todo lo que yo sabía era que simplemente me sentía aburrido… horriblemente aburrido. Pero me acuerdo de que parte de mi aburrimiento era que me sentía tan extraordinariamente bien que no sabía cómo diablos quemar mi exceso de energía. Había regresado de un largo viaje por México y América del Sur, y me había instalado cerca de Nueva York para pasar el invierno con una vieja tía que había conocido a Washington Irving y había tenido correspondencia con N. P. Willis. Vivía no muy lejos de Irvington en una húmeda villa gótica, de cuyo techo colgaban abetos rojos, y que parecía un emblema conmemorativo confeccionado de pelo. Su aspecto personal era acorde con esta imagen, y su propio pelo —del cual quedaba poco— podría haber sido sacrificado para elaborar el emblema.

»Para mí era el fin de un año ajetreado, con deudas económicas y emocionales considerables, y, en teoría, la dulce hospitalidad de mi tía sería benéfica tanto para mis nervios como para mi bolsillo. Pero el problema de eso fue que, tan pronto me sentí resguardado y a salvo, mi energía empezó a

revivir, ¿y cómo la iba a quemar dentro de un emblema conmemorativo? En ese momento creía en la ilusión de que el ejercicio intelectual constante podía comprometer la actividad de un hombre por completo, y decidí escribir un gran libro (se me olvida sobre qué). Mi tía, impresionada por mi plan, me cedió su biblioteca gótica, llena de clásicos encuadernados en tela negra y daguerrotipos de celebridades desvanecidas, y me senté en el escritorio a ganarme un espacio entre sus volúmenes. Y para facilitarme el trabajo me prestó a una prima para que copiara mi manuscrito.

»La prima era una chica amable, y tenía la idea de que una chica amable era justo lo que necesitaba para restaurar mi fe en la condición humana, y principalmente en mí mismo. No era ni hermosa ni inteligente —¡pobre Alice Nowell!— pero me llamaban la atención esas mujeres contentas con ser poco interesantes, y quería averiguar el secreto de su satisfacción. En mi intento manejé las cosas precipitadamente, y las puse fuera de contexto… ¡Oh, tan solo por un momento! No es necedad contarles esto, pues la pobre chica no había conocido más que a primos…

»Bueno, estaba arrepentido de lo que había hecho, por supuesto, y preocupado sobre la manera de arreglarlo. Ella se estaba quedando en la casa, y una noche, después de que mi tía se había ido a acostar, bajó a la biblioteca a buscar un libro que había extraviado, como alguna tosca heroína de aquellas en los estantes tras nosotros. Tenía la nariz roja y estaba nerviosa, y se me ocurrió que su pelo, aunque era bastante espeso y bello, se parecía exactamente al de mi tía cuando envejeció. Me alegraba haber notado esto, pues me hizo más fácil tomar la decisión de hacer lo correcto, y cuando hube encontrado el libro que ella no había perdido le dije que me iba para Europa esa semana.

»Por esos días Europa quedaba terriblemente lejos, y Alice supo de una vez lo que yo quería decir. No lo tomó como yo lo había esperado en lo más mínimo (habría sido más fácil si lo hubiera hecho). Sostuvo su libro con firmeza y me dio la espalda un momento para encender la lámpara de mi escritorio… tenía una pantalla de vidrio esmerilado con hojas de parra y gotas de cristal en el borde, me acuerdo. Luego regresó, extendió su mano, y dijo: “adiós”. Y mientras lo decía me miró directamente y me besó. Jamás

había sentido algo tan fresco y tímido y valiente como su beso. Era peor que cualquier reproche, y me hizo sentir avergonzado de merecer un reproche suyo. Me dije a mí mismo: “Me casaré con ella, y cuando mi tía muera nos dejará esta casa, y me sentaré aquí en el escritorio y continuaré mi libro, y Alice se sentará ahí con su bordado y me mirará como me está mirando ahora. Y la vida pasará así durante cualquier número de años”. Ese horizonte me asustó un poco, pero en ese momento no me asustaba tanto como hacer algo que la hiriera, y diez minutos después tenía mi anillo de compromiso en su dedo, y mi promesa de que cuando yo fuera al extranjero ella vendría conmigo.

»Se preguntarán por qué me estoy deteniendo en este incidente. Es porque la noche en la que tuvo lugar fue la misma noche en la que tuve por primera vez la rara visión de la que he estado hablando. Como por ese tiempo era un ardiente creyente de la secuencia necesaria entre causa y efecto, naturalmente traté de rastrear algún tipo de vínculo entre lo que recién me había pasado en la biblioteca de mi tía y lo que iba a pasar unas horas después esa misma noche, así que la coincidencia entre los dos eventos quedó grabada en mi mente.

»Subí a acostarme con el corazón más bien apesadumbrado, puesto que estaba oprimido por el peso de la primera acción a la que me había comprometido conscientemente en la vida, y joven como era, vi la gravedad de mi situación. No imaginen por esto que hasta ese momento yo había sido un instrumento de destrucción. Había sido apenas un joven inofensivo, que había seguido su instinto y rechazado cualquier colaboración de la Providencia. Ahora, repentinamente me había emprendido a promover el orden moral del mundo, y me sentía bastante como el espectador crédulo que le ha dado su reloj de oro al prestidigitador y no sabe en qué condiciones lo recibirá cuando el truco haya acabado… Aun así, un resplandor de rectitud templó mis miedos, y me dije a mí mismo mientras me desvestía que cuando me hubiera acostumbrado a ser bueno probablemente no me pondría tan nervioso como lo estaba al principio. Y para el momento en el que estaba acostado y había apagado la vela, sentí

que en realidad me estaba acostumbrando, y que, hasta entonces, no era muy diferente a hundirse en uno de esos suaves colchones de lana de mi tía.

»Cerré los ojos con esta imagen, y cuando los abrí tenía que haber sido mucho más tarde, pues mi habitación se había puesto más fría e intensamente silenciosa. Me despertó el raro presentimiento que todos conocemos… el presentimiento de que en la habitación había algo que no había estado ahí cuando me quedé dormido. Me enderecé y forcé la vista en la oscuridad. La habitación estaba tan negra como el carbón, y al principio no vi nada; pero poco a poco una luz tenue al pie de la cama se convirtió en dos ojos que me sostenían la mirada. No pude distinguir las facciones adheridas a ellos, pero a medida que miraba los ojos se volvían más y más distintos: emanaban su propia luz.

»La sensación de ser observado así estaba lejos de ser placentera, y ustedes podrán suponer que mi primer impulso habría sido saltar de la cama y arrojarme hacia la figura invisible a la que pertenecían los ojos. Pero no lo fue… mi impulso fue simplemente quedarme quieto… no puedo decir si esto se debió a una conciencia inmediata de la misteriosa naturaleza de la aparición —hasta la certeza de que si saltaba de la cama debía arrojarme sobre nada— o simplemente el efecto paralizador de los ojos mismos. Eran los peores ojos que hubiera visto antes: los ojos de un hombre… ¡pero qué hombre! Lo primero que se me ocurrió fue que tenía que ser espantosamente viejo. Tenía las órbitas hundidas, y sus gruesos párpados delineados de rojo colgaban sobre los globos oculares como persianas con las cuerdas dañadas. Un párpado caía un poco más abajo que el otro, y producían el efecto de una mirada maliciosa, y entre estos pliegues de carne, con sus escasos pelos en las pestañas, los ojos mismos, pequeños discos vidriosos de borde color ágata, parecían guijarros atrapados por una estrella de mar.

»Pero la edad de los ojos no era lo más desagradable de ellos. Lo que me enfermó fue su expresión de seguridad atroz. No sé cómo más describir el hecho de que parecían pertenecerle a un hombre que había hecho demasiado daño en su vida, pero siempre se había mantenido dentro de los límites del peligro. No eran los ojos de un cobarde, sino de alguien

demasiado sagaz como para asumir riesgos, y su mirada de vulgar astucia me produjo repugnancia. Pero eso todavía no era lo peor, puesto que mientras seguíamos analizándonos el uno al otro vi en ellos un tono de burla, y sentí que yo era su objeto.

»En eso se apoderó de mí un impulso de rabia que me bajó hasta los pies y me lanzó directamente hacia la figura invisible. Pero por supuesto ahí no había ninguna figura, y mis puños dieron contra el vacío. Avergonzado y con frío, busqué a tientas un fósforo y encendí las velas. La habitación se veía como siempre… como yo creía que lo estaba; me metí a la cama, y apagué las luces.

»Tan pronto la habitación estaba oscura de nuevo, los ojos reaparecieron, y ahora me agarré de principios científicos para explicarlos. Al principio pensé que la ilusión podría haber sido causada por el resplandor de los últimos rescoldos de la chimenea; pero la chimenea estaba del otro lado de mi cama, y puesta de tal forma que el fuego no se reflejara en el espejo del baño, que era el único espejo de la habitación. Luego se me ocurrió que podría haber sido engañado por el reflejo de los rescoldos en algún pedazo de madera o metal pulido, y me di cuenta de que mi rango de visión no abarcaba ningún objeto de esos materiales; me levanté de nuevo, caminé a tientas hacia la chimenea, y tapé lo que quedaba del fuego. Pero tan pronto regresé a la cama los ojos estaban de vuelta en su pie.

»Eran una alucinación, entonces: estaba claro. Pero el hecho de que no se debía a un engaño externo no los hicieron un poco más placenteros. Porque si eran una proyección de mi conciencia interior, ¿por qué carajos unos ojos? Ya me había sumergido lo suficiente en el misterio de los estados patológicos mórbidos como para hacerme una idea de las condiciones bajo las cuales una mente exploradora podría abrirse paso a semejantes admoniciones de medianoche; pero no podía acomodarlas al caso presente. Nunca me había sentido más normal, mental y físicamente, y el único hecho inusual en mi situación —el de tener asegurada la felicidad de una mujer adorable— no parecía de esos que llamaran espíritus impuros a mi almohada. Pero ahí estaban los ojos, aún mirándome…

»Cerré los míos, y traté de evocar una imagen de Alice Nowell. No eran ojos extraordinarios, pero se veían tan sanos como el agua fresca, y si ella hubiera tenido más imaginación —o pestañas más largas— su expresión podría haber sido interesante. Como así eran, no resultaban ser muy eficaces, y en pocos momentos percibí que misteriosamente se habían convertido en los ojos del pie de la cama. Me exasperó más sentirlos acechándome a través de mis párpados cerrados que verlos, y abrí los ojos de nuevo y miré directamente hacia su odiosa mirada…

»Y así fue toda la noche. No puedo contarles lo que fue esa noche, ni cuánto duró. ¿Alguna vez se han echado en la cama, irremediablemente despiertos, y tratado de mantener los ojos cerrados, sabiendo que si los abrieran verían algo que detestaran y aborrecieran? Suena fácil, pero es horriblemente difícil. Esos ojos estaban ahí suspendidos y me atraían hacia ellos. Tenía el *vertige de l'abîme*, y sus párpados rojos eran el filo de mi abismo… Había experimentado momentos de nerviosismo antes: momentos en los que había sentido el soplo del peligro en la nuca, pero nunca este tipo de presión. No es que los ojos fueran horribles… no tenían la majestuosidad de las fuerzas oscuras, pero tenían, ¿cómo lo digo?, un efecto físico equivalente al de un mal olor: su mirada dejaba una viscosidad como la de un caracol. En todo caso, no entendía cuál era su problema conmigo… y me quedé mirándolos y mirándolos, tratando de averiguar…

»No sé cuál es el efecto que trataban de producir, pero el efecto que *sí* produjeron fue el de empacar mi maleta y huir temprano al pueblo a la mañana siguiente. Le dejé una nota a mi tía, explicándole que estaba enfermo y había tenido que ir al médico, y de hecho sí me sentía extrañamente enfermo… la noche parecía haberme extraído toda la sangre. Pero cuando llegué al pueblo no fui a ver al médico. Fui a la casa de un amigo, y me tiré en una cama, y dormí durante diez gloriosas horas. Cuando desperté era la mitad de la noche, y me enfrió la idea de lo que me podría estar esperando. Me senté, temblando, y miré hacia la oscuridad; pero no había quiebre alguno en su bendita superficie, y cuando vi que los ojos no estaban ahí me volví a sumergir en otro largo sueño.

»No le había dejado un mensaje a Alice cuando escapé, porque pretendía volver a la mañana siguiente. Pero a la mañana siguiente estaba demasiado agotado como para moverme. A medida que el día pasaba el agotamiento incrementaba, en lugar de desaparecer como la fatiga que deja una noche normal de insomnio: el efecto de los ojos parecía ser acumulativo, y la idea de verlos otra vez se volvía intolerable. Durante dos días me enfrenté a mis miedos, y a la tercera noche tuve que hacer de tripas corazón y decidí regresar a la mañana siguiente. Me sentí bastante más feliz tan pronto lo había decidido, pues yo sabía que mi abrupta desaparición, y la extrañeza de que no le escribiera, tenía que haber sido muy angustiante para la pobre Alice. Me acosté a dormir con tranquilidad, y de una vez me quedé dormido; pero me desperté en mitad de la noche, y ahí estaban los ojos…

»Bueno, simplemente no podía enfrentarlos, y en lugar de regresar a casa de mi tía empaqué unas cuantas cosas en una maleta y me subí a bordo del primer barco hacia Inglaterra. Estaba tan muerto de cansancio cuando embarqué que me fui directo al camarote, y dormí casi todo el camino, y no les puedo contar la dicha que fue despertar de esos largos tramos sin sueños y mirar intrépidamente hacia la oscuridad, *sabiendo* que no debería ver los ojos…

»Me quedé por un año en el extranjero, y después me quedé otro más, y durante ese tiempo no los volví a ver. Esa era razón suficiente para prolongar mi estadía si hubiera estado en una isla desierta. Otra era, por supuesto, que había llegado a ver perfectamente, a lo largo del viaje, la rotunda imposibilidad de mi matrimonio con Alice Nowell. El hecho de que me hubiera demorado tanto en hacer este descubrimiento me perturbaba, y me hacía querer evadir las explicaciones. La dicha de escapar de los ojos de un solo golpe —y del otro aprieto— le daba a mi libertad un sabor extraordinario, y entre más lo degustaba más me gustaba el sabor.

»Los ojos habían abierto un hueco tal en mi conciencia que por mucho tiempo seguí tratando de descifrar la naturaleza de la aparición, y preguntándome si algún día regresaría. Pero a medida que pasaba el tiempo perdí el miedo, y retuve únicamente la precisión de la imagen. Luego, en su momento, eso se deshizo.

»Al segundo año me encontraba instalado en Roma, donde estaba planeando, creo, escribir otro gran libro… un libro definitivo sobre la influencia etrusca en el arte italiano. En todo caso, había encontrado un pretexto de ese tipo para alquilar un luminoso apartamento en la Plaza de España y explorar el Foro, y ahí, una mañana, un muchacho encantador se me acercó. Ahí de pie bajo la luz cálida, esbelto y terso como Jacinto, bien podría haber salido de un altar en ruinas: uno a Antínoo, digamos. Pero en lugar de eso había venido desde Nueva York, con una carta de Alice Nowell (quién iba a pensarlo). La carta —la primera que me había llegado desde nuestra separación— era simplemente una línea en la que presentaba a su joven primo, Gilbert Noyes, donde me pedía hacerme amigo de él. Parecía, pobre chico, que "tenía talento", y "quería escribir", y puesto que su familia obstinada había insistido en que su caligrafía serviría de presentación por partida doble, Alice había intervenido para otorgarle un respiro de seis meses, durante el cual él viajaría al extranjero con un escaso presupuesto, y de alguna manera demostraría su habilidad para incrementarlo a punta de pluma. De entrada, las pintorescas condiciones de la prueba me impactaron: parecía casi tan decisivo como una "penitencia" medieval. Luego me sentí conmovido de que ella me lo hubiera enviado. Siempre había querido hacerle algún favor, para justificarme en mis propios ojos más que en los de ella, y aquí había una bella oportunidad.

»Supongo que es prudente sentar el principio general de que los genios predestinados, como norma, no aparecen frente a uno bajo el sol primaveral del Foro luciendo como uno de sus dioses desterrados. En cualquier caso, el pobre Noyes no era un genio predestinado. Pero verlo *era* hermoso… un compañero encantador. Fue solo hasta que empezó a hablar de literatura que el corazón me falló. Conocía muy bien todos los síntomas… las cosas que había "en su interior", ¡y las cosas del mundo exterior que lo afectaban! Después de todo, ahí estaba la prueba real. Siempre era —puntualmente, inevitablemente, con la inexorabilidad de una ley mecánica— *siempre* era la cosa equivocada lo que lo afectaba. Empecé a encontrar cierta fascinación en determinar por adelantado qué cosa equivocada elegiría, y adquirí una destreza impresionante en el juego…

»Lo peor de eso era que su *bêtise* no era de las demasiado obvias. Las señoritas que lo conocían en algún pícnic creían que era un intelectual, e incluso en las cenas pasaba por inteligente. Yo, quien lo tenía bajo la lupa, imaginaba de vez en cuando que podía desarrollar algún tipo de talento ligero, algo que le pudiera "funcionar" y que lo hiciera feliz, y después de todo, ¿no era eso lo que me preocupaba? Era tan encantador —seguía siendo tan encantador— que provocaba toda mi generosidad en favor de este argumento, y durante los primeros meses realmente creí que tenía alguna posibilidad…

»Esos meses fueron deliciosos. Noyes se la pasaba conmigo constantemente, y entre más sabía de él más me gustaba. Su estupidez tenía una gracia natural… era tan bella, en realidad, como sus pestañas. Y era tan alegre, tan afectuoso, y tan feliz conmigo, que decirle la verdad habría sido casi tan placentero como degollar a un tierno animal. Al principio solía preguntarme qué había puesto en esa radiante cabeza la detestable ilusión de que albergaba un cerebro. Luego empecé a entender que se trataba simplemente de un mimetismo de protección… una treta instintiva para zafarse de la vida familiar y el escritorio de una oficina. No que Gilbert —joven querido— no creyera en sí mismo. No había un solo rastro de hipocresía en él. Estaba seguro de que su "llamado" era irresistible, mientras que para mí la gracia redentora de su situación era que no lo era, y que un poco de dinero, un poco de ocio y un poco de placer lo habrían convertido en un holgazán inofensivo. Desafortunadamente, sin embargo, no había posibilidades de dinero, y con la opción del escritorio de oficina enfrente suyo, no podía posponer su incursión en la literatura. Lo que escribía era deplorable, y ahora sé que lo supe desde el principio. Aun así lo absurdo de decidir en un primer intento el futuro entero de un hombre pareció justificar mi decisión de posponer el veredicto, y quizás hasta alentarlo un poco, en virtud de que generalmente las plantas humanas necesitan del calor para florecer.

»En todo caso, procedí bajo ese principio, y lo llevé al punto de conseguir que le extendieran el período de prueba. Cuando me fui de Roma él vino conmigo, y holgazaneamos un verano delicioso entre Capri y

Venecia. Me dije a mí mismo: “Si hay algo dentro de él, es el momento de que salga”, y así *fue*. Nunca antes había estado tan encantador y encantado. Hubo momentos de nuestro peregrinaje en los que la belleza surgida de los murmullos parecía realmente pasar por su rostro... pero solo para manifestarse en un aluvión de la más pálida de las tintas…

»Bueno, llegó la hora de cortar el chorro, y yo sabía que ninguna mano sino la mía tenía que hacerlo. Estábamos de vuelta en Roma, y me lo había llevado a que se quedara conmigo, pues no quería que estuviera solo en su *pensión* cuando tuviera que enfrentarse a renunciar a su ambición. Por supuesto, no me había confiado solamente en mi juicio propio para decidir recomendarle que abandonara la literatura. Le había mandado sus escritos a varia gente —editores y críticos— y siempre los habían devuelto con la misma falta de comentarios estremecedora. Realmente no había nada sobre la faz de la tierra qué decir…

»Confieso que jamás me había sentido tan mezquino como me sentí el día en que decidí soltárselo a Gilbert. Fue lo suficientemente bueno decirme a mí mismo que tenía el deber de hacer pedazos las esperanzas del pobre chico… pero me gustaría saber ¿qué acto de crueldad innecesaria no ha sido justificado bajo ese argumento? Siempre me he temido usurpar las funciones de la Providencia, y cuando tengo que ejercitarlas prefiero decididamente que no sea un anuncio de destrucción. Además, en esta última cuestión, ¿quién era yo para decidir tras un año de prueba si el pobre Gilbert tenía algo o no?

»Entre más miraba el rol que había decidido asumir, menos me gustaba. Y me gustaba aún menos cuando Gilbert estaba sentado frente a mí, con su cabeza echada bajo la luz de la lámpara, justo como ahora lo está Phil… Había revisado su último manuscrito, y él lo sabía, como sabía que su futuro pendía de mi veredicto… en eso habíamos estado de acuerdo tácitamente. El manuscrito estaba entre nosotros, sobre la mesa —una novela: su primera novela, ¡por favor!—, así que extendió la mano y la puso sobre él, y me miró con su vida entera en los ojos.

»Me puse de pie y carraspeé, tratando de evitar mirarle la cara y el manuscrito, y empecé: “El hecho es, mi querido Gilbert…”.

»Lo vi ponerse pálido, pero rápidamente se puso de pie de cara a mí.

»"Oh, mira, ¡no te lo tomes tan a pecho, querido compañero! ¡No estoy tan terriblemente hecho trizas como para eso!". Tenía las manos sobre mis hombros, y se reía por encima de mí desde su estatura plena, con una suerte de alegría mortalmente afectada que pareció clavarme una puñalada.

»Era tan hermosamente valiente como para que yo siguiera con algún embuste sobre mi deber. Y repentinamente me di cuenta de cómo lastimaría a otros al lastimarlo: primero a mí, puesto que mandarlo a casa significaba perderlo; pero más específicamente a la pobre Alice Nowell, a quien por tanto tiempo le había demostrado mi buena fe y mis deseos de servirle. En realidad, parecía como si le estuviera fallando doblemente al fallarle a Gilbert…

»Pero mi intuición era como uno de esos relámpagos que iluminan el horizonte entero, y en ese mismo instante entendí en lo que me podría estar metiendo si no decía la verdad. Me dije a mí mismo: "Lo tendré de por vida"… y hasta entonces no había visto a alguien, hombre o mujer, a quien estuviera seguro de querer en esos términos. Bueno, este impulso de egotismo hizo que me decidiera. Me avergonzaba de ello, y para escapármele di un salto que me hizo aterrizar directamente en los brazos de Gilbert.

»"La cosa está bien y tú estás todo mal!", le grité, y mientras me abrazaba, y yo me reía y temblaba bajo su agarrón, tuve por un minuto la sensación de autocomplacencia que se supone que sigue los pasos de los justos. Al carajo todo, hacer feliz a la gente *tiene* su encanto…

»Gilbert, por supuesto, quería celebrar su emancipación de alguna manera espectacular; pero lo mandé a que estallara sus sentimientos en soledad, y me fui a la cama a dormir las mías. Mientras me desvestía empecé a preguntarme cuál sería el sabor que quedaría en el paladar… ¡muchos de los más finos no perduran! Aun así, no me arrepentía, y estaba dispuesto a vaciar la botella, incluso si *sí* resultaba ser un tanto insípido.

»Después de meterme en la cama me quedé por un largo rato sonriendo por el recuerdo de sus ojos… sus ojos llenos de alegría… Luego me quedé

dormido, y cuando desperté hacía un frío sepulcral en la habitación, y me senté de un tirón… y ahí estaban *los otros ojos*…

»Hacía tres años que los había visto por última vez, pero había pensado en ellos tan frecuentemente que jamás imaginé que podrían volver a agarrarme de improviso. Ahora, con su mueca roja mirándome, estaba convencido de que nunca pensé que regresarían, y de que me encontraba frente a ellos tan indefenso… como antes, era la revelación demencial de su regreso lo que lo hacía tan horrible. ¿Qué carajos era lo que perseguían como para que se me aparecieran a estas alturas? Había vivido más o menos sin preocupaciones durante los años posteriores a la última vez que los había visto, aunque mis peores indiscreciones no eran lo suficientemente oscuras como para invitar el examen de su fulgor infernal; pero en este momento en particular realmente estaba en lo que podría llamarse un estado de gracia, y no les puedo contar cuánto le sumó al horror ese hecho…

»Pero no basta con decir que eran tan terribles como antes: eran peores. Peores exactamente por lo que había aprendido de la vida en ese lapso de tiempo, por todas las implicaciones condenables que mi vasta experiencia leía en ellos. Ahora entendía que no los había visto antes: que eran ojos que paulatinamente se habían vuelto aterradores, que habían acumulado su vileza a la manera de un coral, poco a poco, a partir de una serie de pequeñas vilezas acumuladas lentamente a través de años laboriosos. Sí… me di cuenta de que lo que los hacía tan terribles era que se habían vuelto terribles tan lentamente…

»Ahí pendían en la oscuridad, sus párpados hinchados caían sobre las pequeñas pupilas acuosas que giraban sueltas en las órbitas, y la carne abotagada que hacía una sombra turbia debajo, y mientras su mirada se movía con mis movimientos, me vino la sensación de una complicidad tácita, de una profunda comprensión velada entre nosotros que era peor que el primer impacto de su extrañeza. No era que yo los comprendiera; pero dejaban muy en claro que algún día lo haría… Sí, eso era la peor parte, indudablemente, y ese era el sentimiento que se fortalecía cada vez que se aparecían…

»Pues emprendieron el maldito hábito de regresar. Me recordaban a los vampiros con un gusto por la carne joven: parecían también regodearse en el sabor de una consciencia fértil. Todas las noches durante un mes vinieron a reclamar un bocado de la mía: desde que había hecho feliz a Gilbert no habían aflojado los colmillos. La coincidencia casi me hizo odiarlo, pobre muchacho, así yo creyera que era un hecho fortuito. Le di muchas vueltas al asunto, pero no pude encontrar indicios de una explicación salvo por la posibilidad de asociarlos con Alice Nowell. Pero los ojos me habían dejado en paz en el momento en que la había abandonado, así que difícilmente podrían ser los emisarios de una mujer despreciada, incluso si uno se hubiera imaginado a la pobre Alice recurriendo a semejantes espíritus para que la vengaran. Eso me puso a pensar, y empecé a preguntarme si me dejarían en paz si abandonaba a Gilbert. La tentación era insidiosa, y tuve que resistirme a ella; pero realmente, mi querido niño era demasiado encantador como para sacrificarlo ante semejantes demonios. Y entonces, después de todo, nunca me enteré de qué era lo que querían…

III

El fuego se consumía, mandaba un destello que resaltaba la cara nudosa del narrador bajo su negra-grisosa barba incipiente. Apoyado contra el hueco del espaldar de la silla, Phil Frenham, sentado en una silla baja del lado opuesto de la chimenea, un brazo largo apoyado sobre la mesa frente a él, la cabeza recostada sobre una de sus manos, no se había movido desde que el cuento comenzó. Seguía manteniendo su inmovilidad silenciosa después de que Culwin hubiera dejado de hablar, y fui yo quien, con un incierto sentimiento de decepción por la repentina interrupción de la historia, finalmente pregunté:

—¿Pero durante cuánto tiempo seguiste viéndolos?

Culwin, tan hundido en su silla que parecía un montón de su propia ropa sin él, se estremeció un poco, como sorprendido por mi pregunta. Parecía haber medio olvidado lo que nos había estado contando.

—¿Cuánto tiempo? Oh, intermitentemente todo ese invierno. Era infernal. Nunca me acostumbré a ellos. Me puse realmente enfermo.

Frenham cambió de posición, y mientras lo hacía su codo golpeó un espejo pequeño de marco de bronce que estaba puesto en la mesa detrás suyo. Se giró y le cambió el ángulo levemente; luego restableció su posición anterior: la cabeza oscura echada sobre la palma elevada, los ojos absortos en la cara de Culwin. Algo en su mirada silenciosa me avergonzaba, y como para desviar la atención de ellos continué con otra pregunta:

—¿Y nunca trataste de sacrificar a Noyes?

—Oh, no. El hecho es que no tuve que hacerlo. ¡Él lo hizo por mí, pobre niño!

—¿Él lo hizo por ti? ¿Qué quieres decir?

—Él acabó conmigo… acabó con todos. Siguió derramando su verborrea lamentable, y pregonándola a los cuatro vientos hasta que se volvió un terror ambulante. Traté de desprenderlo de la escritura… oh, siempre tan suavemente, ustedes comprenden, aventándolo a gente agradable, dándole la oportunidad de que él mismo lo sintiera, de que llegara a una consciencia de lo que él *realmente* tenía para dar. Había previsto esta solución desde el inicio… me había sentido seguro de que, una vez saciara el primer ardor de la autoría, él volvería a ocupar su lugar de encantador objeto parasítico, del tipo de Cherubino crónico para el que, en las sociedades antiguas, siempre hay una silla en la mesa y refugio tras las faldas de las mujeres. Lo vi ocupar su lugar de "el poeta": el poeta que no escribe. Uno sabe cuáles son en todas las salas de estar. Vivir de esa manera no cuesta mucho… lo había calculado todo en mi cabeza, y estaba seguro de que, con un poco de ayuda, podría arreglárselas durante los siguientes años, y mientras tanto se aseguraría de casarse. Lo vi casado con una viuda, bastante mayor, con una buena cocinera y una casa bien manejada. De hecho, yo tenía puestos los ojos en la viuda… Mientras tanto hice todo para facilitar la transición… le presté dinero para que limpiara su conciencia, le presenté hermosas mujeres para que olvidara sus votos. Pero nada lo convencería: solo tenía una idea metida en su preciosa cabeza obstinada. Quería el laurel y no la rosa, y

seguía repitiendo el axioma de Gautier, y apaleando y limando su prosa coja hasta que la había esparcido a lo largo de solo Dios sabe cuántos cientos de páginas. De vez en cuando le mandaría un montón a un editor, y por supuesto siempre se la devolverían.

»Al principio no le importaba… se consideraba un “incomprendido”. Adoptó las actitudes de un genio, y siempre que llegaba una obra nueva a casa escribía otra para que la acompañara. Luego tuvo un episodio de desesperanza, y me acusó de ilusionarlo, y solo Dios sabe con qué. Eso me molestó, y le dije que había sido él mismo quien se había ilusionado. Había venido hacia mí decidido a escribir, y yo había hecho lo que más pude para ayudarlo. En eso consistió mi ofensa, y lo había hecho por amor a su prima, no a él.

»Eso parecía haber cruzado la raya, y no respondió durante un minuto. Luego dijo:

»“Se me acabó el tiempo y se me acabó la plata. ¿Qué crees que es lo mejor que debería hacer?”.

»“Creo que lo mejor es que no seas tan imbécil”, dije.

»“¿Qué quieres decir con ser tan imbécil?”, preguntó él.

»Cogí una carta de mi escritorio y se la ofrecí.

»“De rechazar esta oferta de la señora Ellinger: ser su secretario por un salario de cinco mil dólares. Podría ser incluso más que eso”.

»Estiró la mano con una violencia tal que me arrancó la carta de la mano.

»“¡Oh, sé perfectamente que es lo que hay en ella!”, dijo, sonrojado hasta el nacimiento del pelo.

»“Y si lo sabes, ¿cuál es la respuesta”, pregunté.

»No respondió al instante, pero se giró lentamente hacia la puerta. Ahí, con la mano en el umbral, se detuvo para decir, casi susurrando:

»“¿Entonces realmente piensas que mis escritos no son buenos?”

»Estaba cansado y exasperado, y me reí. No excuso mi risa… fue de muy mal gusto. Pero debo atenuarlo y decir a mi favor que el chico era un tonto, y yo había hecho lo mejor que pude por él… en realidad fue así.

»Salió del salón, y cerró la puerta con tranquilidad. Esa tarde partí a Frascati, donde les había prometido a unos amigos pasar el domingo con

ellos. Me alegraba escapar de Gilbert, y por el mismo precio, como me di cuenta esa noche, también había escapado de los ojos. Caí en ese mismo sueño letárgico que me había sobrevenido antes cuando dejé de verlos, y cuando desperté a la mañana siguiente, en mi apacible habitación que miraba sobre los robles, sentí el cansancio absoluto y el alivio profundo que le seguían a esa noche de sueño. Me quedé en Frascati durante dos noches benditas, y cuando regresé a mi apartamento en Roma me di cuenta de que Gilbert se había ido… Oh, nada trágico sucedió… el episodio no pasó de ser *eso*. Simplemente él había empacado sus manuscritos y partido hacia Estados Unidos… en busca de su familia y del escritorio en Wall Street. Dejó una nota lo suficientemente decente en la que me informaba de su decisión, y se comportó totalmente, bajo las circunstancias, lo menos tonto que le es posible a un tonto comportarse.

IV

Culwin se detuvo de nuevo, y Frenham seguía sentado inmóvil, el contorno oscuro de su joven cráneo se reflejaba en el espejo que tenía detrás.

—¿Y qué fue de Noyes después? —pregunté finalmente, aún inquieto por la sensación de que faltaba algo, por la necesidad de un hilo conector entre las líneas paralelas del cuento.

Culwin contrajo los hombros.

—Oh, nada fue de él, porque se volvió nada. La pregunta por «ser» no cabe ahí. Vegetó en una oficina, creo, y finalmente consiguió un puesto en un consulado, y se casó en China tristemente. Lo vi una vez en Hong Kong, años después. Había engordado y estaba sin afeitarse. Me contaron que le gustaba la bebida. No me reconoció.

—¿Y los ojos? —pregunté, después de otra pausa que el silencio continuo de Frenham hacía agobiante.

Rascándose la barbilla, Culwin me miró parpadeando meditabundo a través de las sombras.

—Nunca los volví a ver después de mi última charla con Gilbert. Ata los cabos si puedes. Por mi parte, no he encontrado la conexión.

Con las manos en los bolsillos, se levantó y se dirigió rígidamente hasta la mesa en la que habían puesto las bebidas reconfortantes.

—Tienes que estar reseco después de este cuento tan árido. Mira, sírvete lo que quieras, mi querido compañero. Mira, Phil… —se dio la vuelta hacia la chimenea.

Frenham no respondía al llamado de su hospitalario anfitrión. Seguía sentado en la silla baja sin moverse, pero mientras Culwin avanzaba hacia él, los ojos de ambos se encontraron en una larga mirada; después el joven súbitamente se dio la vuelta, estiró los brazos sobre la mesa frente a él, y metió la cara entre ellos.

Ante el gesto inesperado, Culwin se detuvo en seco con la cara enrojecida.

—Phil… ¿Qué carajos? ¿Acaso te han asustado los ojos? Mi querido niño… mi querido compañero… mis destrezas literarias jamás habían recibido elogio semejante, ¡jamás!

De pensarlo soltó una risita, y se detuvo sobre el tapete de la chimenea con las manos en los bolsillos, inclinando la mirada sobre la cabeza gacha del joven. Luego, como Frenham seguía sin responder, dio uno o dos pasos para acercársele.

—¡Ánimo, mi querido Phil! Hace años que no los veo… Al parecer no he hecho nada lo suficientemente malo últimamente como para invocarlos de la nada. A menos que haberlos evocado ahora *te* haya hecho verlos; ¡lo cual sería el peor golpe que hayan dado hasta ahora!

La chanza lo hizo estremecerse en una risa nerviosa, y se le acercó aún más, se inclinó sobre Frenham y puso sus manos gotosas sobre los hombros del muchacho.

—Phil, mi querido niño, en serio… ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no respondes? ¿*Has* visto los ojos?

—Frenham aún tenía la cara escondida, y desde donde yo me encontraba detrás de Culwin, vi cómo este, como desairado por esta actitud incomprensible, se alejó lentamente de su amigo. Mientras lo hacía, la luz de la lámpara sobre la mesa le pegó en la cara congestionada, y alcancé a ver su reflejo en el espejo tras la cabeza de Frenham.

Culwin también vio el reflejo. Se detuvo, puso su cara a nivel del espejo, como si apenas reconociera el rostro reflejado como suyo. Pero mientras lo miraba su expresión cambiaba paulatinamente, y durante un espacio de tiempo considerable, él y la imagen en el espejo se confrontaron en una mirada de odio acumulado en el tiempo. Luego Culwin soltó los hombros de Frenham y dio un paso atrás…

Frenham, aún con la cara escondida, no se movía.

DESPUÉS

—OH, *HAY* UNO, por supuesto, pero nunca lo conocerán.

La afirmación, lanzada risueñamente seis meses antes en un radiante jardín de junio, resonó en Mary Boyne con una aguda comprensión de su significado latente, mientras, en el ocaso decembrino, esperaba a que trajeran las lámparas a la biblioteca.

Tales palabras las había dicho su amiga Alida Stair, mientras tomaban el té en su jardín de Pangbourne, refiriéndose a la misma casa de la cual esa biblioteca era el «atractivo» principal, el primordial. A su llegada a Inglaterra en busca de una casa de campo en alguno de los condados del sur o del suroeste, Mary Boyne y su marido le habían encargado esa misión a Alida Stair, pues ella había resuelto su propia búsqueda satisfactoriamente; pero no fue hasta que la pareja hubiera rechazado casi caprichosamente varias recomendaciones realistas y sensatas que ella profirió:

—Bueno, está Lyng… en Dorsetshire; es de los primos de Hugo y la pueden conseguir regalada.

Los motivos que dio para que la casa fuera asequible a un precio tan bajo —la lejanía de una estación de tren, la falta de luz eléctrica, tubería de agua caliente y otras necesidades ordinarias— eran precisamente los que jugaban a favor en la mente de estos dos estadounidenses románticos, obstinados en la búsqueda de unas desventajas económicas que, de acuerdo con su tradición, estaban asociadas a raros placeres arquitectónicos.

—Nunca creería que estoy viviendo en una casa antigua a menos que me sintiera realmente incómodo —Ned Boyne, el más extravagante de los dos, había apuntado jocosamente—. Al menor indicio de comodidad pensaría que fue adquirida en una exposición, con las piezas numeradas, y reinstalada. Y procedieron a enumerar, con graciosa precisión, sus diversas dudas y exigencias, rehusándose a creer que la casa que su prima les recomendaba era *realmente* Tudor hasta que se cercioraron de que no tenía

sistema de calefacción, o que la iglesia del pueblo estaba literalmente en sus terrenos, o hasta que ella les aseguró la deplorable inconsistencia del suministro de agua.

—¡Es demasiado incómoda para ser verdad!

Edward Boyne daba saltos de alegría a medida que ella sacaba a flote un nuevo inconveniente; pero luego él interrumpió su rapsodia para preguntar, recayendo en la desconfianza:

—¿Y el fantasma? ¡Nos ha estado ocultando el hecho de que no hay fantasma!

En ese momento Mary se había reído con él, aunque casi que con su propia risa, pero, poseída por una serie de percepciones, no pudo dejar de notar un desaliento en la hilaridad con que Alida respondía.

—Oh, Dorsetshire está lleno de fantasmas, usted sabe.

—Sí, sí, pero eso no me sirve. No quiero tener que recorrer diez millas para ver el fantasma de otros. Quiero el mío en mi propiedad. ¿*Hay* un fantasma en Lyng?

La respuesta había hecho reír de nuevo a Alida, y fue entonces cuando se echó para atrás seductoramente:

—Oh, *hay* uno, por supuesto, pero nunca lo conocerán.

—¿Nunca lo conocerán? —Boyne la detuvo—. Pero ¿qué otra cosa constituye a un fantasma que no sea el hecho de que uno sepa que lo es?

—No podría asegurarlo. Pero esa es la historia.

—¿Que hay un fantasma pero nadie sabe que es un fantasma?

—Bueno… no hasta después, en cualquier caso.

—¿Hasta después?

—No hasta mucho, mucho después.

—Pero si ya lo han identificado como un visitante sobrenatural, ¿por qué su *signalement* no ha sido transmitida de generación en generación? ¿Cómo se las ha arreglado para permanecer de incógnito?

Alida solo meneaba la cabeza.

—No me pregunte, pero lo ha hecho.

—¿Y entonces repentinamente… —Mary habló como si su voz proviniese de una profundidad cavernosa de la adivinación—

repentinamente, mucho después, uno se dice a sí mismo, *«ese era el fantasma»*?

Se sorprendió del sonido sepulcral que había dejado sobre las chanzas de ellos su pregunta y vio la sombra de la misma sorpresa revolotear hasta las pupilas de Alida.

—Supongo. Uno sólo tiene que esperar.

—¡Oh, quedarnos esperando! —irrumpió Ned—. La vida es muy corta como para tener un fantasma que sólo puede ser disfrutado en retrospectiva. ¿Nos podemos conseguir una casa mejor, Mary?

Pero resultó que no estaban destinados a conseguirla, ya que dentro de los tres meses que le siguieron a su conversación con la señora Stair estaban instalados en Lyng, y la vida que habían anhelado, al punto de planearla por adelantado en todos sus detalles cotidianos, realmente les había llegado.

Sentarse en el espeso ocaso decembrino junto a semejante chimenea de amplia embocadura, debajo de semejantes vigas de roble negro, con la sensación de que más allá del cristal de los ventanales ajimezados las lomas se apagaban en una soledad más honda: era esa la indulgencia final por la que Mary Boyne había resistido durante casi catorce años la descorazonadora fealdad del Medio Oeste, y que Boyne había llevado pacientemente su oficio de ingeniero hasta que, de una forma tan repentina que aún la hacía parpadear, el prodigioso lucro inesperado de la mina Blue Star les había puesto, de un solo golpe, la vida en la mano y el tiempo para disfrutarla. Ni por un momento habían considerado que su nueva condición fuera la del ocio, sino que querían entregarse únicamente a actividades agradables. Ella se veía a sí misma practicando la pintura y la jardinería (con un fondo de paredes grises), él soñaba con trabajar en su libro, desde hace tiempo planeado, sobre la «Base económica de la cultura», y con un trabajo tan absorbente por delante ninguna existencia podría aislarse suficientemente; no podrían apartarse tanto del mundo ni zambullirse enteramente en el pasado.

Dorsetshire les había atraído desde el principio por su aire de lejanía, que en relación con su ubicación geográfica era desmesurada. Pero para los Boyne una de las maravillas recurrentes de toda la increíblemente

comprimida isla —un nido de condados, como ellos mismo le decían— era que para producir sus efectos se necesitaba muy poco de una cualidad: el hecho de que tan pocas millas hicieran una distancia y tan corta distancia una diferencia.

—Es eso —había explicado Ned efusivamente una vez— lo que les da tanta profundidad a sus efectos, tanto relieve a sus mínimos contrastes. Se han podido sobrepasar con la mantequilla en cada bocado exquisito.

Ciertamente en Lyng se habían sobrepasado con la mantequilla: la antigua casa gris, escondida bajo una loma, guardaba las más espléndidas huellas del comercio con un extenso pasado. Para los Boyne, el solo hecho de que no fuera ni grande ni excepcional la hacía más valiosa en un sentido especial: el de haber sido durante siglos un profundo y oscuro reservorio de vida. Esa vida probablemente no había sido del orden de lo intenso: sin duda, por largos períodos, había caído tan silenciosamente en el pasado como lo hizo la llovizna apacible de otoño, hora tras hora, en el estanque rodeado de tejos; pero estos remansos de la existencia a veces procrean, en sus honduras detenidas, curiosas agudezas en la emoción, y desde el principio Mary Boyne había sentido el pincelazo fortuito de un recuerdo más intenso.

Nunca ese sentimiento había sido más fuerte que en esa tarde en particular cuando, a la espera de que llegaran las lámparas a la biblioteca, se levantó de la silla y se quedó entre las sombras proyectadas por el fuego. Su marido se había marchado, después de almuerzo, a uno de sus largos paseos por las lomas. Se había demorado en notar que él prefería hacerlo solo, y, en la atribulada seguridad de su relación, había llegado a la conclusión de que el libro lo estaba preocupando, y de que necesitaba de las tardes para reflexionar sobre los problemas que le dejaban las mañanas de trabajo. Ciertamente lo del libro no fluía tan fácilmente como ella había creído, y ahora él tenía trazos de perplejidad en el ceño como nunca en sus días de ingeniero. Con frecuencia, pues, se había visto extenuado, al punto de la enfermedad, pero el demonio nato de la «preocupación» jamás se le había notado en la cara. Aun así, las pocas páginas que le había leído hasta el

momento —la introducción y un resumen del capítulo inicial— indicaban su fuerte dominio del tema, y un aumento de la confianza en sus facultades.

Ese hecho la sumió en una perplejidad más honda, ya que, ahora que él se había retirado de los negocios y sus molestas contingencias, la única otra fuente posible de ansiedad había sido descartada. A menos que fuera su estado de salud… Pero físicamente había engordado desde que habían llegado a Dorsetshire, se había robustecido, se veía más lozano, y tenía la mirada rejuvenecida. Solo desde la semana anterior ella había percibido en él un cambio indefinible que la inquietaba en su ausencia, ¡y la enmudecía en su presencia como si fuera ella la que tuviera un secreto que no pudiera contarle!

La idea de que de alguna manera *hubiera* un secreto entre ellos la impresionó con un repentino golpe de asombro, y dirigió su mirada alrededor del largo salón.

«¿Será la casa?», reflexionó.

El salón mismo podría estar lleno de secretos. Parecían estar amontonándose, mientras caía la tarde, como las capas y capas de sombras aterciopeladas que caían del techo bajo, de las hileras de libros, de la escultura de la chimenea desdibujada por el humo.

«Pues claro… ¡la casa está embrujada!», reflexionó.

El fantasma —el fantasma imperceptible de Alida— después de figurar ampliamente en las chanzas del primer o segundo mes en Lyng, había sido dejado a un lado paulatinamente como algo demasiado inútil para el uso imaginativo. Tal como se esperaba de la inquilina de una casa embrujada, Mary les había hecho las preguntas rutinarias a sus vecinos rurales, pero, más allá de un incierto «pues eso dicen, señora», los lugareños no tenían nada que aportar. Aparentemente, el espectro esquivo nunca había tenido la personalidad suficiente como para cristalizar una leyenda, y después de un tiempo los Boyne habían archivado el asunto en su cuenta de pérdidas y ganancias, al acordar que Lyng era una de las pocas casas tan buenas en sí mismas que podía prescindir de mejoras sobrenaturales.

—Y supongo, pobre demonio inservible, que es por eso que agita en vano sus hermosas alas en el vacío —había concluido Mary entre risas.

—O, más bien —respondió Ned en la misma línea—, es por eso que, entre tanta cosa tan fantasmal, nunca puede afirmar su existencia individual como el fantasma. Y acto seguido su invisible compañero de hogar finalmente había sido excluido de sus menciones, las cuales eran lo suficientemente numerosas como para que pronto llegaran a ignorar la pérdida.

Ahora, mientras permanecía de pie junto a la chimenea, el tema de su previa curiosidad revivió en ella con un nuevo sentido de su significado, un sentido adquirido paulatinamente a través del contacto diario con la escena del misterio acechante. Era la casa misma, por supuesto, la que poseía la facultad de avistar fantasmas, la que comulgaba visual y secretamente con su propio pasado; si tan solo uno pudiera entrar en una comunión lo suficientemente profunda con la casa, podría uno descubrir su secreto y adquirir por cuenta propia el poder de ver fantasmas. Quizás, en el transcurso de tantas horas en este mismo salón, el cual ella no traspasaba hasta la tarde, su marido ya lo había adquirido y estaba cargando silenciosamente con el peso de lo que sea que le hubiera revelado. Mary era lo suficientemente versada en el código del mundo espectral como para no saber que uno no puede hablar de los fantasmas que ve: hacerlo supondría un atentado contra el buen gusto, casi tan grave como nombrar a una dama en un club. Pero esta explicación no la satisfacía de a mucho. «Después de todo, salvo la diversión del susto, ¿realmente cuánto le importaría alguno de sus viejos fantasmas?», reflexionó. Y de allí fue traída de vuelta una vez más al dilema fundamental: el hecho de que la mayor o menor susceptibilidad que uno tuviera a las influencias espectrales no tenía un peso particular en este caso, porque, cuando uno *veía* un fantasma en Lyng, uno no lo sabía.

«No hasta mucho después», había dicho Alida Stair. Bueno, ¿y si suponemos que Ned *hubiera* visto uno cuando vinieron por primera vez y solo en la última semana se hubiera enterado de lo que le había pasado? Atrapada por el embrujo del momento, volvió sus pensamientos a los primeros días de residencia en la casa, en principio sólo para recordar la animada confusión de desempacar, instalarse, organizar los libros, llamarse

el uno al otro desde rincones apartados de la casa mientras se les iba revelando un tesoro tras otro. Fue en esta conexión particular que ella recordó inmediatamente cierta tarde apacible del octubre anterior, cuando, al pasar de una primera mirada exploratoria intensa a una inspección detallada de la antigua casa, había presionado (como una heroína de novela) un panel que daba a un tramo de escaleras en espiral que conducían a una cornisa plana en el techo… el techo que, visto desde abajo, parecía inclinarse tan abruptamente por todos sus lados que solo alguien con pies entrenados podría escalarlo.

La vista desde este rincón oculto era encantadora, y ella se había apresurado a arrebatar a Ned de sus papeles y regalarle la libertad de su hallazgo. Aún recordaba cómo él, de pie junto a ella, le había puesto un brazo alrededor de la espalda mientras sus miradas volaban hasta la larga línea irregular del horizonte tras las lomas, y luego descendían complacidas a trazar el arabesco que los setos de tejos formaban alrededor del estanque de peces, y la sombra del cedro sobre el prado.

«Y ahora hacia el otro lado», le había dicho, girándola entre su brazo, y como si se tratara de una gratificante corriente de aire extensa había absorbido, ceñida estrechamente contra él, la imagen del patio de muros grises, los leones agazapados sobre las verjas, y la avenida de tilos que se extendía hasta la carretera bajo las lomas.

Fue justo entonces, mientras contemplaban abrazados, que había sentido el brazo de él aflojarse, y oído un mordaz «¡Hola!» que la hizo voltearse a mirarlo.

Inequívocamente, sí, ahora recordaba que había percibido, mientras lo miraba, una sombra de ansiedad, de perplejidad más bien, caer sobre su cara, y, persiguiéndole la mirada, había contemplado la figura de un hombre —un hombre de holgadas ropas grisáceas, o eso le parecía a ella— que se venía paseando por la avenida de tilos en dirección al patio con el incierto paso de un forastero que busca su camino. Sus ojos miopes le habían brindado solo una impresión borrosa de algo menudo y agrisado, con algo de foráneo, o al menos no local, en el corte de la figura o de su vestido; pero aparentemente su marido había visto más… había visto lo suficiente como

para hacerla a un lado con un apresurado «¡Espere!» y bajar a toda carrera por las escaleras sin esperarse a ayudarla a bajar.

Una leve tendencia al vértigo la obligó, tras agarrarse provisionalmente de la chimenea contra la que habían estado recostados, a seguirlo primero con mucha cautela, y cuando hubo alcanzado el descansillo se detuvo de nuevo, por una razón menos determinante, asomándose por encima de la baranda para forzar la mirada a través del silencio de las pardas profundidades jaspeadas de sol. Se quedó ahí hasta que, en algún lugar de esas profundidades, oyó una puerta cerrarse; luego, impulsada mecánicamente, bajó el tramo llano de escaleras hasta que llegó al pasillo de abajo.

La puerta principal permanecía abierta a la luz del sol que venía del patio, y el pasillo y el patio estaban vacíos. La puerta de la biblioteca también estaba abierta, y después de tratar de escuchar en vano alguna voz en el interior, cruzó el umbral, y encontró a su marido solo, hojeando distraídamente los papeles sobre el escritorio.

Alzó la mirada, como sorprendido de que ella entrara, pero la sombra de ansiedad había abandonado su cara, dejándola apacible —como ella imaginaba—, un poco más resplandeciente y clara de lo habitual.

—¿Qué fue eso? ¿Quién era? —preguntó ella.

—¿Quién? —repitió él, aún con cara de sorpresa.

—El hombre que vimos venir en dirección a la casa.

Él parecía reflexionar.

—¿El hombre? Pues, creí haber visto a Peters; lo perseguí a toda carrera para preguntarle algo sobre los desagües del establo, pero había desaparecido antes de que yo alcanzara a bajar.

—¿Desaparecido? Pero parecía estar caminando tan despacio cuando lo vimos…

Boyne se encogió de hombros.

—También lo creía yo; pero tuvo que haberse apresurado en ese instante. ¿Qué dices si tratamos de trepar Meldon Steep antes de que anochezca?

Eso fue todo. En ese momento el acontecimiento había sido insignificante; había, en efecto, sido anulado por la magia de su primera

visión desde Meldon Steep, un alto al que habían soñado encaramarse desde que vieron su lomo pelado alzarse por encima del techo de Lyng. Indudablemente, el solo hecho de que el otro incidente hubiera ocurrido el mismo día de su ascenso a Meldon era lo que lo había mantenido guardado en el pliegue de la memoria del que emergía ahora, puesto que por sí mismo no tenía el peso de algo portentoso. En ese momento no podía haber habido nada más natural que el hecho de que Ned saliera corriendo desde el techo a alcanzar a un trabajador incumplido. Era el período en el que estaban en la búsqueda de uno que otro obrero especializado que trabajara en los alrededores; siempre a la espera de ellos, para embestirlos con preguntas, reproches o recordatorios. Y en la distancia la figura gris ciertamente se había parecido a Peters.

Pero ahora, mientras repasaba la escena, sentía que la ansiedad reflejada en la cara de su marido había invalidado su misma explicación. ¿Por qué lo había puesto tan ansioso el familiar aspecto de Peters? Sobre todo, si consultarle lo del asunto de los desagües del establo era tan urgente, ¿por qué la fallida persecución le había generado semejante aspecto de alivio? Mary no podía afirmar que se le hubieran ocurrido estas preguntas en ese momento, pero, por la prontitud con la que acudían ahora a su llamado, tenía la sensación de que tuvieron que haber estado ahí todo el tiempo, esperando el momento.

II

Agobiada por sus pensamientos, se desplazó hacia la ventana. Ahora la biblioteca estaba bastante oscura, y le sorprendía ver cuánta luz tenue aún retenía el mundo exterior. Al escudriñar la luz a lo largo del patio, divisó una figura más allá de la vista de tilos pelados: parecía una mera mancha de un gris más oscuro entre todo lo gris, y por un instante, mientras se movía hacia ella, su corazón se sobresaltó con el pensamiento: «¡Es el fantasma!».

Tuvo tiempo en ese largo instante para sentir repentinamente que el hombre de quien había tenido una visión distante desde el techo dos meses antes estaba ahora, en su hora predestinada, a punto de revelar que él *no*

había sido Peters, y su espíritu se hundió bajo el temor inminente de la revelación. Pero casi al siguiente tictac del reloj la figura, recobrando sustancia y carácter, se le presentó nítida ante sus ojos miopes como la de su marido, y, mientras entraba, se apresuró a recibirlo con la confesión de su locura.

—En realidad es demasiado absurdo —rio fuertemente—, pero nunca me *puedo* acordar.

—¿De qué? —preguntó Boyne mientras andaban juntos.

—De que cuando uno ve el fantasma de Lyng uno jamás se entera.

Tenía su mano puesta en el brazo de él, y él dejó que la tuviera ahí, pero sin que se viera respuesta en sus gestos o en los surcos de su rostro preocupado.

—¿Creíste que lo habías visto? —preguntó, después de una pausa considerable.

—Bueno, de hecho pensé que *tú* eras él, mi vida, ¡en mi loca determinación por detectarlo!

—Yo… ¿justo ahora? —dejó caer el brazo, y se apartó de ella con una débil imitación de su risa—. Realmente, queridísima, lo mejor es que renuncies a eso, es lo mejor que puedes hacer.

—Oh, sí, renuncio. ¿Y tú? —preguntó, volviéndose abruptamente hacia él.

La camarera había entrado con unas cartas y una lámpara, y la luz le pegó en la cara a Boyne mientras se inclinaba para recibir la bandeja.

—¿Y tú? —Mary insistía perseverante, cuando la sirvienta desapareció para seguir con su tarea de encender las lámparas de la casa.

—¿Y yo qué? —regresó a la conversación distraídamente, y la luz le resaltaba el nítido sello de preocupación en el ceño mientras hojeaba las cartas.

—Has renunciado a intentar ver el fantasma.

A ella le latía un poco el corazón por el experimento que estaba haciendo. Su marido, poniendo las cartas a un lado, se apartó hacia la sombra proyectada por el fuego.

—Nunca lo intenté —dijo, desgarrando la envoltura de un periódico.

—Bueno, por supuesto —persistió Mary—. Lo desesperante es que no sirve de nada tratar de intentarlo, ya que uno no puede estar seguro sino hasta mucho después.

Estaba abriendo el periódico como si apenas la hubiera oído; pero, tras una pausa durante la cual las hojas crujieron espasmódicamente entre sus manos, alzó la mirada para preguntar:

—¿Tienes idea de cuánto tiempo?

Mary se había tumbado en una silla baja junto a la chimenea. Desde allí contempló sobresaltada el perfil de su marido, que se proyectaba contra el círculo de luz de la lámpara.

—No; ni idea. ¿Y tú? —replicó ella, repitiendo su pregunta anterior con un énfasis mayor en la intención.

Boyne arrugó el periódico en forma de racimo, y luego, inconsecuentemente, se devolvió con él hacia la lámpara.

—¡Por Dios, no! Solo quise decir —explicó él, con un ligero tinte de impaciencia—, ¿sobre eso hay alguna leyenda, alguna tradición?

—No que yo sepa —respondió ella; mas el impulso de agregar «¿por qué lo preguntas?» se frenó por la aparición de la camarera, que traía té y una segunda lámpara.

La dispersión de las sombras, y la repetición de las labores domésticas diarias, hacían que Mary Boyne se sintiera menos agobiada por esa sensación de algo silenciosamente inminente que le había oscurecido la tarde. Por unos momentos se entregó a los detalles de su tarea, y cuando alzó la mirada quedó impactada al punto del desconcierto debido al cambio en el rostro de su marido. Se había sentado cerca de la lámpara más apartada, y estaba absorto en la lectura de sus cartas; pero ¿era algo que había leído en ellas, o simplemente el cambio de ángulo, lo que había restaurado sus facciones al aspecto habitual? Entre más lo miraba, definitivamente más se afirmaba el cambio. Las marcas de tensión habían desaparecido, y esos rasgos de fatiga tan persistente eran fácilmente del tipo que se le atribuye al esfuerzo mental constante. Él levantó la mirada, como atraída por la de ella, y sus ojos se encontraron en una sonrisa.

—¿Sabes qué? Me estoy muriendo por un té, y aquí hay una carta para ti —dijo él.

Cogió la carta que él le extendía a cambio de la taza que ella le ofrecía, y, regresando a donde estaba sentada, rasgó el sello con el gesto lánguido del lector cuyos intereses se limitan al círculo de una presencia atesorada.

El siguiente movimiento consciente que ella hizo fue el de ponerse de pie sobresaltada, mientras la carta caía a sus pies, a la vez que le extendía a su marido un recorte de periódico.

—¡Ned! ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir esto?

Él se había levantado en ese mismo instante, casi como si hubiera oído el grito antes de que ella lo emitiera, y por un espacio de tiempo considerable él y ella se examinaron el uno al otro, como adversarios en busca de la ventaja, a lo largo del espacio entre la silla y el escritorio.

—¿Qué es qué?, me hiciste saltar del susto —dijo Boyne al fin, acercándose a ella con una risa repentina medio exasperada. La sombra de la aprensión aparecía otra vez en su cara, ahora no con un aspecto de premonición inamovible, sino como una vigilancia vacilante de labios y ojos que le daban a ella la sensación de que él se sentía rodeado por algo invisible.

Su mano temblaba de tal forma que apenas pudo pasarle el recorte.

—Este artículo… del *Waukesha Sentinel*… que un hombre llamado Elwell ha interpuesto una demanda en contra tuya… que había algo mal en lo de la mina Blue Star. No logro entender más de la mitad.

—Oh, ¡*eso*! —bajó la mirada hacia el recorte impreso, y después la dobló con el gesto de aquel que agarra algo inofensivo y que le es familiar—: ¿Qué es lo que te pasa esta tarde, Mary? Creí que tenías malas noticias.

Permaneció frente a él con un terror indefinible que amainaba lentamente bajo la seguridad de su tono.

—Entonces, sabías de esto… ¿está todo bien?

—Desde luego que lo sabía, y está todo bien.

—Pero ¿qué es? No lo entiendo. ¿De qué te acusa este hombre?

—De prácticamente todos los crímenes habidos y por haber —Boyne hizo el recorte a un lado, y se tumbó en un sillón junto a la chimenea—.

¿Quieres oír la historia? No es particularmente interesante… solo una disputa por intereses en la Blue Star.

—Pero ¿quién es el tal Elwell? No reconozco el nombre.

—Oh, es un compañero que ayudé a entrar… le di una mano. En aquel momento te conté todo sobre él.

—Me atrevo a decir que debí haberlo olvidado —rebuscó entre sus recuerdos en vano—. Pero si lo ayudaste, ¿por qué te paga así?

—Seguramente un tinterillo lo palabreó y lo engatusó. Todo eso es bastante técnico y complicado. Creía que te aburrían ese tipo de cosas.

Su mujer sintió un escozor de compunción. En teoría, desaprobaba el desapego de la mujer estadounidense de los intereses profesionales de su marido, pero en la práctica siempre le había parecido difícil fijar su atención en el informe de los movimientos que involucraban los variados intereses de Boyne. Además, durante sus años de exilio había sentido que, en una sociedad en la que las comodidades de la vida solo podían obtenerse a costa de esfuerzos tan arduos como las labores profesionales de su marido, una breve pausa como la que él y ella podían darse debería ser usada como un escape de las preocupaciones inmediatas, un pasaje a la vida que siempre habían soñado vivir.

Una o dos veces, ahora que esta nueva vida realmente había dibujado su círculo mágico alrededor de ellos, se había preguntado a sí misma si había hecho las cosas bien; pero hasta ahora tales conjeturas no habían sido más que las excursiones retrospectivas propias de una imaginación activa. Ahora, por primera vez, la sobrecogió un poco descubrir lo poco que sabía de la base material sobre la que su felicidad estaba construida.

Miró a su marido, y la tranquilizó de nuevo la compostura de su rostro, pero aun así sentía la necesidad de un soporte más definitivo para su tranquilidad.

—¿Pero esta demanda no te preocupa? ¿Por qué no me habías hablado de ella?

Respondió ambas preguntas a la vez:

—No te hablé de ella al principio porque *sí* me preocupaba… me molestaba, más bien. Pero ahora todo eso es historia patria. Tu corresponsal

tuvo que haber cogido un número atrasado del *Sentinel*.

Mary sintió un rápido alivio.

—¿Quieres decir que se acabó? ¿Él perdió el caso?

Hubo una demora apenas considerable en la respuesta de Boyne.

—La demanda ha sido retirada… es todo.

Pero ella insistía, como para exonerarse del peso interior de que la despachara con demasiada facilidad.

—¿La retiró porque vio que no tenía ninguna posibilidad?

—Oh, no tenía ninguna posibilidad —respondió Boyne.

Ella seguía luchando contra una perplejidad que sentía vagamente detrás de sus pensamientos.

—¿Hace cuánto la retiraron?

Él se detuvo, como si regresara levemente a la incertidumbre de antes.

—Justo ahora me ha llegado la noticia; pero la había estado esperando.

—Justo ahora… ¿en una de las cartas?

—Sí, en una de las cartas.

Ella no hizo comentarios, y fue solo, tras un corto intervalo de espera, que él se había levantado, caminado a lo largo del salón, y se había sentado en el sofá que estaba al lado de ella. Ella sintió, a medida que lo hacía, que la rodeaba el brazo de su marido, sintió su mano buscar la de ella y sujetarla, y girándose lentamente, atraída por la calidez de su mejilla, se tropezó con sus ojos sonrientes.

—Está todo bien… ¿está todo bien? —preguntó ella, entre el torrente de dudas que se disolvían.

—¡Y te doy mi palabra de que nunca ha estado tan bien! —le respondió entre risas, estrechándola.

III

Una de las cosas más extrañas que ella después recordaría de toda la rareza del día siguiente era la completa y repentina recuperación de su sensación de seguridad.

Estaba en el aire cuando despertó en su oscura habitación de techos bajos; la acompañó hasta abajo a la mesa del desayuno, se proyectó hacia ella desde la chimenea, y se reduplicó desde los lados de la urna y en los acanalados macizos de la tetera georgiana. Era como si, de forma indirecta, todos los miedos difusos del día anterior hubieran liquidado entre ellos todas las deudas de alguna obligación moral tormentosa. Si en efecto ella había sido ajena a los asuntos de su marido, era —su nuevo estado parecía probarlo— porque su fe en él justificaba instintivamente tal desinterés, y el derecho que él tenía a la fe de ella se afirmaba ahora en la propia cara de la sospecha y la amenaza. Jamás lo había visto más tranquilo, más natural e inconscientemente él mismo, que tras el interrogatorio al que al que lo había sometido; era casi como si él fuera consciente de sus dudas, y hubiera querido refrescar el ambiente tanto como ella.

Estaba tan fresco —¡gracias al cielo!— como la brillante luz exterior que la recibió casi con un tinte de verano cuando escapó de la casa a su paseo diario por los jardines. Había dejado a Boyne en su escritorio, complaciéndose a sí misma, mientras pasaba por la puerta de la biblioteca, con un último vistazo a su tranquilo rostro, donde se inclinaba, pipa en boca, sobre los papeles, y ahora ella tenía sus propias tareas por realizar. Las tareas involucraban, en tan encantadores días de invierno, casi tanto merodeo afortunado alrededor de los diferentes aposentos de su heredad como si la primavera ya se hubiera instalado allí. Todavía tenía tantas posibilidades infinitas frente a ella, tantas oportunidades de sacar a flote las gracias latentes de la antigua casa sin necesidad de alterarla con una sola irreverencia, que el invierno entero era demasiado corto como para concebir los planes que la primavera y el otoño ejecutaban. Y su recobrada sensación de seguridad le daba, en esta mañana en particular, un placer peculiar a sus avances en el dulce y sereno lugar. Primero fue al huerto, donde los perales trepadores esbozaban patrones complicados en los muros, y las palomas se acicalaban y revoloteaban por el techo de tejas plateadas del palomar. Había un problema con la cañería del invernadero, y estaba a la espera de una autoridad de Dorchester que debía venir en el horario entre un tren y otro y hacer un diagnóstico de la caldera. Pero cuando se adentró en el húmedo

calor de los invernaderos, entre los aromas especiados y los rojos y rosas cerosos de las flores exóticas pasadas de moda —¡hasta la flora de Lyng estaba a tono!— se dio cuenta de que el hombre importante no había llegado, y, puesto que el día estaba muy inusual como para pasarlo dentro de una atmósfera artificial, salió de nuevo y caminó por el mullido césped de la cancha de bolos hacia los jardines traseros de la casa. En el extremo más apartado brotaba una terraza de hierba, que miraba hacia el estanque y los setos de tejos hasta el largo frente de la casa con sus chimeneas torcidas y el tejado azul inclinado todo empapado de la humedad color oro pálido del aire.

Vista así, a través de la tracería uniforme de los jardines, le enviaba, desde las ventanas abiertas y las hospitalarias chimeneas humeantes, la sensación de una cálida presencia humana, de una mente lentamente madurada en un soleado muro de experiencia. Nunca antes había tenido semejante sensación de cercanía con ella, semejante convicción de que todos sus secretos eran benéficos, guardados, como les decían a los niños, «para el provecho de uno», semejante confianza en su poder para congregar su vida y la de Ned en el patrón armónico de la larga, larga historia que estaba ahí tejiendo bajo el sol.

Oyó pasos detrás de ella y se dio vuelta esperando ver al jardinero acompañado del ingeniero de Dorchester. Pero solo una figura estaba a la vista, la de un hombre algo corpulento y más bien joven, quien, por razones que ella no podía haber dado en el acto, no se acercaba en lo más mínimo a su noción de una autoridad competente en invernaderos. Al verla, el aparecido se quitó el sombrero, y se detuvo con aires de un caballero —tal vez de un viajero— que desea dejar claro que su intromisión es involuntaria. Lyng atraía ocasionalmente a los viajeros más cultivados, y Mary medio esperaba ver que el viajero escondiera una cámara, o justificara su presencia mostrándola. Pero no hizo un gesto de ningún tipo, y después de un momento ella preguntó, con un tono correspondiente con la vacilación cortés de su actitud:

—¿Está usted buscando a alguien?

—Vine a ver al Sr. Boyne —respondió.

Más que el acento, su entonación era vagamente estadounidense, y de inmediato Mary lo miró con más cuidado. El ala del sombrero de fieltro suave le proyectaba una sombra en el rostro, que, así oscurecido, le daba a su mirada miope una impresión de seriedad, de una persona que llegaba «por negocios», y cortés pero plenamente consciente de sus derechos.

Experiencias anteriores la habían hecho sensible a tales peticiones por igual; pero era celosa con las horas de la mañana de su marido y dudaba de que él le hubiera dado a alguien el derecho de importunarlas.

—¿Tiene usted una cita con mi marido? —preguntó.

El visitante vaciló, como si la pregunta lo hubiera agarrado desprevenido.

—Creo que él me está esperando —replicó.

Era el turno de Mary de vacilar.

—Imaginará usted, esta es la hora en la que él trabaja: nunca se ve con nadie en la mañana.

La miró durante un momento sin responder; luego, como si aceptara la sentencia, se dispuso a retirarse. Mientras se daba vuelta, Mary lo vio detenerse y dirigir la mirada hacia el apacible frente de la casa. Algo en su porte sugería cansancio y decepción, el desánimo del viajero que ha venido de muy lejos y cuyas horas las regía un horario. A ella se le ocurrió que si ese era el caso su negativa podría haberle hecho perder el viaje, y un sentimiento de compunción la empujó a tratar de detenerlo.

—¿Le puedo preguntar si viene usted de muy lejos?

Le dirigió la misma mirada seria.

—Sí… he venido desde muy lejos.

—Entonces, si va hasta la casa, sin duda mi marido lo atenderá. Lo encontrará en la biblioteca.

No supo por qué había agregado la última frase, salvo por un vago impulso por redimir su reciente falta de hospitalidad. El visitante parecía estar a punto de expresar su agradecimiento, pero el jardinero que se acercaba con una compañía, que tenía toda la pinta de ser el experto de Dorchester, distrajo la atención de Mary.

—Por allí —dijo ella, señalándole con la mano la casa al forastero, y un instante después se había olvidado de él por ocuparse en la reunión con el

fabricante de calderas.

El encuentro llevó a unos resultados de tanto alcance que el ingeniero terminó por decidir que era necesario ignorar el horario de su tren y Mary se vio obligada a pasar el resto de la mañana en una confabulación absorta entre las macetas. Finalizado el coloquio, se sorprendió al darse cuenta de que era casi la hora del almuerzo, y medio esperaba, mientras se apuraba a regresar a la casa, ver a su marido salir a su encuentro. Pero no vio a nadie en el patio salvo al ayudante del jardinero rastrillando la gravilla, y cuando entró al pasillo había tanto silencio que supuso que Boyne aún estaba trabajando.

Esperando no molestarlo, se dirigió a la sala de estar, y ahí, en su mesa de escribir, se abstrajo en nuevos cálculos del desembolso al que se había comprometido en la reunión de la mañana. El hecho de que se pudiera permitir semejantes locuras no había perdido aún su novedad, y de alguna manera, en contraste con los temores inciertos de los días anteriores, ahora parecía un elemento de su seguridad recobrada, de la sensación de que, como había dicho Ned, las cosas en general nunca habían estado «tan bien».

Todavía estaba deleitándose en un profuso juego de cifras cuando la camarera, desde el umbral de la puerta, la despertó con la consulta acerca de la conveniencia de servir el almuerzo. Una de las chanzas de Trimmle era anunciar el almuerzo como si estuviera divulgando un secreto de estado y Mary, concentrada en sus papeles, murmuró una aprobación distraída.

Sintió que Trimmle vacilaba inciertamente en el umbral, como reprochándole tan desconsiderada aprobación; luego sus pasos que se alejaban sonaron en el pasillo, y Mary hizo los papeles a un lado, cruzó el corredor y fue hasta la puerta de la biblioteca. Aún estaba cerrada, y ella vaciló a su vez; detestaba molestar a su marido, pero estaba temerosa de que excediera su cantidad de trabajo habitual. Mientras permanecía ahí, balanceando sus impulsos, Trimmle regresó con el anuncio del almuerzo, lo que impulsó a Mary a abrir la puerta de la biblioteca.

Boyne no estaba en su escritorio, y ella miró a su alrededor, esperando hallarlo frente a los estantes, en alguna parte a lo largo del salón; pero su

llamado no obtuvo respuesta, y paulatinamente fue claro para ella que él no estaba ahí.

Se volvió hacia la camarera.

—El señor Boyne debe estar arriba. Por favor dígale que el almuerzo está listo.

Trimmle parecía dudar entre la obviedad de tener que obedecer y una convicción igualmente obvia de lo tonta que era la orden que le habían dado. La lucha resultó en la respuesta:

—Con todo respeto, señora, el Sr. Boyne no está arriba.

—¿No está en su habitación? ¿Está segura?

—Estoy segura, señora.

Mary miró el reloj.

—Entonces ¿dónde está?

—Salió —le anunció Trimmle, con el aire de superioridad de quien ha esperado respetuosamente la pregunta que una mente en sus cabales habría hecho en primer lugar.

Entonces la conjetura de Mary había sido correcta. Boyne debió de haber ido a los jardines a encontrarse con ella y, dado que no se habían encontrado, estaba claro que él se había ido por la puerta sur, que era el camino más corto, en lugar de rodear el patio. Cruzó el corredor en dirección al ventanal francés que abría directamente sobre el jardín de tejos, pero la camarera, tras otro momento de conflicto interior, decidió informarle:

—Por favor, señora, el Sr. Boyne no salió por ahí.

Mary dio media vuelta. —¿A *dónde* se fue? ¿Y cuándo?

—Salió por la puerta principal, por la calzada, señora. —Para Trimmle, no responder más de una pregunta a la vez era una cuestión de principios.

—¿Por la calzada? ¿A esta hora?

Mary misma fue hasta la puerta, y miró hacia el otro lado del patio por entre el túnel de tilos pelados. Pero el panorama estaba tan vacío como cuando lo había inspeccionado al entrar en la casa.

—¿El Sr. Boyne no dejó ningún mensaje?

Trimmle parecía sucumbir a una última lucha contra las fuerzas del caos.

—No, señora. Solo salió con el caballero.

—¿El caballero? ¿Cuál caballero? —Mary se dio vuelta, como para afrontar este nuevo factor.

—El caballero que vino, señora —dijo Trimmle resignadamente.

—¿Cuándo vino un caballero? ¡Explíquese, Trimmle!

Únicamente el hecho de que Mary tenía mucha hambre, y de que quería consultarle a su marido lo de los invernaderos, habría causado que le diera una orden tan inusual a su empleada, e incluso ahora era lo suficientemente objetiva como para ver en los ojos de Trimmle el desafío incipiente del subalterno respetuoso que ha sido tratado con demasiada fuerza.

—No podría decir la hora exactamente, señora, porque yo no hice pasar al caballero —respondió, con el aire de ignorar discretamente el rumbo irregular asumido por su patrona.

—¿Usted no lo hizo pasar?

—No, señora. Cuando sonó el timbre yo me estaba vistiendo, y Agnes…

—Vaya y pregúntele a Agnes, entonces —dijo Mary.

Trimmle aún conservaba su porte de paciente magnanimidad.

—Agnes no lo sabe, señora, pues desafortunadamente se quemó la mano cortando la mecha de la nueva lámpara que llegó del pueblo —Trimmle, por lo que Mary tenía entendido, siempre se había opuesto a la idea de la lámpara nueva— y entonces la Sra. Docket mandó a la ayudante de cocina.

Mary miró de nuevo el reloj.

—¡Son las dos pasadas! Vaya y pregúntele a la ayudante de cocina si el Sr. Boyne dejó algún recado.

No esperó más y se dispuso a almorzar, y Trimmle misma regresó a traerle la afirmación de la ayudante de cocina de que el caballero había venido alrededor de las once en punto, y que el señor Boyne se había ido con él sin dejar ningún mensaje. La ayudante de cocina ni siquiera sabía el nombre de la persona puesto que lo había escrito en un pedazo de papel que había doblado y le había pasado con la orden de entregárselo de inmediato al señor Boyne.

Mary terminó su almuerzo aún pensativa, y cuando acabó, y Trimmle le trajo el café a la sala de estar, su preocupación había aumentado con un tinte

inicial de leve de inquietud. No eran cosas de Boyne ausentarse sin explicación a una hora tan insólita, y la dificultad de identificar al visitante cuyo llamado había aparentemente obedecido hacían que su desaparición fuera aún más incomprensible. La experiencia de Mary Boyne como mujer de un ocupado ingeniero, sometido a llamadas repentinas y obligado a llevar horarios irregulares, la habían entrenado en la filosófica aceptación de las sorpresas; pero desde su retiro de los negocios, Boyne había adoptado una regularidad de vida benedictina. Como compensación por los años dispersos y agitados, con sus almuerzos a las carreras, y las cenas reducidas a los traqueteos de los vagones restaurante, cultivaba los refinamientos restantes de la puntualidad y la monotonía, desalentando así el gusto de su mujer por lo inesperado y declarando que para un gusto refinado había infinitas gradaciones de placer en las recurrencias del hábito.

Aun así, puesto que ninguna vida puede resguardarse completamente de lo impredecible, era evidente que tarde o temprano todas las precauciones de Boyne resultarían inútiles, y Mary concluyó que él se había deshecho de una visita cansona llevando al visitante hasta la estación, o por lo menos acompañándolo en una parte del camino.

Esta conclusión la alivió de más preocupaciones, y salió a retomar su reunión con el jardinero. De ahí caminó hasta la oficina postal del pueblo, más o menos a una milla de distancia, y cuando volvía a casa estaba cayendo el crepúsculo.

Había tomado un sendero a través de las lomas, y como Boyne, entretanto, probablemente había regresado de la estación por la carretera, había pocas probabilidades de que se encontraran. Sin embargo, estaba segura de que él había regresado a casa antes que ella; tan segura que, cuando entró, sin siquiera detenerse a preguntarle a Trimmle, se dirigió directamente a la biblioteca. Pero la biblioteca aún estaba vacía, y con una exactitud insólita de memoria visual observó que los papeles sobre el escritorio de su marido se encontraban precisamente como cuando había entrado a llamarlo para almorzar.

De repente la embargó un pavor incierto de lo desconocido. Había cerrado la puerta tras ella al entrar, y mientras permanecía sola en el largo

salón silencioso el pavor parecía cobrar forma y profundidad, estar ahí respirando y acechando entre las sombras. Escudriñó con sus ojos miopes, medio vislumbrando una presencia de verdad, algo ajeno, que observaba y entendía, y en su repugnancia ante esa presencia intangible se abalanzó sobre la cuerda de la campana y le dio un fuerte tirón.

El fuerte llamado atrajo precipitadamente a Trimmle con una lámpara, y Mary respiró de nuevo ante esta reaparición tranquilizadora de lo conocido.

—Puede traer el té si el señor Boyne está aquí —dijo, para justificar el llamado.

—Muy bien, señora. Pero el señor Boyne no está aquí —dijo Trimmle, descargando la lámpara.

—¿No está aquí? ¿O sea que entró y volvió a salir?

—No, señora. Nunca regresó.

El pavor le estremeció de nuevo, y Mary supo que ahora se apoderaba de ella con rapidez.

—¿No ha regresado desde que salió con… el caballero?

—No desde que salió con el caballero.

—Pero ¿quién *era* el caballero? —insistió Mary, con el tono estridente de alguien que trata de hacerse oír entre una confusión de ruidos.

—No sabría decirle, señora.

Ahí de pie junto a la lámpara, Trimmle parecía adelgazarse y empalidecerse repentinamente, como si la eclipsara la misma sigilosa sombra de aprensión.

—Pero la ayudante de cocina sabe… ¿fue la ayudante de cocina quien lo dejó entrar?

—Ella tampoco sabe, señora, pues él escribió su nombre en un papel doblado.

Entre su agitación, Mary era consciente de que ambos estaban designando al visitante desconocido con un pronombre incierto, en lugar de la fórmula convencional que, hasta entonces, había mantenido sus alusiones dentro de los límites de la convención. Y en ese mismo momento su mente se agarró de la sugerencia del papel doblado.

—¡Pero debe tener un nombre! ¿Dónde está el papel?

Se desplazó hasta el escritorio y empezó a voltear los documentos que lo cubrían. Lo primero que le llamó la atención fue una carta inconclusa de puño y letra de su marido, con el bolígrafo encima, como si lo hubiera soltado tras un llamado repentino.

«Mi querido Parvis», (¿quién era Parvis?) «Acabo de recibir tu carta en la que anuncias la muerte de Elwell, y ahora que supongo que no hay más riesgo de meterse en problemas, podría ser más seguro…».

Hizo la hoja a un lado, y siguió con su búsqueda; pero ningún papel doblado era visible entre las cartas y páginas manuscritas que habían sido amontonadas como de manera apresurada o sobresaltada.

—Pero la ayudante de cocina lo *vio*. Tráigala aquí —ordenó, asombrándose de su torpeza al no haber pensado antes en una solución tan simple.

Trimmle desapareció en un parpadeo, como agradecida por salir del salón, y cuando reapareció, trayendo consigo a la turbada subalterna, Mary había recobrado la compostura y tenía sus preguntas listas.

El caballero era un desconocido, sí… eso entendió ella. Pero ¿qué había dicho? Y, sobre todo, ¿cuál era su apariencia? La primera pregunta fue resuelta fácilmente, por el desconcertante motivo de que no había dicho mucho… apenas había preguntado por el señor Boyne, y había pedido que le hicieran llegar de inmediato una suerte de garabato escrito en un trozo de papel.

—¿Entonces usted no sabe qué escribió? ¿No está segura de que *fuera* su nombre?

La ayudante de cocina no estaba segura, pero supuso que lo era, ya que él lo había escrito como respuesta a la pregunta de a quién debía anunciar.

—Y cuando usted le entregó el papel al señor Boyne, ¿qué dijo?

La ayudante de cocina no creía que el señor Boyne hubiera dicho algo, pero no podía asegurarlo, ya que justo cuando le había pasado el papel y él lo estaba abriendo, se había percatado de que el visitante la había seguido hasta la biblioteca, y ella se había retirado y dejado a los caballeros juntos.

—Pero, entonces, si usted los dejó en la biblioteca, ¿cómo sabe que salieron de la casa?

Esta pregunta sumió a la testigo en una momentánea incapacidad de expresarse, de la cual fue rescatada por Trimmle, quien, por obra de circunloquios ingeniosos, le sacó la información de que antes que pudiera cruzar el corredor hacia el pasillo trasero había oído a los caballeros detrás suyo y los había visto salir juntos por la puerta principal.

—Entonces, si usted vio al desconocido dos veces, debe ser capaz de contarme cuál era su apariencia.

Pero con este desafío final a su capacidad de expresión se hizo claro que la resistencia de la ayudante de cocina había alcanzado su límite. La obligación de ir hasta la puerta principal a hacer pasar a un visitante era en sí misma tan subversora del orden fundamental de las cosas que había terminado por desbarajustar sus facultades sin remedio y solo pudo balbucear, tras varios esfuerzos jadeantes:

—Su sombrero, señora, era diferente, por así decirlo…

—¿Diferente? ¿Cómo diferente?

Mary tuvo una iluminación; en ese instante, su propia mente dio un salto hasta una imagen que le había dejado la mañana, y que luego se perdió bajo las capas de los sentimientos que le siguieron.

—Su sombrero era de ala ancha, ¿me entiende? Y tenía la cara pálida… ¿más bien joven?

Mary la presionó, con los labios blancos ante la intensidad del interrogatorio. Pero si la ayudante de cocina encontró alguna respuesta acorde con el desafío, fue anulada por la tensión turbulenta de las propias certezas de su interlocutora.

El desconocido… ¡el desconocido del jardín! ¿Por qué Mary no había pensado antes en él? Ahora no necesitaba que nadie le dijera que era él quien había pedido que llamaran a su marido y había desaparecido con él. Pero ¿quién es y por qué Boyne lo había obedecido?

IV

Se le ocurrió de repente, como una mueca salida de la oscuridad, con cuánta frecuencia se habían referido a Inglaterra como diminuta… «un lugar en el

que era condenadamente difícil perderse».

¡Un lugar en el que era condenadamente difícil perderse! Esa había sido la frase de su marido. Y ahora, con la maquinaria entera de la investigación oficial alumbrando con sus linternas de costa a costa y de un lado a otro de los estrechos divisorios; ahora que el nombre de Boyne empapelaba los muros de cuanto pueblo y ciudad, su retrato (¡cómo la mortificaba eso!) se había difundido a lo largo y ancho del país como la imagen de un criminal buscado; ahora la compacta y poblada islita, tan vigilada, inspeccionada y administrada, se revelaba como una esfinge guardiana de misterios abismales, que miraba fijamente a los ojos angustiados de su mujer ¡como con el gozo malvado de saber algo que ellos jamás conocerían!

En los quince días que le siguieron a la desaparición de Boyne no había habido ninguna noticia de él, ningún rastro de sus movimientos. Incluso los reportes falsos habituales que mantenían viva la esperanza en los pechos atormentados habían sido pocos y fugaces. Nadie más que la ayudante de cocina había visto a Boyne abandonar la casa, y nadie más había visto al «caballero» que lo acompañaba. Todas las indagaciones en el vecindario fallaban en dilucidar un recuerdo de la presencia del desconocido en el vecindario de Lyng ese día. Y nadie se había encontrado a Edward Boyne, ni solo ni acompañado, en alguno de los pueblos circundantes, o en la carretera que atravesaba las lomas, o en alguna de las estaciones del ferrocarril cercanas. La soleada luna inglesa se lo había tragado tan completamente como si hubiera salido hacia la noche cimeria.

Mientras todos los mecanismos oficiales de investigación trabajaban a su capacidad máxima, Mary había esculcado los papeles de su marido en busca de algún rastro de complicaciones precedentes, de enredos u obligaciones desconocidas para ella, que podrían encender una luz en la oscuridad. Pero si algo de eso había existido en el trasfondo de la vida de Boyne, se había esfumado como el pedazo de papel en el que el visitante había escrito su nombre. No quedaba la menor pista excepto —si eso era en efecto una excepción— la carta que Boyne aparentemente se encontraba escribiendo cuando la misteriosa reunión. Esa carta, leída y releída por su

mujer, y que ella le había entregado a la policía, ofrecía lo suficientemente poco como para alimentar una conjetura.

«Acabo de enterarme de la muerte de Elwell, y ahora que supongo que no hay más riesgo de meterse en problemas, podría ser más seguro…» Eso era todo. El «riesgo de meterse en problemas» lo explicaba fácilmente el recorte de periódico que había puesto al tanto a Mary de la demanda que había interpuesto en contra de su marido uno de sus socios de la compañía Blue Star. La única información nueva que impartía la carta era el hecho de que mostraba que Boyne, cuando la escribía, aún estaba aprensivo por los resultados de la demanda, a pesar de que le había dicho a su mujer que había sido retirada, y de que la carta misma probaba que el demandante estaba muerto. Fueron necesarios varios días de cables para establecer la identidad del Parvis a quien iba dirigido el fragmento, pero incluso después de que de dichas indagaciones hubieran indicado que era un abogado de Waukesha, no se obtuvieron datos nuevos respecto de la demanda de Elwell. Parecía que él no había tenido una preocupación directa en el tema, pero sí había estado ligado a los hechos simplemente como un conocido, y posible intermediario, y él mismo se declaró incapaz de conjeturar con qué propósito Boyne pretendía pedirle su asesoría.

Esta información negativa, único fruto de dos semanas de búsqueda, no incrementó ni un ápice durante las lentas semanas siguientes. Mary sabía que las investigaciones aún continuaban, pero tenía una sensación incierta de que mermaban gradualmente, como mermaba el propio paso del tiempo. Era como si los días, huyendo horrorizados de la imagen velada de aquel día inescrutable, ganaran terreno a medida que se alargaba la distancia, hasta regresar finalmente a su marcha habitual. Y lo mismo ocurrió con la imaginación humana que trabajaba en el oscuro suceso. Sin duda el asunto aún los ocupaba, pero semana tras semana y hora tras hora se volvía menos absorbente, ocupaba menos espacio, era desplazado lenta pero inevitablemente del plano principal de la conciencia por los nuevos problemas que hervían perpetuamente en la turbia caldera de la experiencia humana.

Incluso la conciencia de Mary Boyne sintió gradualmente la misma reducción de velocidad. Aún fluctuaba con las oscilaciones incesantes de la conjetura; pero eran más lentas, su pulsación era más rítmica. Incluso había momentos de cansancio en los que, como la victima de veneno que deja el cerebro intacto pero mantiene el cuerpo inmóvil, se veía a sí misma domesticada por el Horror, aceptando su presencia como una de las condiciones fijas de la vida.

Estos momentos se alargaron durante horas y días, hasta que ella pasó a un estado de aquiescencia apática. Miraba la rutina de la vida diaria con el ojo desinteresado de un salvaje para quien los incomprensibles avances de la civilización no dejan más que una débil huella. Había llegado a considerarse a sí misma como parte de la rutina, un rayo de la rueda girando con su movimiento; se sentía casi como el mueble de la sala en el que se sentaba, un objeto insensible para limpiar y ser puesto junto a las sillas y las mesas. Y esta apatía intensificada la amarró a Lyng, a pesar de las súplicas de los amigos y la habitual recomendación médica de un cambio. Sus amigos creyeron que su rechazo a mudarse era inspirado por la convicción de que un día su marido regresaría al punto del que se había esfumado, y que una hermosa leyenda nacería de este estado de espera imaginario. Pero en realidad ella no tenía tal convicción: las honduras de la angustia que la envolvían ya no eran iluminadas por destellos de esperanza. Estaba segura de que Boyne jamás regresaría, de que había desaparecido de su vista tan completamente como si la Muerte misma hubiera esperado ese día en el umbral de la puerta. Incluso había renunciado, una por una, a las distintas teorías sobre la desaparición que había propuesto la prensa, la policía y su propia imaginación agonizante. En el desfallecimiento absoluto, su mente se alejaba de esas alternativas de horror y se hundía de nuevo en el hecho llano de que él se había ido.

No, nunca sabría qué había sido de él… Nadie lo sabría jamás. Pero la casa *sabía*; la biblioteca en la que ella pasaba sus largas noches solitarias lo sabía. Pues era aquí que se había ejecutado la última escena, aquí que el desconocido había venido y traído el mensaje que había hecho que Boyne se levantara y lo siguiera. El suelo que ella pisaba había sentido sus pisadas;

los libros en los estantes habían visto su cara, y había momentos en los que la conciencia intensa de las viejas paredes oscuras parecía a punto de prorrumpir en una suerte de revelación audible de su secreto. Pero la revelación nunca se dio, y ella supo que nunca se daría. Lyng no era una de las casas charlatanas que delataban los secretos que les habían confiado. Su propia leyenda demostraba que siempre había sido la cómplice muda, la guardiana incorruptible, de los misterios que había descubierto. Y Mary Boyne, sentada cara a cara con ese silencio, sentía la inutilidad de intentar romperlo por medios humanos.

V

—No digo que fuera deshonesto, pero tampoco digo que fuera honesto. Eran negocios.

Por las palabras, Mary levantó la cabeza sobresaltada, y miró atentamente a su interlocutor.

Cuando media hora antes le trajeron una tarjeta que decía «Sr. Parvis», inmediatamente había sido consciente de que el nombre había sido parte de su conciencia desde que lo había leído al inicio de la carta inconclusa de Boyne. Había encontrado a un pequeño hombre cetrino de cabeza pelada y gafas doradas esperándola en la biblioteca, y la estremeció saber que esta era la persona a quien había sido dirigido el último pensamiento conocido de su marido.

Cortésmente, pero sin vanos preámbulos —a la manera de un hombre que tiene el reloj en la mano— Parvis había expuesto el propósito de su visita. Se había «pasado» por Inglaterra de negocios, y al verse en el vecindario de Dorchester, no había querido marcharse sin darle su sentido pésame a la señora Boyne, y sin preguntarle, si las circunstancias lo permitían, qué pensaba hacer ella respecto a la familia de Bob Elwell.

Tales palabras tocaron el resorte de un espanto obscuro en el pecho de Mary. Después de todo, ¿sabía el visitante lo que Boyne había querido decir con su frase inconclusa? Ella le pidió que aclarara la pregunta, y notó de

inmediato que él parecía sorprendido de su constante ignorancia en el tema. ¿Era posible que ella en realidad supiera tan poco como decía?

—No sé nada… tiene que contarme —titubeó, y acto seguido el visitante procedió a revelar la historia.

Salió, hasta para su confundida percepción, y su visión imperfectamente iniciada, un espeluznante resplandor de todo el borroso episodio de la mina Blue Star. Su marido había hecho su dinero en esa brillante especulación a costa de «salirle adelante» a alguien menos vivo como para aprovechar la oportunidad; y la víctima de su ingenuidad era el joven Robert Elwell, quien se había «entregado» al esquema de la Blue Star.

Al primer lloro de Mary, Parvis le había lanzado una mirada aleccionadora por entre sus gafas imparciales.

—Bob Elwell no era lo suficientemente astuto, eso es todo; si lo hubiera sido, podría haberle apostado y servido a Boyne en la misma forma. Esas cosas son pan de cada día en la industria. Me imagino que eso es lo que los científicos llaman la supervivencia del más fuerte… ¿entiende? —dijo el señor Parvis, evidentemente complacido con lo acertada que era su analogía.

Mary sintió un encogimiento físico al tratar de formular la siguiente pregunta: era como si las palabras en sus labios tuvieran un sabor que le provocaba náuseas.

—Pero entonces… ¿acusa usted a mi marido de hacer algo deshonroso?

El señor Parvis sopesó la pregunta desapasionadamente.

—Oh, no, no lo acuso. Ni siquiera digo que fuera deshonesto, pero tampoco digo que fuera honesto. Eran negocios.

Después de todo, ninguna definición de esa categoría podría ser más comprensiva que esa.

Mary se sentó mirándolo con cara de terror. A ella le parecía que él era el emisario indiferente de alguna fuerza malvada.

—Pero, aparentemente los abogados del señor Elwell no compartían su punto de vista, porque supongo que la demanda fue retirada por recomendación de ellos.

—Oh, sí; ellos sabían que él no tenía nada de qué aferrarse, técnicamente; fue cuando le recomendaron retirar la demanda que se desesperó. Usted entenderá, él había prestado la mayoría del dinero que perdió en la Blue Star, y estaba acorralado. Por eso se pegó un tiro cuando le dijeron que no tenía chance.

El horror se abalanzaba sobre Mary en grandes ondas ensordecedoras.

—¿Se pegó un tiro? ¿Se mató por *eso*?

—Bueno, no se mató, exactamente. Resistió dos meses antes de que muriera —Parvis emitió la afirmación tan impasiblemente como un gramófono que rasga su «disco».

—¿Quiere decir usted que trató de matarse, y falló? ¿Y volvió a intentarlo?

—Oh, no tuvo que volver a *intentarlo* —dijo Parvis siniestramente.

Se sentaron en silencio en el uno frente al otro, él balanceaba sus gafas entre los dedos, ella, inmóvil, con los brazos estirados agarrando las rodillas en una actitud de tensión rígida.

—Pero si usted sabía todo esto —al fin ella habló, sin lograr que su voz emitiera más que un susurro— ¿cómo es que cuando le escribí al momento de la desaparición de mi marido usted dijo que no entendía la carta?

Parvis recibió aquello sin mostrar vergüenza:

—Pues, no la entendí… estrictamente hablando. Y no era el momento para hablar de eso, si lo hubiera hecho. El asunto de Elwell se resolvió al momento del retiro de la demanda. Nada que le pudiera haber dicho la hubiera ayudado a encontrar a su marido.

Mary siguió interrogándolo.

—¿Entonces por qué me lo está diciendo ahora?

Parvis seguía sin vacilar.

—Bueno, para empezar, supuse que usted sabía más de lo que parece… es decir, respecto de las circunstancias de la muerte de Elwell. Y además ahora la gente está hablando de eso; han traído de nuevo todo este asunto. Y pensé que si no lo sabía tenía que saberlo.

Ella se quedó en silencio, y él continuó:

—Usted entenderá, últimamente es que ha salido a la luz el mal estado en el que estaban los asuntos de Elwell. Su mujer es una mujer orgullosa y le hizo pecho a la situación lo más que pudo, iba a trabajar, y tuvo que coser en la casa cuando enfermó demasiado… algo del corazón, me parece. Pero estaba a cargo de su madre y los niños, y el peso le cayó encima, y finalmente tuvo que pedir ayuda. Eso llamó la atención sobre el caso, y los periódicos lo publicaron, y le empezaron a dar una cuota. A todo el mundo allá le caía bien Bob Elwell, y la mayoría de los nombres más prominentes del lugar estaban al final de la lista, y la gente se empezó a preguntar por qué…

Parvis se interrumpió para buscar algo en uno de sus bolsillos interiores.

—Aquí está —siguió él—, aquí hay un recuento del *Sentinel* de todo el tema… un poco sensacionalista, por supuesto. Pero creo que debería echarle una mirada.

Le entregó un periódico a Mary, quien lo desdobló lentamente, y mientras lo hacía recordaba la noche en la que, en ese mismo salón, la lectura de un recorte del *Sentinel* había sacudido las honduras de su seguridad por primera vez.

Mientras abría el periódico, sus ojos se encogían frente al titular flagrante «Viuda de Boyne, víctima forzada a pedir ayuda» que se reducía de una columna de texto a dos retratos insertos en él. El primero era de su marido, tomado de una foto hecha en el año en que habían llegado a Inglaterra. Era la foto de él que a ella más le gustaba, la que estaba puesta en el escritorio arriba en su habitación. Mientras los ojos de ella veían los de la foto, sintió que sería imposible leer lo que decían de él, y bajó los párpados con el filo del dolor.

—Pensé que si usted se sentía en disposición de escribir su nombre… —oyó a Parvis seguir.

Abrió los ojos con esfuerzo, y cayeron en el otro retrato. Era de un hombre más bien joven, un poco corpulento, de rasgos un tanto desdibujados por la sombra proyectada por el ala de su sombrero. ¿Dónde había ella visto antes ese contorno? Se quedó mirándolo confundida, su corazón le martillaba los oídos. Luego dio un alarido.

—Este es el hombre… ¡el hombre que vino por mi marido!

Oyó a Parvis ponerse de pie sobresaltado, y escasamente era consciente de que se había echado hacia un rincón del sofá, y de que él, preocupado, se había encorvado por encima de ella. Mary se enderezó y alcanzó el periódico que había dejado caer.

—¡Es el hombre! ¡Puedo reconocerlo como sea! —persistía con una voz que a sus propios oídos le parecía un grito.

La respuesta de Parvis parecía llegarle a ella desde la lejanía, a través de interminables sinuosidades amortiguadas por la niebla.

—Sra. Boyne, usted no se encuentra muy bien. ¿Llamo a alguien? ¿Le traigo un vaso de agua?

—¡No, no, no! —se vino hacia él, su mano apretaba el periódico frenéticamente—. Se lo digo, ¡es el hombre! ¡Yo lo *conozco*! ¡Hablé con él en el jardín!

Parvis le quitó el periódico, y apuntó con sus gafas al retrato.

—No puede ser, Sra. Boyne. Es Robert Elwell.

—¿Robert Elwell? —su mirada vacía parecía viajar hacia el espacio—. Entonces fue Robert Elwell quien vino por él.

—¿Vino por Boyne? ¿El día en que se fue de aquí? —la voz de Parvis disminuía mientras la de ella se elevaba. Él se encorvó, extendiéndole una mano fraternal, cómo para persuadirla con delicadeza de que regresara a su asiento—. ¡Pero si Elwell estaba muerto! ¿No se acuerda?

Mary se sentó con los ojos fijos en la foto, inconsciente de lo que él estaba diciendo.

—¿No se acuerda usted de la carta inconclusa que Boyne escribía para mí… la que usted encontró en el escritorio ese día? Fue escrita justo después de que él había oído de la muerte de Elwell —ella notó una rara tembladera en la inexpresiva voz de Parvis—. ¡Con seguridad usted se acuerda! —insistía él.

Sí, ella se acordaba: eso era lo más profundamente horroroso del hecho. Elwell había muerto el día antes de la desaparición de su marido; y ese era el retrato de Elwell; y era el retrato del hombre con el que había hablado en el jardín. Ella levantó la cabeza y miró lentamente alrededor de la

biblioteca. La biblioteca podía también ser testigo de que ese era el retrato del hombre que había venido ese día a interrumpirle a Boyne la escritura de su carta inconclusa. A través de las oleadas brumosas de su cerebro oyó el débil estampido de las palabras medio olvidadas… palabras dichas por Alida Stair en su jardín de Pangbourne antes de que Boyne y su mujer hubieran siquiera visto la casa de Lyng, o hubieran imaginado que un día llegarían a vivir ahí.

—Este fue el hombre que habló conmigo —repetía.

Volvió a mirar a Parvis. Estaba tratando de disimular su perturbación bajo lo que probablemente él imaginaba que era una expresión de conmiseración indulgente; pero los bordes de sus labios estaban azules. «Él cree que estoy loca; pero no estoy loca», pensó ella; y ahí de repente se le ocurrió una forma de justificar su extraña afirmación.

Se sentó en silencio, controlando la tembladera de sus labios, y esperando hasta que pudiera confiar en su voz; luego dijo, mirando a Parvis directamente:

—¿Me respondería usted una pregunta, por favor? ¿Cuándo fue que Robert Elwell trató de matarse?

—Cuándo… ¿cuándo? —Parvis tartamudeó.

—Sí; la fecha. Por favor trate de acordarse.

Se dio cuenta de que a él le estaba dando más miedo que a ella.

—Tengo un motivo —insistió Mary.

—Sí, sí. Solo que no puedo acordarme. Alrededor de dos meses antes, diría.

—Quiero la fecha —repitió ella.

Parvis cogió el periódico.

—Podríamos ver aquí —dijo él, aún complaciéndola. Recorrió toda la página con sus ojos.

—Aquí está. Octubre pasado… el…

Ella le quitó las palabras de la boca.

—El veinte, ¿no fue así?

Con una mirada mordaz sobre ella, él verificó.

—Sí, el veinte. ¿Entonces usted *sabía*?

—Ahora lo sé —ella seguía recorriéndolo con la mirada—. El domingo veinte… Ese fue el día que él vino aquí por primera vez.

La voz de Parvis era casi inaudible:

—¿Que vino *aquí* por primera vez?

—Sí.

—Entonces, ¿usted lo vio dos veces?

—Sí, dos veces —se lo susurró apenas—. Primero vino el veinte de octubre. Me acuerdo de la fecha porque fue el día en que subimos a Meldon Steep por primera vez —ella sintió un débil resuello de risa interna al pensar que era por eso que lo había olvidado.

Parvis siguió interrogándola, como si tratara de interceptar su mirada.

—Lo vimos desde el techo —continuó ella—. Venía por la avenida de tilos en dirección a la casa. Estaba vestido tal cual lo está en la foto. Mi marido lo vio primero. Estaba asustado, y bajó corriendo antes que yo; pero ahí no había nadie. Se había esfumado.

—¿Elwell se había esfumado? —Parvis titubeó.

—Sí —los susurros de ambos parecían buscarse a tientas—. No pude entender lo que había ocurrido. Ahora entiendo. Él *trató* de venir esa vez; pero no estaba lo suficientemente muerto… No pudo alcanzarnos. Tuvo que esperar dos meses para morir; y luego regresó… y Ned se fue con él.

Ella le asentía con la cabeza a Parvis con el aspecto de triunfo que tiene un niño que ha completado un difícil rompecabezas. Pero súbitamente levantó las manos con un gesto desesperado y las presionó contra sus sienes.

—¡Oh, Dios mío! ¡Se lo mandé a Ned!… ¡Le dije a donde ir! ¡Lo mandé a este salón! —gritaba.

Sintió las paredes de libros venírsele encima como ruinas que caían hacia adentro; y oyó a Parvis, muy lejos, entre las ruinas, gritándole, y luchando por alcanzarla. Pero ella no sentía que él la tocaba, no sabía lo que le estaba diciendo. Entre el tumulto oyó solo un sonido claro, la voz de Alida Stair, hablando en el jardín de Pangbourne.

—No lo conocerán hasta después —decía—. No hasta mucho, mucho después.

Kerfol

—Tienes que comprarla —dijo mi anfitrión—, es el lugar preciso para un tipo de vocación solitaria como tú. Y valdría mucho la pena ser el propietario de la casa más romántica de Bretaña. Los dueños están en la quiebra, y la están dando regalada… tienes que comprarla.

No fue con la más mínima intención de hacerle honor al carácter que me atribuía mi amigo Lanrivain (de hecho, bajo mi fachada de insociable siempre había tenido anhelos secretos de domesticidad) que capté su indirecta una tarde de otoño y fui a Kerfol. Mi amigo iba hacia Quimper por negocios; me dejó en el camino, en el cruce de un brezal, y dijo:

—Primer giro a la derecha y segundo a la izquierda. Luego derecho hasta que veas una avenida. Si te encuentras con algún campesino, no le pidas indicaciones. Ellos no entienden francés, y fingirán entenderlo y te confundirán. Volveré aquí al atardecer por ti… y no te olvides de las tumbas en la capilla.

Seguí las indicaciones de Lanrivain con la duda que me provocaba la dificultad habitual de recordar si había dicho que el primer giro a la derecha y el segundo a la izquierda, o al revés. Si me hubiera encontrado a un campesino ciertamente le habría preguntado, y probablemente me hubiera extraviado; pero tenía todo el paisaje desierto solo para mí, y entonces me topé con el giro correcto y caminé por el brezal hasta que llegué a una avenida. Era tan distinta de cualquier otra avenida que jamás hubiera visto que instantáneamente supe que debía ser *la* avenida. Los árboles de troncos agrisados se alzaban rectos a una gran altura y luego entretejían sus ramas gris pálido en un largo túnel por el que la luz de otoño caía lánguidamente. Me sé la mayoría de los nombres de los árboles, pero hasta el día de hoy no he podido decidir cuáles eran aquellos. Tenían la elevada curva de los olmos, la esbeltez de los álamos, el color ceniciento de los olivos bajo un cielo pluvioso, y se extendían delante de mí por media milla o más sin una

brecha en la bóveda. Si alguna vez vi una avenida que inconfundiblemente llevara a algo, fue la avenida hacia Kerfol. Mi corazón latía un poco a medida que empezaba a caminarla.

En seguida los árboles se acabaron y llegué a la puerta fortificada de un largo muro. Entre el muro y yo había un espacio abierto de hierba con otras avenidas grises que irradiaban de él. Detrás del muro había unos altos techos de teja cubiertos de musgo plateado; el campanario de una capilla, la cima de la torre principal. Un foso lleno de zarzas y arbustos salvajes rodeaba el lugar; el puente levadizo había sido reemplazado por un arco de piedra y la compuerta por una verja. Me quedé por largo rato del lado de acá del foso, contemplando a mi alrededor y dejándome invadir por la influencia del lugar. Y me dije: «si espero el tiempo suficiente, el guardián aparecerá y me mostrará las tumbas»… y esperaba más bien que no se apareciera tan pronto.

Me senté en una piedra y encendí un cigarrillo. Tan pronto lo hice, sentí que haberlo hecho había sido algo portentoso y pueril, con esa casa invidente mirándome desde lo alto, y todas las avenidas vacías convergiendo en mí. Puede haber sido la hondura del silencio la que me hizo tan consciente de mi gesto. El chillido del fósforo sonó tan fuerte como el crujido de un freno, y por poco imaginé que lo oía caer cuando lo tiré a la hierba. Pero era más que eso: una sensación de irrelevancia, de pequeñez, de bravuconería inútil, en el sentarse ahí a echar bocanadas de humo de cigarrillo en la cara de semejante pasado.

No sabía nada de la historia de Kerfol (era un recién llegado a Bretaña, y Lanrivain nunca me había mencionado el nombre sino hasta el día anterior), pero tan solo con mirar esa mole uno no podía dejar de percibir en ella un extenso cúmulo de historia. No estaba preparado para adivinar qué tipo de historia: quizás solo ese peso absoluto de muchas vidas y muertes vinculadas que les da una majestuosidad a todas las casas antiguas. Pero el aspecto de Kerfol sugería algo más: una perspectiva de recuerdos severos y crueles evaporándose —como sus avenidas grises— en un manchón de oscuridad.

Ciertamente una casa jamás había roto con el presente tan completa e irrevocablemente. Mientras se sostenía ahí, alzando sus altivos techos y gabletes al cielo, podría haber sido su propio monumento funerario. «¿Tumbas en la capilla? ¡Todo el lugar es una tumba!», reflexioné. Esperaba cada vez más que no llegara el guardián. Los detalles del lugar, por más sorprendentes que fueran, parecían triviales comparados con la majestuosidad del conjunto; y yo únicamente quería sentarme ahí a que me penetrara el peso de su silencio.

«¡Es el lugar perfecto para ti!» había dicho Lanrivain; y a mí me invadía la casi blasfema frivolidad de sugerirle a cualquier ser vivo que Kerfol era el lugar para él. «¿Es posible que alguien pudiera *no* verlo?», me preguntaba. No terminé la idea: lo que yo quería decir era indefinible. Me puse de pie y deambulé hasta la puerta. Empezaba a querer saber más; no a querer *ver* más —ahora tenía la seguridad de que no era una cuestión de ver — sino de sentir más: sentir todo lo que el lugar tenía por comunicar. «Pero para entrar uno tendría que encontrar al guardián», pensé renuentemente, y lo dudé. Finalmente crucé el puente y tanteé la puerta de hierro. Cedió, y caminé a través del túnel formado por el espesor del *chemin de ronde*. En el extremo lejano, habían puesto una barricada de madera a lo ancho de la entrada, y más allá de ella había un patio rodeado de noble arquitectura. El edificio principal estaba de cara a mí; y ahora veía que la mitad era una simple fachada en ruinas, con ventanas abiertas de par en par por las que se veían la vegetación salvaje del foso y los árboles del jardín. El resto de la casa aún conservaba su belleza robusta. Un extremo colindaba con la torre circular, el otro con la pequeña capilla decorada con tracería, y en una esquina del edificio se levantaba la boca de un pozo coronada de cántaros musgosos. Unas cuantas rosas crecían contra la pared, y recuerdo haber observado una maceta de fucsias sobre el alféizar de una ventana superior.

Mi sensación de presión de lo invisible empezaba a ceder a mis intereses arquitectónicos. La edificación era tan primorosa que sentí un deseo por explorarla. Miré alrededor del patio, preguntándome en qué esquina se hospedaba el guardián. Luego empujé la barrera y entré. Al hacerlo, un perro me impidió el paso. Era un perrito tan extraordinariamente hermoso

que por un momento me hizo olvidar del espléndido lugar que estaba protegiendo. En ese momento no supe con seguridad cuál era su raza, pero luego me enteré de que era chino, y que era de una rara variedad denominada «pekinés de manga». Era muy pequeño y de color marrón dorado, con grandes ojos marrones y cuello ensortijado: parecía un gran crisantemo leonado. Me dije: «Estas pequeñas bestias siempre chasquean y aúllan, y alguien saldrá de inmediato».

El animalito se quedó frente a mí, intimidante, casi amenazador: había rabia en sus grandes ojos marrones. Pero no hizo ningún sonido, no se acercó. En cambio, mientras yo avanzaba, retrocedía paulatinamente, y me di cuenta de que otro perro, una cosa atigrada brusca e incierta, venía rengueando con una pierna coja. «Ahora habrá un barullo», pensé, pues en ese mismo instante, un tercer perro, un gozque blanco de pelo largo, salió de una puerta y se unió a los otros. Los tres se quedaron viéndome con ojos graves pero no hicieron un solo sonido. Mientras yo avanzaba seguían retrocediendo con pasos insonoros, seguían mirándome. «En un punto dado, atacarán mis tobillos: es una de las jugarretas que le hacen a uno los perros que viven juntos», pensé. No me preocupé, pues no eran ni grandes ni temibles. Pero me dejaron merodear por el patio a mi gusto, mientras me seguían a una corta distancia —siempre la misma distancia— y siempre me tenían los ojos encima. En este momento miré al otro lado de la fachada en ruinas, y vi que en uno de los marcos vacíos de las ventanas había otro perro: un pointer blanco con una oreja marrón. Era un viejo perro pesado, mucho más experimentado que los demás; y parecía estar observándome con un propósito más profundo.

«*Este* sí se dejará oír», me dije; pero se quedó en el marco de la ventana, contra los árboles del jardín, y siguió mirándome sin moverse. Le sostuve la mirada por un rato, para ver si la sensación de que lo estaban viendo lo provocaba. La mitad del ancho del patio nos separaba, y a través de él nos mirábamos silenciosamente el uno al otro. Pero no se inmutó, y finalmente le di la espalda. Detrás de mí encontré al resto de la manada, con la adición de un recién llegado: un pequeño galgo negro de ojos color ágata pálido. Temblaba un poco, y su expresión era más tímida que la de los demás. Me

di cuenta de que se mantenía un poco detrás de ellos. Y todavía no emitían sonido alguno.

Me quedé ahí por cinco minutos enteros, el cerco alrededor mío… esperando, así como ellos parecían estar esperando. Al fin me acerqué hasta donde estaba el perrito marrón dorado y me agaché a acariciarlo. Mientras lo hacía, me oí soltar una risa nerviosa. El perrito no se sobresaltó, ni gruñó, ni me quitó los ojos de encima… simplemente retrocedió una yarda, luego se detuvo y siguió mirándome. «Oh, ¡carajo!», exclamé, y caminé a lo largo del patio hacia el pozo.

Mientras avanzaba, los perros se separaron y se escabulleron hacia los diferentes rincones del patio. Examiné los cántaros del pozo, probé dos o tres puertas trancadas, y miré de arriba abajo la muda fachada; luego di media vuelta hacia la capilla. Cuando me giré percibí que todos los perros habían desaparecido, excepto el viejo pointer, que aún me miraba desde la ventana. Fue más bien un alivio librarme de esa masa de testigos; y empecé a buscar a mi alrededor un camino hacia la parte trasera de la casa. «Quizás habrá alguien en el jardín», pensé. Encontré un camino a través del foso, me trepé por un muro cubierto de zarzas y me metí al jardín. Unos cuantos geranios y hortensias esbeltas agonizaban en los lechos de flores, y la antigua casa los miraba indiferente desde arriba. El lado del jardín era más sencillo y severo que el otro: el largo frente de granito, con pocas ventanas y techo empinado, parecía una prisión fortificada. Di una vuelta por el ala más lejana, subí unas escaleras destartaladas, y entré en el hondo crepúsculo de un angosto e increíblemente viejo sendero abovedado. El sendero tenía justo el ancho suficiente para que una persona se metiera, y sus ramas se encontraban por encima. Era como el fantasma de un sendero abovedado, cuyo verde lustroso se desvanecía en el gris sombrío de las avenidas. Caminaba sin parar, las ramas me golpeaban y rebotaban con una sacudida seca, y al fin acabé sobre el techo herboso del *chemin de ronde.* Lo recorrí hasta llegar a la torre del portal, mirando hacia el patio, que estaba justo debajo de mí. No había un ser humano a la vista; ni tampoco los perros. Encontré un tramo de escalones en la profundidad del muro y los descendí; y cuando aparecí de nuevo en el patio, ahí estaba el cerco de perros, el

marrón dorado un poco adelante de los demás, el galgo negro temblando detrás.

«¡Oh, carajo, bestias desagradables!», exclamé, y el eco repentino de mi voz me sobrecogió. Los perros permanecían inmóviles, mirándome. En este momento sabía que no tratarían de impedir que me acercara a la casa, y eso me dejó en libertad de examinarlos. Tenía la sensación de que debían estar horriblemente amedrentados como para estar tan callados e inertes. Pero no se veían ni hambrientos ni maltratados. Sus pelajes eran suaves y no estaban flacos, salvo el galgo tembloroso. Parecía más como si hubieran vivido por mucho tiempo con gente que nunca les hablaba ni los miraba: como si el silencio del lugar les hubiera entumecido paulatinamente su atareada naturaleza inquisitiva. Y esta extraña pasividad, esta lasitud casi humana, me parecía más triste que la miseria de los animales hambrientos y apaleados. Me hubiera gustado despertarlos por un momento, incitarlos a jugar o corretear, pero entre más miraba sus ojos fijos y agotados más disparatada me parecía la idea. Con las ventanas mirándonos desde lo alto, ¿cómo pude imaginar semejante cosa? Los perros sí lo sabían: *ellos* sabían lo que la casa toleraría y lo que no. Incluso imaginé que ellos sabían lo que pasaba por mi mente, y que me compadecían por mi frivolidad. Pero incluso esa sensación probablemente les llegaba a través de una espesa niebla de languidez. Tenía la impresión de que la distancia que guardaban de mí no era nada comparada con la lejanía que había entre nosotros. La impresión que provocaban era la de tener en común un recuerdo tan profundo y oscuro que nada que hubiera sucedido desde entonces les merecía un gruñido o un batir de cola.

—Vamos —irrumpí abruptamente dirigiéndome hacia el cerco mudo—, ¿saben ustedes qué parecen? ¿todos ustedes? Parece que hubieran visto un fantasma… ¡así es como se ven! ¿Me pregunto si *hay* un fantasma aquí… ¿y nadie más que ustedes para aparecérsele? —los perros seguían contemplándome sin moverse…

Ya estaba oscuro cuando vi las farolas del coche de Lanrivain en el cruce… y no me molestó para nada verlas. Tenía la sensación de haber escapado del lugar más solitario del planeta entero, y de que no me gustaba

la soledad —a ese nivel— tanto como me lo imaginaba. Mi amigo había traído a su abogado desde Quimper, y al estar sentado junto a un desconocido amable y gordo no tenía disposición de hablar de Kerfol…

Pero esa noche, mientras Lanrivain y el abogado estaban encerrados en el estudio, Madame de Lanrivain empezó a hacerme preguntas en la sala de estar.

—Bueno… ¿vas a comprar Kerfol? —me preguntó, levantando su amable mentón del bordado.

—Aún no lo he decidido. El hecho es que no pude entrar a la casa —dije, como si simplemente hubiera pospuesto mi decisión y pensara regresar a echarle otra mirada.

—¿No pudiste entrar? ¿Por qué? ¿Qué pasó? En la familia están locos por vender la casa, y el viejo guardián tiene órdenes…

—Es muy probable. Pero el viejo guardián no estaba allí.

—¡Qué lástima! Habrá ido al mercado. Pero, ¿su hija…?

—No había nadie por ahí. Por lo menos yo no vi a nadie.

—¡Qué increíble! ¿Literalmente nadie?

—Nadie más que un montón de perros, toda una manada, que parecían tener la casa para ellos solos.

Madame de Lanrivain dejó caer el bordado hasta su rodilla y cruzó las manos sobre él. Por varios minutos me miró pensativamente.

—Una manada de perros… ¿tú los *viste*?

—¿*Verlos*? ¡No vi nada más!

—¿Cuántos? —bajó un poco la voz—. Siempre me he preguntado…

La miré con sorpresa: suponía que la casa le era conocida.

—¿Usted ha estado en Kerfol? —le pregunté.

—Oh, sí: muchas veces. Pero nunca ese día.

—¿Cuál día?

—Lo había olvidado por completo… y también Hervé, estoy segura. Si nos hubiéramos acordado, jamás te hubiéramos enviado hoy… pero pues, después de todo, uno realmente no cree ese tipo de cosas, ¿cierto?

—¿Cuáles cosas? —pregunté, poniendo involuntariamente mi voz al nivel de la suya. Por dentro estaba pensando: «Yo *sabía* que había algo…».

Madame de Lanrivain carraspeó y soltó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Hervé no te contó la historia de Kerfol? Un antepasado suyo estuvo involucrado en ella. Sabes que cada casa bretona tiene su historia de fantasmas; y algunas de ellas son bastante desagradables.

—Sí… ¿pero esos perros?

—Bueno, esos perros son los fantasmas de Kerfol. Por lo menos, los campesinos dicen que hay un día del año en el que allí aparecen un montón de perros, y que ese día el cuidandero y su hija parten hacia Morlaix y se emborrachan. Las mujeres en Bretaña beben espantosamente.

Se agachó a emparejar un hilo de seda; luego alzó su encantadoramente inquisitivo rostro parisiense.

—¿*Realmente* viste un montón de perros? No hay ni uno en Kerfol —dijo.

II

Al día siguiente, Lanrivain desenterró un tomo forrado en cuero desgastado de la parte trasera de un estante superior de su biblioteca.

—Sí… aquí está. ¿Cómo se llama? *Una historia de los juicios del Ducado de Bretaña. Quimper, 1702.* El libro fue escrito alrededor de cien años después del caso de Kerfol; pero creo que el informe está transcrito casi literalmente de los registros judiciales. En todo caso, es una lectura extraña. Y hay un Hervé de Lanrivain involucrado en eso… no exactamente *mi* estilo, como verás. Pero él solo es un colateral. Mira, llévate el libro a la cama. No recuerdo exactamente los detalles, ¡pero te apuesto a que después de que lo leas dejarás la luz prendida toda la noche!

Como él lo había vaticinado, dejé la luz prendida toda la noche; pero fue más que todo porque, hasta cerca del amanecer, estuve embebido en la lectura. El informe del juicio de Anne de Cornault, mujer del señor de Kerfol, era largo y estaba impreso cuidadosamente. Era, como había dicho mi amigo, probablemente una transcripción casi literal de lo que tuvo lugar en la sala del tribunal, y el juicio duró cerca de un mes. Además, la letra del libro era muy mala…

Primero pensé en traducir el registro antiguo. Pero está lleno de repeticiones tediosas, y las líneas principales de la historia se desvían constantemente hacia cuestiones secundarias. Así que he tratado de desentrañarla, y entregarla aquí en una forma más sencilla. A veces, sin embargo, he regresado al texto porque otras palabras no podrían haber expresado tan exactamente el sentido de lo que experimenté en Kerfol; y en ningún punto he añadido nada de mi autoría.

III

Fue en el año 16 que Yves de Cornault, señor del dominio de Kerfol, fue al *pardon* de Locronan a cumplir con sus deberes religiosos. Era un noble rico y poderoso, entonces por sus sesenta y dos años, pero sano y robusto, un gran jinete y cazador y un hombre pío. Así que todos sus vecinos atestiguaron. De apariencia era bajo y ancho, de cara morena, piernas ligeramente encorvadas por la silla de montar, nariz ganchuda y manos anchas cubiertas de vello negro. Se había casado joven y perdido a su mujer y a su hijo poco después, y vivía solo en Kerfol desde entonces. Dos veces por año iba a Morlaix, donde tenía una bella casa cerca del río, y pasaba una semana o diez días allí, y ocasionalmente cabalgaba hasta Rennes para ocuparse de negocios. Los testigos declararon que durante estas largas ausencias llevaba una vida diferente de la que se sabía que llevaba en Kerfol, donde se ocupaba de su propiedad, asistía diariamente a misa, y su único divertimento lo encontraba en cazar jabalíes y aves acuáticas. Pero esos rumores no son particularmente relevantes, y es cierto que entre la gente de su misma clase en el vecindario pasaba por un hombre severo e incluso austero, pendiente de sus obligaciones religiosas, que evitaba el contacto con otros. No había habladurías de cercanías con mujeres de sus propiedades, aunque en esa época la nobleza era muy permisiva con sus campesinos. Alguna gente decía que nunca había mirado a una mujer desde la muerte de la suya; pero tales cosas eran difíciles de comprobar, y en este punto la evidencia no servía de mucho.

Bueno, en su año sesenta y dos, Yves de Cornault fue al *pardon* de Locronan, y ahí vio a una joven dama de Douarnenez, que había cabalgado a la grupa con su padre para cumplir su obligación con el santo. Su nombre era Anne de Barrigan, y venía de antigua estirpe bretona de la buena, pero mucho menos importante y poderosa que la de Yves de Cornault; y su padre había despilfarrado su fortuna en las cartas, y vivía casi como un campesino en su pequeño casal en los brezales… he dicho que no agregaré nada de mi autoría a la escueta declaración de este extraño caso; pero debo interrumpirme aquí para describir a la señorita que había llegado al atrio de Locronan en el mismo momento en el que el Barón de Cornault se apeaba allí. Saco mi descripción de un dibujo descolorido en crayón rojo, sobrio y lo suficientemente verídico como para ser de un pupilo tardío de los Clouets, el cual cuelga en el estudio de Lanrivain, y del cual se dice que es un retrato de Anne de Barrigan. No está firmado y no tiene otra marca de identidad que las iniciales A. B., y la fecha 16 —el año después de su matrimonio—. Representa a una joven de pequeña cara ovalada, casi afilada, aunque lo suficientemente ancha para una boca amplia con hoyuelos delicados en las comisuras. La nariz es pequeña, y las cejas son más bien elevadas, separadas, y dibujadas tan livianamente como las cejas de una pintura china. La frente es alta y seria, y lleva el pelo, que parece ser fino, abundante y claro, alejado de la frente, pegado a la cabeza como un bonete. Los ojos no son ni grandes ni pequeños, probablemente castaños, de una mirada tímida y firme a la vez. Un par de hermosas manos largas se entrecruzan bajo el pecho de la dama…

El capellán de Kerfol, y otros testigos, afirmaron que cuando el Barón regresó de Locronan saltó de su caballo, ordenó instantáneamente que ensillaran otro, llamó a un joven paje para que viniera con él y partió esa misma noche hacia el sur. Su mayordomo los siguió a la mañana siguiente con arcas repletas sobre un par de mulas de carga. La semana siguiente Yves de Cornault regresó a Kerfol, llamó a sus vasallos y arrendatarios, y les dijo que se iba a casar el día de Todos los Santos con Anne de Barrigan de Douarnenez. Y el día de Todos los Santos se llevó a cabo el matrimonio.

Respecto a los siguientes años, la evidencia de ambos lados parece mostrar que la pareja los pasó felices. No se encontró a nadie que dijera que Yves de Cornault no había sido amable con su mujer, y era claro para todos que estaba contento con su compra. De hecho, el capellán y otros testigos de cargo admitieron que la joven ejercía sobre su marido una influencia moderadora, y que él se volvió menos exigente con sus arrendatarios, menos duro con sus campesinos y dependientes, y menos propenso a los accesos de silencio sombrío que habían oscurecido su viudez. Respecto a su mujer, el único agravio que sus defensores podían usar en su defensa era que Kerfol era un lugar solitario, y que cuando su marido se iba por negocios a Rennes o a Morlaix —adonde nunca la llevaba— no le era permitido mucho más que caminar en el jardín sin compañía. Pero nadie afirmó que era infeliz, aunque una sirvienta dijo que la había sorprendido llorando y la había oído decir que era una mujer condenada a no tener hijos y a no tener nada propio en esta vida. Pero ese era un sentimiento lo suficientemente natural en una mujer apegada a su marido; y ciertamente tuvo que haber sido una gran pena para Yves de Cornault que ella no le diera un hijo. Sin embargo, él nunca le hizo sentir la falta de hijos como un reproche —ella lo admite en la evidencia— y parecía intentar que lo olvidara haciéndole favores y regalos suntuosos. A pesar de que era rico, nunca había sido generoso; pero nada era demasiado fino para su mujer en materia de sedas, gemas y linos, o cualquier otra cosa de la que ella se antojara. Todos los mercaderes ambulantes eran bienvenidos en Kerfol, y cuando el amo se ausentaba nunca regresaba sin traerle a su mujer un bello regalo —algo curioso y particular— de Morlaix o Rennes o Quimper. Una de las camareras entregó, en el contrainterrogatorio, una interesante lista de los regalos de un año, que aquí copio. De Morlaix, un junco tallado en marfil, con chinos en los remos, que un marinero extranjero había traído de ofrenda votiva a Notre Dame de la Clarté en Ploumanac'h; de Quimper, un vestido bordado, hecho por las hermanas de la Asunción; de Rennes, una rosa de plata que se abría y mostraba una Virgen de ámbar con una corona de granates; de Morlaix, también, un corte de terciopelo de Damasco moteado de oro, comprado a un judío de Siria; y ese mismo año para la

fiesta de San Miguel, de Rennes, un collar o brazalete de piedras redondas —esmeraldas y perlas y rubíes— enhebradas como cuentas en una fina cadena de oro. Este fue el regalo que más le gustó a la dama, dijo la mujer. Más tarde, como sucedió, fue presentado en el juicio, y parece haber impresionado a los jueces y al público por lo curiosa y valiosa que era la joya.

Ese mismo invierno, el Barón se ausentó de nuevo, esta vez había ido hasta Bordeaux, y a su regreso le trajo a su mujer algo todavía más singular y hermoso que el brazalete. Era una tarde de invierno cuando llegó a Kerfol y, cuando entraba por el corredor, la encontró sentada junto a la chimenea, con el mentón apoyado en la mano, mirando el fuego. Traía una caja de terciopelo en la mano, la puso en el suelo, la destapó y dejó salir un perrito marrón dorado.

Anne de Cornault gritó complacida mientras la criaturita saltaba hacia ella. «¡Oh, parece un pájaro o una mariposa!», clamó mientras lo recogía, y el perro le puso las patas en sus hombros y la miró con «ojos como los de un Cristiano». Después de eso nunca lo perdería de vista, y lo acariciaba y le hablaba como su hubiera sido un niño, ya que, en efecto, era la cosa más cercana a un niño que ella conocería. Yves de Cornault estaba a gusto con su compra. Un marinero le había traído el perro en un buque mercante de las Indias Orientales, y el marinero se lo había comprado a un peregrino en un bazar en Jaffa, quien se lo había robado a la mujer de un noble en China: algo perfectamente admisible, puesto que el peregrino era un cristiano y el noble un pagano condenado al fuego del infierno. Yves de Cornault había pagado un gran precio por el perro, puesto que empezaban a ser apetecidos en la corte francesa, y el marinero sabía que era valioso; pero la alegría de Anne era tan grande que, por verla reírse y jugar con el animalito, su marido habría ofrecido el doble sin dudarlo.

Hasta ahí, todos los testimonios concuerdan, y el relato va sobre ruedas, pero de golpe el curso se torna difícil. Trataré de ceñirme lo más posible a la propia declaración de Anne; aunque hacia el final, la pobre…

Bueno, retrocedamos. El mismo año después de que el perrito marrón fue traído a Kerfol, Yves de Cornault fue encontrado muerto una noche de

invierno en el descanso superior de unas escaleras angostas que conducían de las habitaciones de su mujer a una puerta que daba al patio. Fue su mujer quien lo encontró y dio la alarma, tan distraída, pobre desdichada, con miedo y horror —puesto que estaba empapada de sangre— que al principio los empleados recién levantados no pudieron descifrar lo que estaba diciendo y pensaron que de repente había enloquecido. Pero ahí, efectivamente, en lo más alto de las escaleras yacía su marido, indiscutiblemente muerto, y con la cabeza hacia abajo, mientras la sangre de sus heridas escurría por los peldaños. Había sido acuchillado y rasguñado espantosamente en la cara y en el cuello, como con curiosas armas puntiagudas, y una de sus piernas tenía un hondo desgarro que le había atravesado una arteria y probablemente causado su muerte. Pero ¿cómo había llegado hasta ahí, y quién lo había matado?

Su esposa declaró que dormía en su cama y al oír el grito había salido corriendo y lo había encontrado tendido en las escaleras, pero esto fue cuestionado inmediatamente. En primer lugar, se comprobó que desde su habitación no se podía haber oído el forcejeo en las escaleras debido al grosor de las paredes y el largor del corredor; además era evidente que ella no había estado ni en la cama ni dormida, dado que estaba vestida cuando despertó a los de la casa y su cama no estaba destendida. Además, la puerta al final de las escaleras estaba entreabierta y el capellán (un hombre observador) advirtió que el vestido que ella traía puesto estaba manchado de sangre en las rodillas, y que había huellas de manos pequeñas manchadas de sangre en la parte inferior de las paredes de la escalera, así que se conjeturó que ella había estado realmente en la poterna cuando cayó su marido y que al subir a tientas en la oscuridad apoyada en sus manos y rodillas, se había manchado con la sangre que escurría desde arriba. Por supuesto del otro lado se argumentó que las marcas de sangre en el vestido pudieron haber sido producto de haberse arrodillado junto a su marido cuando salió corriendo de su habitación; pero el caso es que la puerta de abajo estaba abierta y las marcas de los dedos en la escalera apuntaban hacia arriba.

A pesar de su improbabilidad, la acusada sostuvo su declaración los primeros dos días; pero al tercer día le llegó el rumor de que Hervé de

Lanrivain, un joven noble del vecindario, había sido arrestado por complicidad en el crimen. Acto seguido, dos o tres testigos se presentaron a decir que era sabido en toda la región que Lanrivain había estado anteriormente en buenos términos con la joven dama de Cornault; pero que se había ausentado de la Bretaña por más de un año, y la gente había dejado de asociar sus nombres. Los testigos que hicieron esta declaración no gozaban de muy buena reputación. Uno era un viejo yerbatero sospechoso de brujería, otro un clérigo borracho de una parroquia vecina y el tercero un pastor medio bobo al que le podían hacer decir cualquier cosa, y era claro que la parte acusatoria no estaba satisfecha con el caso, y le hubiera gustado encontrar una prueba más definitoria de la complicidad de Lanrivain que la declaración del yerbatero, quien juró haberlo visto trepando la tapia del jardín la noche del asesinato. Una forma de rellenar pruebas incompletas en esos tiempos era aplicarle algún tipo de presión, moral o física, al acusado. No está claro cuál le aplicaron a Anne de Cornault, pero al tercer día, cuando fue llevada ante el tribunal, «compareció débil y vacilante», y tras ser alentada a reponerse y decir la verdad, por su honra y por las llagas de su Bendito Redentor, confesó que de hecho ella había bajado las escaleras para hablar con Hervé Lanrivain (quien lo negó todo) y había sido sorprendida por el ruido de la caída de su esposo. Eso estaba mejor, y el fiscal se frotó las manos con satisfacción. La satisfacción creció cuando varios de los dependientes que vivían en Kerfol fueron inducidos a decir —con aparente sinceridad— que durante el año o los dos anteriores a su muerte, el patrón se había vuelto de nuevo impredecible e irascible, y propenso a los accesos de silencio sombrío que su casa había aprendido a temer antes de su segundo matrimonio. Esto parecía indicar que las cosas en Kerfol no habían estado marchando bien, aunque a ninguno se le pudo hacer decir que había habido algún indicio de un desacuerdo manifiesto entre marido y mujer.

Cuando se le preguntó la razón para bajar esa noche a abrirle la puerta a Hervé Lanrivain, Anne de Cornault elaboró una respuesta que tuvo que haber causado sonrisas en el tribunal. Dijo que había sido porque se sentía sola y quería hablar con el joven. «¿Esa fue la única razón?», le

preguntaron, y respondió: «Sí, por la Cruz sobre las cabezas de sus Señorías». «¿Pero por qué a la medianoche?», preguntó el tribunal. «Porque era la única forma de verlo». Puedo imaginarme el intercambio de miradas por entre los cuellos de armiño bajo el crucifijo.

Anne de Cornault, interrogada aún más, dijo que su vida de casada había sido extremadamente solitaria: «desolada» fue la palabra que usó. Era cierto que su esposo rara vez se dirigía a ella con dureza; pero había días en los que él no le hablaba en lo absoluto. Era cierto que nunca la había golpeado o amenazado, pero la mantenía en Kerfol como una prisionera, y cuando partía hacia Morlaix o Quimper o Rennes le montaba una guardia tan férrea que ella no podía recoger una flor del jardín sin que tuviera una criada en los talones. «No soy ninguna reina, como para necesitar semejantes honores», le dijo una vez, y él le había respondido que aquel que tiene un tesoro no deja la llave en la cerradura al salir. «Entonces llévame contigo», le pidió, pero a esto él dijo que las ciudades eran lugares perniciosos y las mujeres jóvenes estaban mejor junto a sus propias chimeneas.

—¿Pero usted qué le quería decir a Hervé de Lanrivain? —preguntó el tribunal.

Y ella respondió:

—Pedirle que me sacara de allí.

—Ah, ¿confiesa usted que bajó hacia él con pensamientos adúlteros?

—No.

—¿Entonces por qué quería usted que él se la llevara?

—Porque temía por mi vida.

—¿A quién temía?

—A mi marido.

—¿Por qué temía usted a su marido?

—Porque había estrangulado a mi perrito.

Otra sonrisa tuvo que haber circulado por la sala del tribunal: en un tiempo en que cualquier noble tenía derecho a colgar a sus campesinos —y la mayoría de ellos lo ejercían— apretar la tráquea de una mascota no era algo como para armar un escándalo.

En este punto uno de los jueces, quien parece haberle tenido cierta simpatía a la acusada, sugirió que debería permitírsele que se explicara a su manera, y acto seguido ella hizo la siguiente declaración:

Los primeros años de su matrimonio habían sido solitarios, pero su marido no había sido malo con ella. Si hubiera tenido un hijo no habría sido infeliz, pero los días eran largos, y llovía demasiado.

Era cierto que su marido, siempre que partía y la dejaba, le traía un bello regalo a su regreso, pero esto no compensaba la soledad. Al menos nada lo había hecho, hasta que le trajo el perrito marrón del oriente: después de eso fue mucho menos infeliz. Su esposo parecía estar complacido de que estuviera tan encariñada con el perro y le dio permiso para que le pusiera el brazalete de piedras en el cuello y lo tuviera siempre con ella.

Un día se había quedado dormida en su cuarto, con el perro a sus pies, como era costumbre. Estaba descalza con los pies apoyados en la espalda del perro. De repente fue despertada por su marido: se quedó al lado de ella, sonriendo amablemente.

—Te pareces a mi bisabuela, Juliane de Cor-nault, acostada en la capilla con sus pies encima de un perrito —le dijo.

La analogía le dio escalofríos, pero se rió y respondió:

—Bueno, cuando me muera tienes que ponerme junto a ella, tallada en mármol, con mi perro a mis pies.

—Oh… amanecerá y veremos —dijo, también riendo, pero juntando sus cejas negras—. El perro es el emblema de la fidelidad.

—¿Y pones en duda mi derecho a yacer con el mío a mis pies?

—Cuando tengo dudas averiguo —respondió—. Soy un hombre viejo —agregó—, y la gente dice que te hago llevar una vida solitaria. Pero juro que tendrás tu monumento si te lo ganas.

—Y yo juro ser fiel —contestó—, así sea solo por el amor a tener mi perrito a mis pies.

Poco después fue a encargarse de unos asuntos en las sesiones judiciales de Quimper, y mientras estaba lejos, su tía, la viuda de un gran noble del ducado, vino a pasar la noche en Kerfol de camino al *pardon* de Ste. Barbe. Era una mujer piadosa e influyente, y muy respetada por Yves de Cornault,

y cuando le propuso a Anne ir con ella a Ste. Barbe nadie se pudo oponer, e incluso el capellán se declaró a favor del peregrinaje. Así que Anne se puso en camino de Ste. Barbe y allí habló con Hervé de Lanrivain por primera vez. Él había venido a Kerfol una o dos veces con su padre, pero nunca antes había intercambiado ni una docena de palabras con él. Esta vez no hablaron más de cinco minutos: fue bajo los castaños, mientras la procesión salía de la capilla. Le dijo: «me produce lástima», y se sorprendió, pues no se había imaginado que alguien la considerara un objeto de lástima. «Llámeme cuando me necesite», agregó, y ella sonrió un poco, mas después se alegró y pensaba a menudo en el encuentro.

Confesó haberlo visto después tres veces: nada más. No diría cómo ni dónde —a uno le daba la impresión de que temía implicar a alguien—. Sus encuentros habían sido escasos y breves, y en el último él le había dicho que al día siguiente partiría hacia un país vecino, en una misión que no dejaba de tener peligros y podría mantenerlo ausente por muchos meses. Le pidió algo para recordarla, y ella no tenía nada para darle más que el collar alrededor del cuello del perrito. Después se arrepintió de habérselo dado, pero se veía tan infeliz de tener que irse que no había tenido el valor de negarse.

Su marido estaba de viaje en ese momento. A su regreso pocos días después alzó el animal para acariciarlo y se dio cuenta de que le faltaba el collar. Su mujer le dijo que el perro lo había perdido entre la maleza del jardín, y que ella y sus criadas lo habían buscado durante un día entero. Era cierto, le explicó al tribunal, que ella había hecho a las criadas buscar el collar: todas creyeron que el perro lo había perdido en el jardín...

Su marido no dijo nada y esa noche en la cena mostró su genio habitual, entre bueno y malo: nunca se podía saber cuál era. Habló de un buen negocio, describió lo que había visto y hecho en Rennes; pero de vez en cuando la miraba con dureza, y cuando ella se fue a dormir encontró a su perrito estrangulado sobre la almohada. El pequeñito estaba muerto pero todavía caliente; se agachó para alzarlo y su angustia se volvió horror cuando se dio cuenta de que había sido estrangulado al retorcer dos veces en su cuello el collar que le había dado a Lanrivain. La mañana siguiente al

amanecer enterró al perro en el jardín y escondió el collar en su pecho. No le dijo nada a su marido, ni después ni más tarde, y él tampoco le dijo nada, pero ese día había colgado a un campesino por robar un manojo de varas del jardín, y al día siguiente casi mata a golpes a un caballo joven que estaba amansando.

El invierno llegó, y los días cortos pasaban, y las noches largas, una por una, sin que supiera nada de Hervé de Lanrivain. Podía ser que su marido lo hubiese matado, o simplemente que le hubiera robado el collar. Día tras día al lado de la chimenea con las hilanderas, noche tras noche sola en su cama, se lo preguntaba y temblaba. A veces en la mesa su marido la miraba y sonreía, y entonces se sentía segura de que Lanrivain estaba muerto. No se atrevía a intentar buscar noticias de él, estaba segura de que su marido se enteraría si lo hiciera: tenía la impresión de que él podía enterarse de lo que fuera. Incluso cuando una hechicera —que era una conocida vidente y podía mostrarle a uno el mundo entero en su bola de cristal— llegó al castillo en busca de refugio para la noche, y las criadas acudían en masa a ella, Anne se abstuvo.

El invierno era largo, y negro y lluvioso. Un día, en ausencia de Yves de Cornault, unos gitanos llegaron a Kerfol con una jauría de perros amaestrados. Anne compró el más pequeño y sagaz, un perro blanco de pelaje plumoso y un ojo azul y otro marrón. Parecía haber sido maltratado por los gitanos, y se le pegó quejumbrosamente cuando se lo entregaron. Esa noche su marido regresó, y cuando ella se fue a dormir encontró al perro estrangulado sobre la almohada.

Después de eso se dijo a sí misma que nunca tendría otro perro; pero una noche de frío inclemente un pobre galgo flaco fue encontrado lloriqueando en la puerta del castillo, y ella lo acogió y les prohibió a las criadas hablarle de él a su marido. Lo escondió en un salón al que nadie iba, sacaba comida de su plato para llevarle, le armó una cama acogedora para que se acostara y lo acarició como a un niño.

Yves de Cornault regresó a casa, y al día siguiente ella encontró al galgo estrangulado sobre la almohada. Lloró en secreto, pero no dijo nada, y decidió que aun si se encontrara con un perro muriendo de hambre nunca lo

traería al castillo; pero un día encontró a un joven perro pastor, un cachorro atigrado de buenos ojos azules, acostado en la nieve del jardín con una pata rota. Yves de Cornault estaba en Rennes y ella entró al perro, lo calentó y lo alimentó, le inmovilizó la pata y lo escondió en el castillo hasta el regreso de su marido. El día anterior se lo dio a una campesina que vivía muy lejos de allí, y le pagó generosamente para que lo cuidara y no dijera nada; pero esa noche oyó un lloriqueo y unos rasguños en su puerta, y cuando la abrió el cachorro cojo, empapado y tembloroso, le saltó encima entre ladriditos sollozantes. Lo escondió en su cama, y a la mañana siguiente estaba a punto de ir a devolvérselo a la campesina cuando oyó a su marido entrar en el patio. Encerró al perro en un cajón y bajó a recibirlo. Una o dos horas después, cuando regresó a la habitación, el cachorro yacía estrangulado sobre la almohada...

Después de eso no se atrevió a hacer de ningún otro perro su mascota, y la soledad se le volvió casi insoportable. A veces, cuando atravesaba el patio del castillo, y creía que nadie estaba viendo, se detenía a acariciar el viejo pointer de la puerta. Pero un día mientras lo acariciaba su marido salió de la capilla, y al siguiente día el perro no estaba.

Este curioso relato no fue narrado en una sola sesión del tribunal, y fue recibido con impaciencia y comentarios incrédulos. Era claro que su puerilidad sorprendía a los jueces y que no ayudaba a la acusada ante los ojos del público. Era un cuento raro, ciertamente; pero ¿qué probaba? Que Yves de Cornault detestaba los perros, y que su esposa, para complacer su propio antojo, ignoraba persistentemente tal aversión. En cuanto a utilizar este desacuerdo trivial como justificación de sus relaciones —cualesquiera que hayan sido— con su supuesto cómplice, el argumento era tan absurdo que su mismo abogado lamentó manifiestamente haberla dejado hacer uso de él, y trató varias veces de interrumpir su historia. Pero ella continuó hasta el final, con una insistencia un poco hipnotizada, como si las escenas que evocaba fueran tan reales para ella que había olvidado dónde estaba y se imaginaba estar reviviéndolas.

Al fin el juez, que había mostrado previamente cierta bondad hacia ella, le dijo (inclinándose un poco, uno podría suponer, de su fila de colegas

adormecidos):

—¿Entonces usted quiere que creamos que mató a su marido porque no le dejaba tener un perro?

—Yo no maté a mi marido.

—Entonces, ¿quién lo hizo? ¿Hervé de Lanrivain?

—No.

—Entonces ¿quién? ¿Nos puede decir?

—Sí, les puedo decir. Los perros.

En ese momento fue sacada del tribunal desmayada.

Era evidente que su abogado trató de hacerla abandonar esta línea de defensa. Su explicación, o lo que sea que fuera, posiblemente le había parecido convincente cuando se la dio libremente al calor de su primer coloquio privado, pero ahora que estaba expuesta a la fría luz del día del escrutinio judicial —y al escarnio público— lo avergonzaba profundamente, y la habría sacrificado sin escrúpulos con tal de salvar su reputación profesional. Pero el obstinado juez —quien tal vez, después de todo, era más inquisitivo que bondadoso— evidentemente quería oír la historia, y le ordenaron, al día siguiente, continuar con su deposición.

Dijo que tras la desaparición del viejo perro guardián nada especial había sucedido durante uno o dos meses. Su marido estuvo como de costumbre: ella no recordaba ningún incidente en especial. Pero una tarde una buhonera llegó al castillo y se puso a venderles cachivaches a las criadas. Ella no tenía ánimos como para cachivaches, pero se quedó mirando mientras las mujeres escogían los suyos. Y luego, no supo cómo, la buhonera la engatusó para que se comprara una poma de olor de un fuerte aroma… una vez le había visto algo por el estilo a una gitana. Ella no tenía ganas de la poma de olor y no sabía por qué la había comprado. La buhonera le dijo que quien la llevara tenía el poder de leer el futuro, pero ella realmente no creyó en eso, ni tampoco le importó mucho. Sin embargo, compró el objeto y lo llevó a su habitación, donde se sentó mientras le daba vueltas con la mano. Entonces el extraño aroma la atrajo y se empezó a preguntar qué tipo de especia había en la caja. La abrió y encontró un grano gris enrollado en una cinta de papel, y en el papel vio una marca que ella conocía y un mensaje de

Hervé de Lanrivain que decía que estaba de vuelta en casa y estaría en la puerta del patio esa noche después de que se pusiera la luna...

Quemó el papel y se sentó a pensar. Atardecía y su marido estaba en casa... no tenía forma de advertirle a Lanrivain, y no había nada qué hacer sino esperar...

En este punto me imagino a la soñolienta sala del tribunal que empieza a despertar. Incluso el funcionario más viejo tuvo que haberse saboreado al imaginarse los sentimientos de una mujer al recibir al atardecer semejante mensaje de un hombre que vivía a veinte millas de distancia, a quien no tenía forma de mandarle una advertencia...

No era una mujer muy sagaz, me imagino, y el primer resultado de su cavilación parece haber sido el error de ser, esa noche, demasiado amable con su marido. No podía emborracharlo con vino —según el recurso convencional—, pues, aunque a veces bebía intensamente, tenía un estómago fuerte, y cuando tomaba más allá de su resistencia era porque él lo decidía, no porque una mujer se lo pidiera. No su mujer, en todo caso: ahora ella era historia patria. Mientras leo el caso, imagino que no quedaba en él otro sentimiento por ella que no fuera el aborrecimiento ocasionado por su supuesta deshonra.

En todo caso, ella trató de revivir sus viejas gracias, pero temprano en la tarde él se quejó de dolores y fiebre, y abandonó el salón para subir a la pequeña habitación privada en la que a veces dormía. Su sirviente le llevó una taza de vino caliente y trajo el mensaje de que estaba durmiendo y que no lo molestaran; una hora después, cuando Anne levantó el tapiz y escuchó en la puerta, oyó su ruidosa respiración constante. Creyó que podría estar fingiendo y se quedó por un largo rato descalza en el corredor, con la oreja en la rendija, pero la respiración seguía con demasiada firmeza y naturalidad como para no ser la de un hombre en un sueño profundo. Aliviada, regresó sigilosa a su habitación, y estuvo de pie en la ventana mirando la puesta de la luna entre los árboles del jardín. El cielo estaba brumoso y sin estrellas, y, cuando la luna descendió, la noche quedó negra como la pez. Sabía que había llegado la hora y se escabulló por el corredor, pasó la puerta de su esposo —donde paró de nuevo a escuchar su

respiración— hasta la parte superior de la escalera. Ahí se detuvo un momento, y se aseguró de que nadie la estuviera siguiendo, luego empezó a bajar la escalera en la oscuridad. Eran tan empinada y acaracolada que tuvo que ir muy despacio, por miedo a tropezarse. Su único pensamiento era el de desatrancar la puerta, decirle a Lanrivain que huyera y volver de prisa a su cuarto. Temprano en la tarde había probado el cerrojo y se las arregló para engrasarlo un poco; sin embargo, cuando lo corrió, rechinó... nada fuerte, pero hizo que el corazón se le parara, y al minuto siguiente, arriba, oyó un ruido...

—¿Qué ruido? —interpuso la parte acusadora.

—La voz de mi marido gritando mi nombre e insultándome.

—¿Qué oyó después de eso?

—Un alarido terrible y una caída.

—¿En ese momento dónde estaba Hervé de Lanrivain?

—Parado afuera en el jardín. Solo lo distinguí en la penumbra. Le dije que por el amor de Dios se fuera, y luego cerré la puerta de un empujón.

—¿Y qué hizo después?

—Me quedé al pie de la escalera y escuché.

—¿Qué oyó?

—Oía perros gruñendo y jadeando —visible desaliento del tribunal, aburrimiento del público y exasperación del abogado por la defensa. ¡Perros otra vez!... Pero el juez inquisitivo insistía.

—¿Qué perros?

Inclinó la cabeza y habló tan bajo que tuvieron que pedirle que repitiera su respuesta:

—Yo no sé.

—¿A qué se refiere con que usted «no sabe»?

—Yo no sé qué perros...

El juez intervino de nuevo:

—Trate de contarnos exactamente qué pasó. ¿Cuánto tiempo permaneció al pie de las escaleras?

—Solo por unos minutos.

—Y mientras tanto, ¿qué estaba pasando arriba?

—Los perros seguían gruñendo y jadeando. Una o dos veces, él gritó. Creo que gimió una vez. Luego se quedó callado.

—¿Después qué pasó?

—Después oí un sonido como el ruido de una jauría cuando le echan un lobo, engullendo y sorbiendo.

Hubo un quejido de disgusto y repulsión entre el tribunal y otro intento de intervención por parte del distraído abogado. Pero el juez aún seguía inquisitivo.

—¿Y todo el rato usted no subió?

—Sí, luego subí… a ahuyentarlos.

—¿A los perros?

—Sí.

—¿Y bueno…?

—Cuando llegué allá estaba bastante oscuro. Encontré el yesquero de mi marido y encendí una chispa. Lo ví ahí tendido. Estaba muerto.

—¿Y los perros?

—Se habían ido.

—Ido… ¿para dónde?

—No lo sé. No había forma de salir… y no había perros en Kerfol.

Se enderezó hasta su estatura plena, se echó los brazos sobre la cabeza y se desplomó en el piso de piedra con un prolongado alarido. Hubo un momento de confusión en la sala del tribunal. A alguien en la banca lo oyeron decir:

—Este es claramente un caso para las autoridades eclesiásticas —y el abogado de la prisionera se sumó a la sugerencia sin dudarlo.

Tras esto, el juicio se deshizo en un laberinto de contrainterrogatorios y disputas. Cada testigo convocado corroboró la afirmación de Anne de Cornault de que no había perros en Kerfol: no había habido ninguno por varios meses. El amo de la casa le había cogido aversión a los perros, de eso no cabía duda. Pero, por otra parte, en la investigación, había habido largas y amargas discusiones respecto a la naturaleza de las heridas del muerto. Uno de los cirujanos convocados había hablado de unas marcas que

parecían mordiscos. La insinuación de brujería fue revivida y los abogados oponentes se arrojaron tomos de nigromancia unos a otros.

Finalmente, Anne de Cornault fue traída de vuelta al tribunal —a instancias del mismo juez— y le preguntaron si sabía de dónde pudieron haber venido los perros de los que hablaba. Juró por el cuerpo de su Redentor que no lo sabía. Luego el juez lanzó su pregunta final:

—Si los perros que usted cree que oyó le hubieran sido familiares, ¿cree que los habría reconocido por su ladrido?

—Sí.

—¿Los reconoció?

—Sí.

—¿Cuáles perros cree que pueden haber sido?

—Mis perros muertos —dijo entre un susurro...

La sacaron del tribunal, para no reaparecer allí jamás. Hubo una especie de investigación eclesiástica y el final del asunto fue que los jueces no se pusieron de acuerdo entre sí, ni con el comité eclesiástico, y que Anne de Cornault finalmente fue puesta al cuidado de la familia de su marido, quien la encerró en la torre principal de Kerfol, donde se dice que murió muchos años después, como una loca indefensa.

Así termina su historia. En cuanto a Hervé de Lanrivain, solo tuve que recurrir a su descendiente colateral para los detalles siguientes. Con la insuficiente evidencia contra el joven, y la considerable influencia de su familia en el ducado, fue dejado en libertad y partió poco después hacia París. Probablemente no quedó de humor como para una vida mundana y parece haber caído casi inmediatamente bajo la influencia del famoso M. Arnauld d'Andilly y los caballeros del Port Royal. Uno o dos años después fue recibido en la Orden y, sin alcanzar ninguna distinción especial, obedeció a sus buenas y malas fortunas hasta su muerte unos veinte años después. Lanrivain me mostró un retrato de él junto a un pupilo de Philippe de Champaigne: ojos tristes, una boca impulsiva y una frente angosta. Pobre Hervé de Lanrivain: fue un final gris. Pero al mirar su efigie cetrina y rígida, con el vestido oscuro de los jansenistas, casi me vi envidiando su

destino. Después de todo, a lo largo de su vida le habían pasado dos cosas maravillosas: había amado románticamente y seguro habló con Pascal.

HECHIZADO

LA NIEVE AÚN CAÍA espesamente cuando Orrin Bosworth, quien labraba la tierra al sur de Lonetop, subió en su trineo hasta la verja de Saúl Rutledge. Se sorprendió de ver otros dos trineos delante de él. De ellos descendían dos figuras borrosas. Bosworth, con intensa sorpresa, reconoció al diácono Hibben, de North Ashmore, y a Sylvester Brand, el viudo de la antigua granja Bearcliff, en el camino que conduce a Lonetop.

No era común en el condado de Hemlock que alguien cruzara la verja de Saúl Rutledge —mucho menos en pleno invierno— o fuera convocado —como en todo caso Bosworth lo había sido— por la señora Rutledge, quien incluso en esa insocial región pasaba por una mujer de modales fríos y carácter solitario. La situación era suficiente para despertar la curiosidad de un hombre menos imaginativo que Orrin Bosworth.

Mientras pasaba entre los desvencijados postes blancos de la verja coronados de urnas acanaladas, los dos hombres delante suyo dirigían sus caballos hacia el cobertizo contiguo. Bosworth los siguió, y amarró su caballo a un poste. Luego los tres se sacudieron la nieve de los hombros, chocaron sus manos entumecidas y se saludaron entre ellos.

—Hola, diácono.

—Vaya vaya, Orrin…

Se dieron la mano.

—Buenas, Bosworth —dijo Sylvester Brand, inclinando un poco la cabeza.

Rara vez le ponía cordialidad a su actuar, y en esta ocasión aún estaba atareado con la brida y la manta del caballo.

Orrin Bosworth, el más joven y hablador de los tres, se volvió hacia el diácono Hibben, cuya cara alargada, extrañamente manchada y de aspecto mohoso, con parpadeantes ojos pesquisidores, era aún menos severa que el semblante gravemente tallado de Brand.

—Extraño que nos encontremos aquí de esta forma. La señora Rutledge me mandó un mensaje para que viniera —dijo Bosworth.

El diácono asintió con la cabeza.

—También me llegó un recado de ella… Andy Pond lo trajo ayer al mediodía. Espero que no haya líos por estos lados…

Miró a través de la espesa nevada el desolado frente de la casa Rutledge, más melancólica aún en su actual estado de abandono porque, como los postes de la verja, conservaba los vestigios de una elegancia de antaño. Bosworth se había preguntado con frecuencia cómo semejante casa había llegado a ser construida en ese tramo solitario entre North Ashmore y Cold Corners. La gente decía que antes había habido otras casas como esa, que formaban un pequeño caserío llamado Ashmore, una suerte de colonia montañosa creada por capricho de un oficial realista inglés, un tal coronel Ashmore, quien había sido asesinado por los indios junto a su familia mucho antes de la Revolución. Esta historia fue confirmada por el hecho de que los sótanos en ruinas de varias de estas casas estaban aún por descubrirse bajo la vegetación silvestre de las laderas contiguas, y que la bandeja de comunión de la moribunda Iglesia Episcopal de Cold Corners tenía grabado el nombre del Coronel Ashmore, quien se la había dado a la iglesia de Ashmore en el año de 1723. De la iglesia propiamente no quedaba rastro. Sin duda había sido un modesto edificio de madera, construido sobre pilotes, y la conflagración que había consumido las casas a ras del suelo la había reducido totalmente a cenizas. Incluso en el verano, el lugar entero cargaba un lúgubre aire solitario, y la gente se preguntaba por qué el padre de Saúl Rutledge había ido a instalarse allí.

—Jamás conocí un lugar —dijo el diácono Hibben— que pareciera tan alejado de la humanidad. Y sin embargo no lo está en cuanto a millas.

—Las millas no son la única distancia —respondió Orrin Bosworth, y los dos hombres, seguidos por Sylvester Brand, caminaron por la calzada hasta la puerta principal.

La gente en el condado de Helmlock no usaba las puertas principales de sus casas para entrar o salir, pero los tres hombres parecían sentir que, en

una ocasión que resultaba ser tan excepcional, el habitual y más familiar acceso por la cocina no sería lo apropiado.

Habían juzgado bien; el diácono apenas había levantado la aldaba cuando la puerta se abrió y la señora Rutledge apareció ante ellos.

—Adelante —dijo con su habitual tono uniforme, y Bosworth, mientras seguía a los demás, pensó para sí mismo: «lo que sea que haya ocurrido, no va a dejar que se le note en la cara».

En efecto, era dudoso que algo insólito pudiera hacerse notar en la cara de Prudence Rutledge, tan limitado era su alcance, tan fijos eran sus rasgos.

Estaba vestida para la ocasión con un calicó negro de puntos blancos, un collar de encaje de croché sujeto por un broche de oro y un chal gris de lana cruzado bajo sus brazos y amarrado en la espalda. En su pequeña cabeza angosta la única prominencia marcada era la de la frente que sobresalía rotundamente sobre los pálidos ojos enmarcados. Su pelo oscuro, partido sobre dicha prominencia, pasaba tirante y liso sobre la punta de sus orejas hacia una pequeña espiral trenzada en la nuca, y su cabeza contraída parecía aún más angosta al estar posada sobre un largo cuello hueco que dejaba ver los músculos de la garganta como cuerdas. Sus ojos eran de un frío gris pálido, su tez era de un blanco homogéneo. Su edad podría haber sido cualquiera entre treintaicinco y sesenta.

El salón al que condujo a los tres hombres probablemente había sido el comedor de la casa Ashmore. Ahora lo usaban de recibidor principal, y una estufa puesta sobre una lámina de zinc sobresalía de los paneles delicadamente acanalados de un viejo dintel de madera. Una lumbre recién encendida ardía con renuencia, y el salón se sentía íntimo y extremadamente frío a la vez.

—Andy Pond —la señora Rutledge le gritó a alguien en la parte trasera de la casa—, sal y llama al señor Rutledge. Es probable que lo encuentres en el cobertizo de madera o en algún lugar cerca del granero. —Se volvió a unir a su visita—. Por favor procedan a sentarse —dijo.

Con un creciente aire de constreñimiento, los tres hombres se sentaron en las sillas que ella les indicó, y la mujer se sentó rígidamente en la cuarta,

detrás de una destartalada mesa para hacer cosas de abalorios. Miró a sus visitantes uno por uno.

—Presumo que ustedes muchachos se están preguntando para qué es que les pedí que vinieran aquí —les dijo con su voz uniforme.

Orrin Bosworth y el diácono Hibben asintieron en voz baja; Sylvester Brand estaba sentado en silencio; sus ojos, bajo un gran matorral de cejas, estaban fijos en la punta de sus botas.

—Bueno, imagino que no esperaban que fuera para una fiesta —continuó la señora Rutledge.

Ninguno se aventuró a responder a esta escalofriante bienvenida, y ella continuó:

—Tenemos problemas aquí, y esa es la realidad. Y necesitamos consejo… el señor Rutledge y yo lo necesitamos.

Carraspeó, y agregó en un tono más bajo con sus inmisericordes ojos claros mirando al frente:

—Le han echado un conjuro al señor Rutledge.

El diácono alzó la mirada bruscamente, una sonrisa de incredulidad le apretaba los finos labios.

—¿Un conjuro?

—Es lo que dije: está hechizado.

Los tres visitantes quedaron en silencio de nuevo; entonces Bosworth, más distendido y menos mudo que los demás, preguntó intentando algo de humor:

—Señora Rutledge, ¿utiliza usted la palabra en el estricto sentido de las Escrituras?

Ella lo miró antes de responder:

—Así es como *él* la utiliza.

El diácono tosió y carraspeó con su larga garganta traqueteante.

—¿Le importa darnos más pormenores antes de que su marido se nos una?

La señora Rutledge bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, como sopesando la pregunta. Bosworth notó que el doblez interno de sus párpados era del mismo blanco uniforme del resto de su piel, así que,

cuando los dejó caer, sus prominentes ojos parecían las orbes ciegas de una estatua de mármol. El efecto era desagradable, y dirigió la mirada hacia el texto sobre el dintel que decía:

El alma que pecare, esa morirá.

—No —dijo ella al fin—. Esperaré.

En ese momento Sylvester Brand se levantó súbitamente y echó la silla hacia atrás.

—Yo no sé —dijo él, con su gruesa voz grave—, no creo tener nada que aportar sobre misterios bíblicos, y resulta que hoy es el día en que iba a ir a Starkfield a cerrar un negocio con un hombre.

La señora Rutledge levantó una de sus largas manos finas. Marchita y arrugada por el trabajo arduo y el frío, no obstante era del mismo blanco plomizo de su cara.

—No lo retendremos por mucho tiempo —di-jo—. ¿No se va a sentar?

El granjero Brand permanecía irresoluto, su amoratado labio inferior tembloroso.

—El diácono aquí… esas cosas son más de su corte…

—Quiero que se quede —dijo sosegadamente la señora Rutledge, y Brand se volvió a sentar.

Imperó un silencio durante el cual los cuatro presentes parecían estar escuchando el sonido de un paso; pero no se oía nada, y después de uno o dos minutos la señora Rutledge empezó a hablar de nuevo.

—Es allá en esa vieja choza en el estanque de Lamer; ahí es donde ellos se ven —dijo repentinamente.

Bosworth, quien tenía los ojos puestos en la cara de Sylvester Brand, imaginó ver una suerte de rubor interno oscurecer la gruesa piel ajada del granjero. El diácono Hibben se inclinó hacia adelante, un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Señora Rutledge, ellos… ¿*quiénes*?

—Mi marido, Saúl Rutledge… y ella…

Sylvester Brand se movió en su asiento otra vez.

—¿A quién se refiere con *ella*? —preguntó abruptamente, como trastocado por una cavilación remota.

El cuerpo de la señora Rutledge no se movió; simplemente volteó la cabeza sobre el largo cuello y lo miró.

—Su hija, Sylvester Brand.

El hombre se puso de pies tambaleando con una explosión de sonidos inarticulados.

—Mi… ¿mi hija? ¿De qué carajos está hablando usted? ¿Mi hija? Es una maldita mentira … es… es…

—Su hija *Ora*, señor Brand —dijo lentamente la señora Rutledge.

Bosworth sintió un escalofrío glacial bajarle por el espinazo. Instintivamente apartó los ojos del rostro de Brand y los posó sobre el semblante enmohecido del diácono Hibben. Entre las manchas, se había puesto tan blanco como el de la señora Rutledge, y los ojos del diácono ardían en la blancura como brasas vivas entre las cenizas.

Brand soltó una risotada: la herrumbrosa risotada chirriante de aquel cuyas manifestaciones de gozo nunca son motivadas por la alegría.

—¿Mi hija *Ora*? —repitió.

—Sí.

—¿Mi *difunta* hija?

—Es lo que él dice.

—¿Su marido?

—Es lo que el señor Rutledge dice.

Orrin Bosworth escuchaba con una sensación de asfixia; sentía como si estuviera luchando contra monstruos de brazos largos en un sueño. Ya no podía resistir volver sus ojos hacia la cara de Sylvester Brand. Para sorpresa suya había retomado una imperturbable expresión natural. Brand se puso de pie.

—¿Eso es todo? —inquirió despectivamente.

—¿Todo? ¿Acaso no es suficiente? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguno de ustedes muchachos vio a Saúl Rutledge? —la señora Rutledge los atacó.

Al parecer Bosworth no lo había visto desde hacía casi un año; el diácono sólo se lo había cruzado el otoño anterior una vez, por un minuto, en la oficina postal de North Ashmore, y reconoció que para entonces no se veía demasiado bien. Brand no dijo nada, mas permanecía irresoluto.

—Pues bien, si esperan un minuto lo verán con sus propios ojos, y él les contará con sus propias palabras. Para eso es que los he hecho venir aquí… para que ustedes mismos vean lo que se ha apoderado de él. Entonces hablarán con otra voz —agregó, torciendo la cabeza abruptamente hacia Sylvester Brand.

El diácono alzó una austera mano de interrogación.

—Señora Rutledge, ¿su marido sabe que nos ha metido en este asunto?

La señora Rutledge mostró aprobación.

—¿Entonces fue con su consentimiento?

Miró fríamente al interrogador.

—Supongo que tuvo que serlo —dijo ella.

Bosworth sintió nuevamente el escalofrío bajarle por el espinazo. Trató de disipar la sensación al hablar fingiendo energía.

—Nos puede contar, señora Rutledge, ¿cómo se manifiesta este problema del que usted habla?… ¿qué la hace creer…?

Ella lo miró por un momento; luego se inclinó sobre la destartalada mesa de hacer cosas de abalorios. Una tenue sonrisa de desdén estrechó sus labios incoloros.

—Yo no lo creo… yo lo sé.

Se inclinó aún más, ambos codos sobre la mesa, su voz menguante.

—Yo los he visto.

En la luz cenicienta del velo de nieve más allá de las ventanas los pequeños ojos desorbitados del diácono parecían despedir destellos rojos.

—¿A él y la difunta?

—A él y la difunta.

—¿A Saúl Rutledge y… y Ora Brand?

—Así es.

La silla de Sylvester Brand cayó hacia atrás de un golpe. Estaba nuevamente de pie, enrojecido y maldiciendo.

—Es una malnacida mentira endemoniada…

—Brand, amigo… Brand, amigo… —intervino el diácono.

—Déjeme acabar con esto aquí. Quiero ver al propio Saúl Rutledge y decirle…

—Pues, aquí está —dijo la Sra. Rutledge.

La puerta exterior se había abierto; oyeron la estampida y la tembladera consabida de un hombre que le quita los últimos copos de nieve a su ropaje antes de penetrar en los sagrados recintos de su mejor sala de visitas. Entonces entró Saúl Rutledge.

II

A medida que entraba la luz de la ventana norte, le daba en la cara, y lo primero que Bosworth pensó fue que parecía un ahogado rescatado de debajo del hielo… «ahogado por su propia mano», añadió. Pero la luz reflejada por la nieve le juega crueles pasadas al color de un hombre, incluso a la forma de sus facciones; debió haber sido eso lo que —reflexionó Bosworth— parcialmente transformó al erguido hombre musculoso que había sido Saúl Rutledge un año antes en el demacrado miserable que ahora estaba frente a ellos.

El diácono buscó una palabra que suavizara el horror.

—Bien, ahora, Saúl… te ves como si hubieras tenido que ponerte justo encima de la estufa. ¿Quizás algo de fiebres?

El flojo intento fue inútil. Rutledge no se inmutó ni respondió. Permaneció entre ellos en silencio, taciturno, como resucitado de entre los muertos.

Brand lo agarró bruscamente del hombro.

—Veamos aquí, Saúl Rutledge, ¿cuál es esta sucia mentira que su mujer nos cuenta que usted ha estado tramando?

Rutledge seguía sin moverse.

—No es ninguna mentira —dijo.

Brand apartó su mano del hombro de Rutledge. A pesar de su capacidad para intimidar parecía estar indefiniblemente asombrado por el tono y el

aspecto de Rutledge.

—¿Ninguna mentira? Entonces usted se ha vuelto completamente loco, ¿verdad?

La señora Rutledge habló.

—Mi marido ni está mintiendo ni se ha vuelto loco. ¿No le digo que los he visto?

Brand se volvió a reír.

—¿A él y a la difunta?

—Sí.

—¿Dice usted que allá cerca al estanque de Lamer?

—Sí.

—Y, si le puedo preguntar, ¿cuándo fue eso?

—Anteayer.

Cayó un silencio sobre el grupo curiosamente congregado. Al fin el diácono lo rompió para decirle al señor Brand:

—Brand, en mi opinión, tenemos que llegar al fondo de este asunto.

Brand permaneció por un momento en una muda contemplación: había en él algo animal y primitivo, pensó Bosworth, cuando se quedaba así, amenazador y mudo, con algo de espuma burbujeante en las comisuras de su grueso labio inferior amoratado. Se dejó caer lentamente en la silla.

—Lo revisaré.

Los otros dos hombres y la señora Rutledge habían permanecido sentados. Saúl Rutledge seguía de pie delante de ellos, cual prisionero en los barrotes, o más bien como un enfermo ante los médicos que han de sanarlo. Mientras Bosworth analizaba la cara ahuecada, tan pálida bajo la oscura quemadura del sol, tan chupada hacia adentro y consumida por alguna fiebre oculta, se le ocurrió al sano hombre la idea de que quizás, después de todo, marido y mujer decían la verdad, y de que en ese momento todos ellos estaban parados realmente en el filo de algún misterio prohibido. Cosas que la mente racional rechazaría sin pensarlas ya no parecían tan fáciles de desechar cuando uno miraba al propio Saúl Rutledge y recordaba al hombre que había sido un año antes. Sí: como decía el diácono, tendrían que llegar al fondo del asunto…

—Siéntate pues, Saúl; ¿te acercas, por favor? —sugirió el diácono, intentando de nuevo un tono natural.

La señora Rutledge empujó una silla hacia adelante y su marido se sentó en ella. Estiró los brazos y se agarró las rodillas entre los huesudos dedos morenos; se quedó en esa postura, sin voltear ni los ojos ni la cabeza.

—Bueno, Saúl —continuó el diácono—, tu mujer dice que pensaste que tal vez nosotros podríamos hacer algo para ayudarte a salir de este problema, lo que sea que es.

Los ojos grises de Rutledge se ensancharon un poco.

—No; no pensé eso. Fue idea de ella intentar lo que se pudiera hacer.

—Presumo, pues, dado que has estado de acuerdo en que viniéramos, que no te opones a que hagamos algunas preguntas…

Rutledge estuvo callado por un momento; luego dijo con notable esfuerzo:

—No, no me opongo.

—Bueno… ¿has oído lo que tu mujer dice?

Rutledge hizo un leve movimiento de apro-bación.

—Y… ¿qué tienes por contestar? ¿Cómo ex-plicas…?

La señora Rutledge intervino.

—¿Cómo puede explicar? Yo los he visto.

Hubo un silencio; entonces Bosworth, tratando de hablar en un suave tono tranquilizador, inquirió:

—Saúl, ¿eso es así?

—Así es.

Brand levantó su cabeza pensativa.

—O sea que usted… se sienta delante de todos nosotros y dice…

La mano del diácono lo frenó de nuevo.

—Espera, Brand amigo. Entre todos estamos tratando de confirmar los hechos, ¿no es cierto? —se volvió hacia Rutledge—. Hemos oído lo que la señora Rutledge dice. ¿Cuál es tu respuesta?

—Yo no sé qué tanto haya una respuesta. Ella nos encontró.

—Y lo que me quieres decir es que la persona que estaba contigo era… era la que tú tomabas por… —la delgada voz del diácono se adelgazó aún

más—: ¿Ora Brand?

Saúl Rutledge asintió con la cabeza.

—Tú sabías… o pensaste que sabías… que te estabas encontrando con la difunta.

Rutledge agachó la cabeza otra vez. La nieve seguía cayendo en una fija capa inquebrantable contra la ventana, y Bosworth sentía como si una capa ondulante fuera a descender del cielo para envolverlos a todos en una tumba.

—¡Piensa en lo que estás diciendo! ¡Va en contra de nuestra religión! Ora… ¡pobre criatura! Hace un año que murió. Te vi en su funeral, Saúl. ¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—¿Qué más puede hacer? —interrumpió la señora Rutledge.

Hubo otra pausa. Los recursos de Bosworth le habían fallado y una vez más Brand se hundió en su meditación sombría.

El diácono juntó las puntas de sus dedos temblorosos y humedeció los labios.

—¿Anteayer fue la primera vez? —preguntó.

El movimiento de la cabeza de Rutledge fue negativo.

—¿No fue la primera? Entonces, ¿cuándo…?

—Hace casi un año, creo.

—¡Dios! ¿Y lo que nos quieres decir es que desde entonces…?

—Bueno… mírenlo —dijo su mujer.

Los tres hombres bajaron la mirada.

Después de un momento, Bosworth, tratando de reponerse, miró al diácono.

—¿Por qué no dejamos que Saúl haga su propia declaración si para eso es que estamos aquí?

—Así es —asintió el diácono. Se volteó hacia Rutledge—: ¿Tratarás de darnos una idea… de… de cómo empezó?

Hubo otro silencio. Entonces Rutledge apretó más sus rodillas enflaquecidas con las manos, y aún con la mirada fija hacia el frente, con su mirada ciega curiosamente nítida:

—Bueno, supongo que empezó tiempo atrás, incluso antes de que me casara con la señora Rutledge… —dijo en un tono bajo y automático, como si algún agente invisible le estuviera dictando las palabras, e incluso pronunciándolas por él—. Ustedes saben —añadió—, Ora y yo nos íbamos a casar.

Sylvester Brand levantó la cabeza.

—Primero acláranos esa afirmación, por favor —lo interrumpió.

—Lo que quiero decir es… que teníamos una relación. Pero Ora era muy joven. El señor Brand la mandó lejos. Estuvo lejos por casi tres años, creo. Cuando volvió yo estaba casado.

—Así es —dijo Brand, recayendo una vez más en su postura hundida.

—¿Y después de que regresó la volviste a ver? —continuó el diácono.

—¿Viva? —preguntó Rutledge.

Un perceptible escalofrío recorrió el salón.

—Bueno… por supuesto —dijo el diácono nerviosamente.

Rutledge parecía considerarlo.

—Una vez la vi… solo una vez. Había mucha más gente alrededor. Fue en la feria de Cold Corners.

—¿Entonces hablaste con ella?

—Solo un minuto.

—¿Qué dijo?

Habló en tono más bajo.

—Dijo que estaba enferma y que sabía que iba a morir, y que cuando estuviera muerta volvería a mí.

—¿Y qué respondiste?

—Nada.

—¿En ese momento le diste alguna importancia?

—Bueno, no. No hasta que oí que estaba muerta. Fue entonces cuando pensé en eso… y supongo que ella me atrajo. —Se humedeció los labios.

—¿Te atrajo a esa casa abandonada al lado del estanque?

Rutledge hizo un leve gesto de aprobación y el diácono añadió:

—¿Cómo supiste que era ahí que ella quería que fueras?

—Ella… sólo me atrajo…

Hubo una larga pausa. Bosworth sentía, sobre él y los otros dos hombres, el peso agobiante de la siguiente pregunta. La señora Rutledge abrió y cerró sus labios angostos un par de veces, como un molusco encallado que busca afanosamente la marea.

—Ahora bien, Saúl, ¿no vas a seguir con lo que nos estabas contando? —sugirió el diácono finalmente.

—Eso es todo. No hay nada más.

El diácono bajó la voz.

—¿Ella solo te atrae?

—Sí.

—¿Con frecuencia?

—Así sucede…

—Pero si siempre es ahí que ella te atrae, ¿no tienes la fortaleza como para no acercarte a ese lugar?

Por primera vez, Rutledge giró fatigosamente su cabeza hacia su interlocutor. Una sonrisa espectral hizo que sus labios incoloros se estrecharan.

—No sirve de nada. Ella me persigue…

Hubo otro silencio. ¿Qué más podían preguntar de esto o de aquello? La presencia de la señora Rutledge restringió la pregunta siguiente. El diácono parecía darle vueltas en vano al asunto. Al final habló con un tono más autoritario.

—Estas son cosas prohibidas. Lo sabes, Saúl. ¿Has intentado con la oración?

Rutledge sacudió la cabeza.

—¿Orarías con nosotros en este momento?

Rutledge le lanzó una mirada de indiferencia glacial a su consejero espiritual.

—Si ustedes muchachos quieren orar, me parece bien —dijo.

Pero la señora Rutledge intervino:

—Orar no sirve de nada. En este tipo de cosas no hay forma de que sirva; ustedes lo saben. Diácono, los mandé a llamar porque usted se acuerda del último caso en esta parroquia. Fue hace treinta años, creo; pero se acuerda.

Lefferts Nash… ¿la oración lo ayudó en algo? En ese entonces yo era una niñita, pero en las noches de invierno solía oír a los muchachos hablar de eso. Lefferts Nash y Hannah Cory. A ella le clavaron una estaca en el pecho. Eso fue lo que lo curó a él.

—Oh… —exclamó Orrin Bosworth.

Sylvester Brand levantó la cabeza.

—¿Está hablando de esa vieja historia como si esta fuera la misma cosa?

—¿No lo es? ¿No se está mi marido consumiendo de la misma forma en que lo hizo Lefferts Nash? Aquí el diácono sabe…

El diácono se movió ansiosamente en su silla.

—Estas son cosas prohibidas —repitió—. Supongamos que tu marido es sincero al creer que está poseído, como podría decirse. Bueno, incluso en ese caso, ¿qué prueba tenemos de que la… la difunta… es el espectro de esa pobre niña?

—¿Pruebas? ¿Acaso él no lo está diciendo? ¿Acaso yo no los he visto? —la señora Rutledge casi gritaba.

Los tres hombres permanecían sentados en silencio, y de repente la mujer exclamó:

—¡Una estaca en el pecho! Es la vieja usanza, y la única. ¡El diácono lo sabe!

—Molestar a los muertos va en contra de nuestra religión.

—¿Y no va en contra de su religión dejar que los vivos perezcan como está pereciendo mi marido?

Se paró súbitamente con uno de sus movimientos abruptos y agarró la biblia puesta sobre la estantería de un rincón del salón. Puso el libro sobre la mesa, humedeció la yema de uno de sus dedos enfurecidos, y pasó las páginas rápidamente hasta que llegó a una en la que puso su mano como un pétreo pisapapeles.

—Vean aquí —dijo, y leyó en voz alta con su llana voz salmodiosa—: «*No permitirás que viva la hechicera*».

—Está en el Éxodo, ahí es donde está —agregó, dejando el libro abierto como para constatar la afirmación.

Bosworth seguía mirando una por una a las cuatro personas alrededor de la mesa. Era el más joven de todos, y había estado más en contacto con el mundo moderno; podía oírse a sí mismo allá en Starkfield, en la barra de Fielding House, riéndose junto a los demás hombres de semejantes cuentos de mujeres. Pero no en vano había nacido bajo la sombra gélida de Lonetop, y pasado hambre y frío durante los amargos inviernos del condado de Hemlock cuando era muchacho. Después de que sus padres murieron y se había hecho cargo de la granja, le había sacado más provecho mediante el uso de métodos mejorados, y proveyendo de leche y vegetales al cada vez mayor número de veraneantes en el camino a Stotesbury. Lo habían nombrado concejal de North Ashmore; para ser tan joven tenía una trayectoria en el condado. Pero aún conservaba las raíces de su vida de antes. Podía recordar cuando de niño iba dos veces al año con su madre a esa inhóspita granja de la loma más allá de la casa de Sylvester Brand donde la tía de la señora Bosworth, Cressidora Cheney, había sido encerrada durante años en una fría habitación con barrotes de hierro en las ventanas. Cuando el pequeño Orrin vio por primera vez a la tía Cressidora, era una pequeña vieja blanca a la que sus hermanas solían «poner decente» para las visitas el día en que Orrin y su madre iban. El niño se preguntaba por qué había barrotes en las ventanas. «Como un canario», le decía a su madre. La frase hizo reflexionar a la señora Bosworth. «Me parece que tienen a la tía Cressidora muy abandonada», dijo, y a la siguiente vez que subió la montaña con el pequeñito, le llevó a su tía abuela un canario en una jaulita de madera. Era muy emocionante; estaba seguro de que la haría feliz.

El rostro inmóvil de la anciana se iluminó cuando vio el pájaro y sus ojos empezaron a brillar.

—Me pertenece —dijo instantáneamente, alargando su suave mano huesuda por encima de la jaula.

—Claro que sí, tía Cressy —dijo la señora Bosworth, con los ojos empañados.

Pero el pájaro, sobresaltado por la sombra de la mano de la anciana, empezó a aletear y batir sus alas distraídamente. Al ver eso, el rostro

apacible de la tía Cressidora se volvió de repente un enredo de rasgos espasmódicos.

—¡Tú, endemoniada, tú! —gritó con una aguda voz chillona. Metió su mano en la jaula y sacó a la fuerza el aterrorizado pájaro y le torció el pescuezo. Cuando empezó a desplumar el tibio cadáver y a gritar—: ¡endemoniada, endemoniada! —sacaron al pequeño Orrin de la habitación.

Mientras bajaban por el camino de la montaña la madre lloraba ríos, y dijo:

—No le tienes que contar a nadie que la pobre tía está loca. O los hombres vendrán a llevársela al asilo de Starkfield, y una vergüenza así nos mataría a todos. Prométemelo. —El niño lo prometió.

Ahora recordaba la escena, con su profundo halo de misterio, secreto y rumor. Parecía estar relacionada con muchas otras cosas bajo la superficie de sus pensamientos, cosas que brotaban de nuevo y lo hacían sentir que todos los viejos que había conocido, y que «creían en esas cosas», después de todo podrían estar en lo cierto. ¿No habían quemado una bruja en North Ashmore? ¿No seguían viniendo los veraneantes en espléndidas carrozas atestadas a ver la casa donde había tenido lugar el juicio, el estanque en el que la habían zambullido y había flotado?... El diácono Hibben lo creía; Bosworth estaba seguro de ello. Si él no, ¿por qué venía gente de todas partes a buscarlo cuando sus animales contraían enfermedades raras, o cuando tenían que encerrar a un niño de la familia porque se desmayaba y le empezaba a salir espuma por la boca? Sí, a pesar de su religión, el diácono Hibben *sabía*…

¿Y Brand? Bueno, de golpe se le reveló a Bos-worth que las mujeres de North Ashmore que habían sido quemadas llevaban el apellido Brand. La misma estirpe, sin duda; había habido Brands en el condado de Helmlock desde que el hombre blanco se había asentado allí. Y Orrin recordaba que de niño oía a sus padres decir que Sylvester Brand nunca se había casado con su prima por el vínculo sanguíneo. Sin embargo, la pareja había tenido dos niñas saludables, y cuando la señora Brand se consumió y murió, nadie sugirió que tuviera algún problema mental. Y Vanesa y Ora eran las mujeres más bellas de los alrededores. Brand lo sabía, y escatimó y ahorró todo lo

que pudo para mandar a Ora, la mayor, a estudiar contabilidad en Starkfield. «Cuando esté casada te mando a ti», solía decirle a la pequeña Venny, que era su favorita. Pero Ora nunca se casó. Estuvo por fuera tres años en los que Venny corría locamente por las laderas de Lonetop, y cuando Ora regresó, enfermó y murió… ¡Pobre muchacha! Desde entonces Brand se había vuelto más agresivo y malhumorado. Era un granjero trabajador, pero no había mucho que sacarles a esos acres áridos de Bearcliff. Decían que había empezado a beber desde la muerte de su mujer; de vez en cuando los hombres se topaban con él en los bares de mala muerte de Stotebury. Pero no tan seguido. Entre tanto trabajaba arduamente en sus pétreos acres. En el abandonado cementerio de Cold Corners había una lápida inclinada tallada con el nombre de su mujer; cerca, hacía un año, había enterrado a su hija mayor. Y a veces al atardecer, en otoño, la gente del pueblo lo veía pasearse lentamente, dar vueltas entre las tumbas y quedarse mirando ambas lápidas. Pero nunca les llevó una flor, ni les sembró una mata; Venny tampoco lo hizo. Ella era demasiado salvaje e ignorante…

La señora Rutledge repitió:

—Está en el Éxodo.

Los tres visitantes seguían callados, dándole vueltas a sus sombreros entre las manos renuentes. Rutledge se dio vuelta para verlos, aún con esa vacía mirada traslúcida que atemorizaba a Bosworth. ¿Qué era lo que veía?

—Amigos, ¿ninguno de ustedes tiene las agallas…? —exclamó su mujer de nuevo, medio histérica.

El diácono Hibben alzó la mano.

—De ninguna manera, señora Rutledge. Esto no es cuestión de tener agallas. Antes que nada, lo que queremos es… pruebas…

—Así es —dijo Bosworth, con una explosión de alivio, como si las palabras le hubieran sacado algo negro y acechante del pecho.

Involuntariamente, los ojos de ambos se volvieron hacia Brand. Él permanecía ahí, sonriendo sombríamente, pero no hablaba.

—¿No es así, Brand? — sugirió el diácono.

—¿Pruebas de que los espantos caminan? —se burló el otro.

—Bueno, supongo que ustedes también quieren zanjar esto.

El viejo granjero enderezó los hombros.

—Sí, yo quiero. Pero no soy un espiritualista. ¿Cómo carajos van a zanjar esto?

El diácono Hibben vaciló; luego dijo, en voz baja e incisiva:

—Solo veo una forma… la de la señora Rutledge.

Hubo un silencio.

—¿Qué? —Brand se burló de nuevo— ¿espiar?

El diácono bajó la voz aún más.

—Si la pobre camina… ella, tu hija… ¿no serías el primero en querer que descansara? Todos sabemos que ha habido casos… visitaciones misteriosas… ¿puede alguno de nosotros negarlo?

—Los he visto —intervino la señora Rutledge.

Hubo otra pausa agobiante. De repente, Brand fijó la mirada en Rutledge.

—A ver, Saúl Rutledge, usted tiene que esclarecer esta maldita calumnia, o sabré por qué. Dice que mi difunta hija lo viene a buscar. —Respiró con dificultad y dijo espasmódicamente—: ¿Cuándo? Dígamelo, y ahí estaré.

Rutledge inclinó un poco la cabeza, y dirigió los ojos hacia la ventana.

—Al atardecer, casi siempre.

—¿Lo sabe de antemano?

Rutledge asintió con un gesto.

Brand se volteó hacia la puerta.

—Ahí estaré. Eso fue todo lo que dijo.

Con pasos largos salió sin mirarlos ni decir otra palabra. El diácono Hibben miró a la señora Rutledge.

—Nosotros también —dijo, como si ella le hubiera preguntado; pero no lo había hecho, y Bosworth vio que todo su flaco cuerpo temblaba. Se sentía contento de estar de nuevo afuera con Hibben bajo la nieve.

III

Supusieron que Brand quería estar solo, y para darle tiempo de desamarrar el caballo fingieron merodear en la entrada de la casa mientras Bosworth buscaba en sus bolsillos una pipa que no tenía intenciones de encender.

Pero Brand se volvió hacia ellos mientras se demoraban.

—¿Vendrán conmigo mañana al estanque de Lamer? —sugirió—. Quiero testigos. Más o menos al atardecer.

Asintieron con resignación, y él subió a su trineo, le dio un latigazo al caballo en los flancos y se alejó por entre los abetos recubiertos de nieve. Y los otros dos se fueron al cobertizo.

—Diácono, ¿qué saca usted con meterse en esto? —preguntó Bosworth para romper el silencio.

El diácono sacudió la cabeza.

—El hombre está enfermo… eso está claro. Algo le está chupando la vida.

Pero Bosworth, en el aire cortante de afuera, ya estaba empezando a sentirse bajo control.

—A mí me parece que es un caso agudo de fiebres, como usted dijo.

—Bueno, fiebre mental, entonces. Lo que tiene enfermo es el cerebro.

Bosworth encogió los hombros.

—Bueno, él no es el primero en el condado de Hemlock.

—Así es —el diácono asintió—. Es un gusano cerebral, la soledad lo es.

—Bueno, lo sabremos mañana a esta hora, quizás —dijo Bosworth.

Se montó rápidamente al trineo y cuando se alejaba a su vez oyó que lo llamaba su compañero. El diácono le explicó que a su caballo se le había desprendido una herradura; si no lo hacía desviarse mucho, ¿lo llevaría Bosworth hasta la fragua cerca de North Ashmore? No quería que la yegua se le resbalara por la nieve congelada, y probablemente podía hacer que el herrero lo trajera de vuelta y le pusiera la herradura en el cobertizo de Rutledge. Bosworth le abrió campo bajo la piel de oso, y los dos hombres partieron, seguidos por el relincho desconcertado de la vieja yegua del diácono.

El camino que tomaron no era el que Bosworth habría seguido para llegar a su casa. Pero no le importó. El camino más corto hacia la fragua pasaba cerca del estanque de Lamer, y a Bosworth, dado que ya había puesto manos en el asunto, no le disgustó echarle una mirada al terreno. Cabalgaron sobre él en silencio.

La nieve había cesado, y un verde atardecer se extendía a lo alto en el cielo cristalino. Un viento punzante cargado de cristales de hielo los agarró de frente en las cumbres desprotegidas, pero cuando descendieron a la hondonada del estanque de Lamer el aire se sentía tan insonoro y vacío como el de una campana inmóvil. Trotaron lentamente a lo largo de la hondonada, sumidos cada uno en sus propios pensamientos.

—Esa es la casa… ¿estoy imaginando que esa choza a punto de desplomarse? —dijo el diácono, mientras el camino se acercaba más al borde del estanque congelado.

—Sí: esa es la casa. Un extraño ermitaño la construyó hace años, solía decirme mi padre. No creo que alguien más que los gitanos la haya usado desde entonces.

Bosworth había refrenado su caballo y se quedó mirando la deteriorada estructura a través de los troncos de los pinos que el atardecer teñía de púrpura. Ya había caído el crepúsculo bajo los árboles, pero el día persistía en el campo abierto. Entre los finos patrones de dos ramas de pino vio el lucero de la tarde, como una barca blanca en un mar de verde.

Su mirada bajó de ese cielo inmensurable y persiguió las ondulaciones azul claras de la nieve. Una curiosa agitación se apoderó de él al pensar que aquí, en esta soledad gélida, en la casa a punto de desplomarse por la que había pasado tantas veces sin prestarle atención, se estaba ejecutando un oscuro misterio demasiado profundo para el pensamiento.

Desde el cementerio de Cold Corners, el ser al que llamaban «Ora» debía de bajar por la ladera en dirección al estanque. Su corazón empezó a latir sofocadamente. De repente, exclamó:

—¡Mira!

Había saltado del trineo y con esfuerzo ascendía por el banco hacia la ladera de nieve. En eso, se giró en dirección a la casa… había detectado las huellas de una mujer; dos; luego tres, luego más. El diácono se bajó rápidamente detrás de él, y ahí se quedaron mirando.

—Dios… ¡pies descalzos! —jadeó Hibben—. Entonces sí *es*… la difunta…

Bosworth no dijo nada. Pero sabía que no había mujer viviente que anduviera descalza por ese desierto congelado. Aquí, entonces, estaba la prueba que había pedido el Diácono… la tenían. ¿Qué deberían hacer con ella?

—Supongamos que cabalgáramos más cerca… alrededor de la curva del estanque, hasta que estuviéramos cerca de la casa —propuso el diácono con una voz incolora—. Quizás así…

Fue un alivio posponer el asunto. Se montaron al trineo y cabalgaron. Doscientas o trescientas yardas más adelante el camino, una mera senda entre elevados márgenes frondosos viraba considerablemente a la derecha para seguir la curvatura del estanque. Cuando tomaron el giro vieron el trineo de Brand delante de ellos. Estaba vacío, el caballo amarrado al tronco de un árbol. De nuevo, los dos hombres se miraron entre sí. Esta no era la ruta más cercana para ir a casa de Brand.

Evidentemente él había actuado bajo el mismo impulso que primero los había hecho a ellos refrenar el caballo en su paso por el estanque, y después arrancar hacia la casucha desierta. ¿También él se había encontrado con las huellas? Quizás esta era la razón por la cual había dejado el trineo ahí antes de seguir en dirección a la casa. Bosworth se vio a sí mismo tiritando bajo la piel de oso. «Ojalá la noche no estuviera cayendo», murmuró. Amarró su caballo cerca del de Brand, y sin decir palabra él y el diácono surcaron la nieve en busca de los enormes pies de Brand. Les quedaban solo unas pocas yardas de camino para alcanzarlo. Él no los oyó seguirlo, y cuando Bosworth gritó su nombre, y se detuvo en seco y se dio vuelta, su cara sombría se veía mortecina y confundida, como una mancha muy oscura en el atardecer. Los miró con desgano, pero sin sorprenderse.

—Quería ver el lugar —dijo simplemente.

El diácono carraspeó.

—Tan solo echarle un ojo… sí… también lo pensamos… pero supongo que no habrá nada que *ver*… —intentó reírse.

El otro pareció no oírlo, pero continuó abriéndose paso entre los pinos. Los tres hombres aparecieron en el espacio despejado frente a la casa. Mientras emergían de los árboles, parecían haber dejado atrás la noche. El

lucero de la tarde esparcía un brillo sobre la nieve impecable, y Brand, en ese lúcido círculo, se detuvo con brusquedad, y señaló las mismas huellas delicadas que apuntaban en dirección a la casa, el rastro de una mujer en la nieve. Se quedó quieto, con el rostro pensativo.

—Pies descalzos… —dijo.

El diácono chilló con la voz temblorosa:

—Los pies de la difunta.

Brand permanecía inmóvil.

—Los pies de la difunta —repitió.

El diácono Hibben le había puesto su mano aterrorizada en el brazo.

—Vámonos ya de aquí, Brand; por el amor de Dios, vámonos de aquí.

El padre estaba aferrado ahí, contemplando el suave rastro en la nieve… parecía el suave rastro de un zorro o una ardilla en la blanca inmensidad. Bosworth pensó para sí mismo: «los vivos no pueden dar pisadas tan suaves… ni siquiera Ora Brand hubiera podido hacerlo cuando vivía…». El frío parecía habérsele entrado en la propia médula. Los dientes le castañeaban.

Brand se dio la vuelta hacia ellos abruptamente.

—¡*Ahora*! —dijo, y avanzó como si fuera un asalto, la cabeza sobre su cuello de toro inclinada hacia adelante.

—Ahora… ¿ahora? ¿No querrás decir allá adentro? —jadeó el diácono —. ¿De qué sirve? Él dijo que mañana… —se sacudía como una hoja.

—Es ahora —dijo Brand.

Fue hasta la puerta de la casa desquiciada, la empujó, y al encontrarse con una resistencia inesperada, empujó el panel con el hombro. La puerta colapsó como la carta de una baraja, y Brand tropezó tras ella en la oscuridad de la choza. Los demás, tras vacilar un momento, lo siguieron.

Bosworth nunca estuvo muy seguro del orden en que se dieron los hechos. Debido al resplandor de la nieve afuera, cuando miró hacia adentro sus ojos quedaron en una negrura total. Caminó a tientas hasta el umbral de la puerta, agarró con la mano una astilla afilada de la puerta derrumbada, le pareció ver algo blanco como un espectro surgir del rincón más oscuro de la

choza, y luego oyó el disparo de un revolver a la altura del codo, y un grito…

Brand se había devuelto y lo pasó tambaleando en dirección a la luz del día que aún quedaba. Repentinamente, el atardecer brotó de entre los árboles y tiñó su rostro de carmín como sangre. Sostenía un revólver en la mano y miró a su alrededor con su estúpida forma de hacerlo.

—Entonces ellos *sí* caminan —dijo, y se empezó a reír.

Inclinó la cabeza para examinar el arma.

—Mejor que lo hagan aquí y no en el camposanto. *Ahora* no la desenterrarán —gritó.

Los dos hombres lo agarraron de los brazos, y Bosworth le quitó el revólver.

IV

Al siguiente día Loretta, la hermana de Bosworth —quien le cuidaba la casa —, le preguntó cuando vino a almorzar si había oído las noticias.

Bosworth había estado cortando madera con un serrucho toda la mañana, y a pesar del frío y de la nieve torrencial que había empezado a caer de nuevo en la noche, estaba empapado de un sudor gélido, como un hombre que está superando una fiebre.

—¿Qué noticias?

—Venny Brand está en cama enferma de neumonía. El diácono fue a verla. Creo que se está muriendo.

Bosworth la miró con ojos apáticos. Parecía estar muy lejos de él, a millas de distancia.

—¿Venny Brand? —repitió.

—Nunca la quisiste, Orrin.

—Es una niña. Nunca supe mucho de ella.

—Bueno —repitió su hermana, con el cándido placer de los cortos de imaginación para dar malas noticias—, creo que se está muriendo. —Tras una pausa, agregó—: Eso matará a Sylvester Brand, tan solo por allá arriba.

Bosworth se levantó y dijo:

—Tengo que ponerle cataplasmas en la pata al caballo gris —salió hacia la nieve que caía sin cesar.

Venny Brand fue enterrada tres días después. El diácono ofició el servicio; Bosworth fue uno de los que cargó el féretro. Todo el campo acudió, pues la nieve había dejado de caer y, sin importar la estación, un funeral ofrecía una oportunidad de una salida que no se debía desaprovechar. Además, Venny Brand era joven y bella —por lo menos algunos creían que era bella, aunque era muy morena—, y su muerte así, tan repentina, poseía la fascinación de la tragedia.

—Dicen que tenía los pulmones completamente llenos… parece que había tenido problemas en los bronquios antes…. Siempre dije que ambas niñas eran frágiles… Miren a Ora, ¡cómo se enfermó y se consumió! Y allá donde Brand hace más frío que en cualquier… Su madre también se consumió de la misma forma. Nunca llegan a formar huesos viejos del lado materno de la familia... Ahí está ese joven Bedlow, dicen que se había comprometido con Venny… Oh, señora Rutledge, discúlpeme… Siga a esta banca, hay un puesto para usted justo al lado de la abuela…

La señora Rutledge avanzaba con paso cuidadoso por la angosta nave lateral de la inhóspita iglesia de madera. Tenía puesto su mejor bonete, una estructura monumental que nadie le había visto sacar del baúl desde el funeral de la vieja señora Silsee, hacía tres años. Todas las mujeres lo recordaban. Bajo esa altura perpendicular su cara angosta se mecía sobre el largo cuello delgado y se veía más blanca que nunca; pero había recompuesto su aire de inquietud en una expresión de afligida inmovilidad que era más apropiada.

«Parece como si el cantero la hubiera tallado para ponerla encima de la tumba de Venny», pensó Bosworth mientras pasaba por su lado, y su misma imaginación sepulcral lo hizo estremecerse. Cuando se inclinó sobre su himnario los párpados cerrados le recordaban de nuevo unas pupilas de mármol; las manos huesudas que sujetaban el libro carecían de sangre. Bosworth no había visto semejantes manos desde que viera las de la vieja tía Cressidora Cheney estrangular al canario porque aleteaba.

Había terminado el servicio, el ataúd de Venny Brand había descendido a la tumba de su hermana, y los vecinos se dispersaban lentamente. Por ser uno de quienes cargaron el féretro, Bosworth se sintió obligado a quedarse y a decirle unas palabras al afectado padre. Esperó hasta que Brand hubiera regresado de la tumba junto al diácono. Los tres hombres se quedaron juntos por un momento, pero ninguno habló. La cara de Brand era la puerta cerrada de una bóveda, enrejada con arrugas como bandas de hierro.

Finalmente, el diácono lo cogió de la mano y le dijo:

—El Señor le dio…

Brand asintió con la cabeza y se dio vuelta hacia el cobertizo donde estaban amarrados los caballos. Bosworth lo siguió.

—Déjeme cabalgar con usted hasta la casa —sugirió.

Brand no hizo mucho más que girar la cabeza.

—¿Casa? ¿Cuál casa? —dijo, y el otro se retiró.

Loretta Bosworth estaba hablando con las demás mujeres mientras los hombres desarropaban los caballos y le daban marcha atrás a los trineos hacia la nieve espesa. Mientras la esperaba, a pocos pies de distancia, Bosworth vio el bonete elevado de la señora Rutledge enseñoreándose por encima de las demás. Andy Pond, el capataz de Rutledge, le daba marcha atrás al trineo.

—Señora Rutledge, Saúl no está hoy aquí, ¿verdad? —chilló uno de los ancianos del pueblo, parpadeando y girando la benevolente cabeza de tortuga vieja sobre el cuello flácido en dirección al rostro de mármol de la señora Rutledge.

Bosworth la oyó dosificar la respuesta en lentas palabras incisivas.

—No, el señor Rutledge no está aquí. De seguro hubiera venido, pero también hoy van a enterrar a su tía Minorca Cummins en Stotesbury, así que tuvo que ir. ¿No parece a veces como si todos estuviéramos caminando justo bajo la sombra de la muerte?

Mientras caminaba hacia el trineo, en el que Andy Pond ya se había acomodado, el diácono se le acercó con evidente vacilación. Involuntariamente, Bosworth también se acercó. Oyó al diácono decir:

—Me alegra saber que Saúl ya está recuperado.

Giró su pequeña cabeza sobre el cuello rígido, y levantó los párpados de mármol.

—Sí, supongo que ahora dormirá con más tranquilidad. Y, quizás, también *ella*, ahora que yace acompañada —agregó en voz baja, con un repentino giro del mentón hacia la fresca mancha negra en la nieve del cementerio. Se montó al trineo, y le dijo a Andy Pond en un claro tono:

—Ya que estamos aquí supongo que pasaré por donde Hiram Pringle a comprar una caja de jabón.

Semilla de granada

Charlotte Ashby se detuvo en el umbral de la puerta. La penumbra había caído sobre la brillantez de la tarde de marzo, y la áspera disonante vida callejera de la ciudad estaba en su punto más alto. Le dio la espalda, deteniéndose por un momento en el anticuado vestíbulo de piso de mármol antes de insertar la llave en la cerradura. Los visillos a lo largo de los cristales de la puerta interior atenuaban la luz que entraba hasta una calidez borrosa que no dejaba distinguir detalles. Era la hora en la que, durante los primeros meses de su matrimonio con Kenneth Ashby, más le gustaba regresar a esa casa tranquila en una calle hace tiempo abandonada por los negocios y la moda. El contraste entre el rugido desalmado de Nueva York, la voraz llamarada de sus luces, el agobio de su tráfico congestionado, casas, vidas y mentes congestionadas, y este santuario velado al que llamaba hogar, siempre la conmovía profundamente. En el propio corazón del huracán había encontrado su diminuta islita… o eso creía. Y ahora, en los últimos meses, todo había cambiado, y siempre vacilaba en el umbral de la puerta y tenía que forzarse a entrar.

Mientras permanecía ahí, evocó la escena de adentro: el corredor con estampas viejas colgadas, la escalera recta, y a la izquierda la extensa biblioteca destartalada de su marido, llena de libros y pipas y sillones desgastados que invitaban a la meditación. ¡Cuánto había querido esa sala! Luego, en el piso de arriba, su propia sala de estar, en la que, desde la muerte de la primera mujer de Kenneth, no se habían cambiado los muebles ni las colgaduras porque nunca había habido suficiente dinero, pero de la que Charlotte se había apropiado al reacomodar los muebles y traer más libros, otra lámpara y una mesa para las revistas nuevas. Incluso, con ocasión de su única visita a la primera señora Ashby —una mujer distante, egocéntrica, a quien había conocido poco— había mirado a su alrededor con una envidia inocente, pues sentía que esa sala de estar era exactamente

la que hubiera querido tener, y ahora había sido suya por más de un año para ordenarla a su antojo; la sala a la que huía al atardecer en los días de invierno, donde se sentaba junto a la chimenea, o a responder cartas en el escritorio amplio y cómodo, o a revisar los cuadernos de sus hijastros, hasta que oía los pasos de su marido.

A veces se aparecían amigos; otras —casi siempre— estaba sola, y eso le gustaba más, ya que era otra forma de estar con Kenneth; reflexionaba sobre lo que había dicho al salir por la mañana, imaginaba lo que diría cuando subiera corriendo por las escaleras y la encontrara sola y la atrapara entre sus brazos.

Ahora, en lugar de eso, solo pensaba en una cosa: la carta que podría encontrar o no en la mesa del corredor. Hasta que se hubiera asegurado de si estaba o no estaba ahí, no tenía cabeza para nada más. La carta siempre era la misma: un sobre grisáceo cuadrado con las palabras «Señor K. A.», escritas en letra gruesa pero borrosa. Desde el principio, a Charlotte le había parecido peculiar que alguien que tuviera una mano tan firme dibujara las letras tan suavemente; la dirección siempre estaba escrita como si no hubiera suficiente tinta en el bolígrafo, o el puño del autor fuera demasiado débil como para sostenerlo. Otra cosa curiosa era que, a pesar de su trazo masculino, la caligrafía era evidentemente femenina. A primera vista algunas letras son neutras, otras masculinas; la caligrafía en el sobre gris, a pesar de su fuerza y su convicción, era sin duda la de una mujer. El sobre nunca llevaba más que el nombre del destinatario; sin estampilla, sin dirección. Presumiblemente la carta no era enviada por correo; pero, ¿quién la traía? Sin duda la introducían en el buzón, de donde probablemente la camarera, luego de cerrar los postigos y encender las luces, la sacaba. En todo caso, era siempre al atardecer, cuando oscurecía, que Charlotte la encontraba ahí puesta. Se refería a la carta en singular, como «eso», porque, aunque había habido varias desde su casamiento —siete, para ser exactos— se parecían tanto que en su mente se habían fundido las unas con las otras, convertidas en una sola carta, en «eso».

La primera había llegado el día después del regreso de su luna de miel: una larga travesía por las Indias Occidentales, de la que habían regresado a

Nueva York tras más de dos meses de ausencia. Esa primera noche, al entrar tarde a la casa con su marido —habían cenado en casa de su suegra— había visto, solitario en la mesa del corredor, el sobre gris. Sus ojos lo encontraron antes que los de Kenneth, y lo primero que pensó fue: «Qué raro, he visto esta caligrafía antes»; pero no pudo recordar dónde. El recuerdo era lo suficientemente definido como para identificar el texto cada vez que la miraba borrosamente desde el sobre pálido de siempre. Pero ese primer día no hubiera pensado más en la carta si no hubiera estado mirando a su marido justo cuando él miró el sobre y le brillaron los ojos. Todo ocurrió en un parpadeo: su ver la carta, agarrarla con la mano, alzarla a la altura de sus ojos miopes para descifrar el escrito borroso, luego separar abruptamente el brazo que tenía enganchado al de Charlotte, y apartarse hacia la lámpara del techo y darle la espalda. Ella había esperado… esperado un sonido, una exclamación; esperado a que él abriera la carta; pero guardó el sobre en el bolsillo sin pronunciar palabra y la siguió hacia la biblioteca. Y ahí se habían sentado junto a la chimenea y encendido sus cigarrillos, y él se había quedado en silencio, la cabeza recostada melancólicamente en el sillón, los ojos fijos en el fuego, y en ese momento se había pasado la mano por la frente y dicho:

—¿No estaba haciendo un calor inusual en la casa de mi madre hoy? Está que se me rompe la cabeza. ¿Te importa si me voy a dormir?

Esa fue la primera vez. Desde entonces Charlotte nunca había estado presente cuando él recibía la carta. Llegaba generalmente antes de que él regresara de la oficina, y ella tenía que subir y dejarla ahí quieta. Pero aunque no la hubiera visto, se habría enterado de que había llegado por la expresión que tenía el rostro de su marido cuando se le acercaba, lo cual, por esas noches, rara vez hacía antes de que se vieran para cenar. Evidentemente, sea el que fuere el contenido de la carta, quería enfrentarlo en soledad; y cuando reaparecía se veía muchos años más viejo, carente de vida y coraje, y apenas consciente de su presencia. A veces se quedaba callado el resto de la noche, y si hablaba era generalmente para insinuarle alguna crítica sobre su forma de manejar la casa, sugerirle algún cambio en la administración doméstica, para preguntarle, un poco nervioso, si la

institutriz de Joyce era demasiado joven e inconstante, o si siempre se aseguraba de que Peter —cuya garganta era delicada— estaba bien abrigado cuando salía para la escuela. En estos momentos Charlotte recordaría las advertencias amistosas que había recibido cuando se comprometió con Kenneth Ashby:

—¿Casarse con un viudo desconsolado? ¿No es bastante riesgoso? Sabes que Elsie Ashby lo dominaba absolutamente.

Y cómo había respondido jocosamente:

—Le va a alegrar un poco de libertad como para variar.

Y sobre esto había estado en lo cierto. No había necesitado que nadie, durante los primeros meses, le dijera que su marido estaba perfectamente dichoso con ella. Cuando regresaron de su prolongada luna de miel esos mismos amigos dijeron:

—¿Qué le has hecho a Kenneth? Parece veinte años más joven.

Y esta vez había respondido con alegría desenfadada:

—Supongo que lo he sacado de su rutina.

Pero lo que notó después de que las cartas grises empezaran a llegar no fue tanto su criticadera insegura y nerviosa —la cual parecía ser proferida siempre en contra de su voluntad— sino la expresión de sus ojos cuando se le acercaba después de recibir una de las cartas. No era una mirada desamorosa, ni siquiera indiferente; era la mirada de un hombre que había estado tan alejado de los acontecimientos cotidianos que a su regreso las cosas familiares le parecían extrañas. Eso a ella le importaba más que la criticadera.

Aunque desde el inicio había estado segura de que la caligrafía en el sobre gris era la de una mujer, fue mucho después que asoció las cartas misteriosas con algún secreto sentimental. Estaba demasiado segura del amor de su marido, demasiado segura de que ella le llenaba la vida, como para que se le ocurriera semejante idea. Parecía de lejos más probable que las cartas —las cuales ciertamente no parecían ocasionarle ningún placer sentimental— estuvieran dirigidas al ocupado abogado que a la persona particular. Probablemente eran de alguna cliente cansona —las mujeres, le había dicho con frecuencia, eran casi siempre engorrosas como clientes—

que no quería que la secretaria abriera sus cartas y por eso se las traía hasta la casa. Sí, pero en ese caso la mujer desconocida debía ser inusualmente problemática, a juzgar por el efecto que producían sus cartas. Por otro lado, aunque su discreción profesional era ejemplar, era raro que nunca hubiera hecho un comentario impaciente, que nunca le hubiera comentado a Charlotte, en un momento de franqueza, que había un fastidio de mujer que lo seguía importunando por un caso que se había fallado en su contra. Ya le había hecho más de una «medio confidencia» de ese tipo —por supuesto sin dar nombres ni detalles—, pero en el caso de esta misteriosa correspondencia mantenía la boca cerrada.

Había otra posibilidad: lo que de forma eufemística llamaban «viejos enredos». Charlotte Ashby era una mujer sofisticada. Tenía pocas ilusiones respecto de las complejidades del corazón humano. Sabía que con frecuencia había viejos enredos. Pero cuando se casó con Kenneth Ashby, sus amigos, en vez de insinuárselo como una posibilidad, le habían dicho:

—Tienes una tarea muy difícil por delante. Casarse con un donjuán sería una canonjía frente a esa tarea. Kenneth no ha mirado a otra mujer desde que vio a Elsie Corder. Durante sus años de matrimonio fue más un amante infeliz que un marido cómodamente satisfecho. Nunca te dejará mover una silla o cambiar una lámpara de sitio, y lo que sea que te atrevas a hacer, lo comparará mentalmente con lo que Elsie habría hecho en tu lugar.

Con excepción de la esporádica desconfianza nerviosa respecto de su habilidad para lidiar con los niños —desconfianza disipada gradualmente por su buen humor y el evidente cariño que sentían los niños por ella— ninguno de estos presagios se había hecho realidad. El viudo desolado, de quien sus amigos más cercanos decían que lo único que lo había salvado de un suicidio tras la muerte de su primera mujer eran sus absorbentes intereses profesionales, se había enamorado, dos años después, de Charlotte Gorse, y tras un cortejo impetuoso se habían casado y se la había llevado a una luna de miel tropical. Y desde entonces había sido tan tierno y amoroso como en esas primeras semanas radiantes. Antes de pedirle que se casaran le había hablado francamente del gran amor que le tenía a su primera mujer y del dolor que le sobrevino a su repentina muerte; pero aun así él no había

asumido una actitud de acongojado, ni insinuado que la vida no ofrecía posibilidades de renacer. Había sido perfectamente sencillo y natural, y le había confesado a Charlotte desde el inicio que confiaba en que el futuro le tuviera guardadas nuevas bendiciones. Y cuando, después del matrimonio, regresaron a la casa donde había pasado doce años de matrimonio con su primera mujer, le había dicho de inmediato a Charlotte que lamentaba no poder costear una renovación de la casa para ella, pero que sabía que cada mujer tenía su propia manera de acomodar los muebles y toda clase de formas de manejar la casa que un hombre nunca notaría, y le rogó que hiciera los cambios que ella creyera convenientes sin que se tomara el trabajo de consultárselo antes. Como resultado, hizo los menores cambios posibles; pero la forma en la que él iniciaba su nueva vida en el escenario de años era tan franca y despreocupada que ella se sintió a gusto inmediatamente, y casi que sentía pena de ver que el retrato de Elsie Ashby, que solía estar colgado sobre el escritorio de su biblioteca, había sido transferido en ausencia de ambos a la habitación de los niños. Como ella se sabía la causa de tal destierro, le habló de ello a su marido, pero él respondió:

—Oh, creo que deberían crecer con ella contemplándolos desde arriba.

La respuesta conmovió a Charlotte, y la satisfizo, y mientras el tiempo pasaba tuvo que confesar que se sentía más en casa, más a gusto y en confianza con su marido, desde que esa larga fríamente hermosa cara en la pared de la biblioteca ya no la perseguía con ojos cautelosos. Era como si el amor de Kenneth hubiera penetrado el secreto que ella apenas le reconocía a su propio corazón… su necesidad apasionada de sentirse la soberana hasta del pasado de él.

Con toda esta felicidad acumulada que la sostenía, era curioso que últimamente se hubiera encontrado a sí misma cediendo a una aprensión nerviosa. Pero la aprensión estaba ahí, y esa tarde en particular —quizás porque estaba más cansada de lo habitual, o por la preocupación de encontrar una nueva cocinera, o por alguna otra razón ridículamente trivial, moral o física— se sintió incapaz de reaccionar frente al sentimiento. Con la llave en la mano, volvió la mirada a lo largo de la calle silenciosa hacia el

remolino y más allá de la eliminación de la gran avenida, y después hacia al cielo ya encendido por la vida nocturna de la ciudad. «Allá afuera —pensó —, rascacielos, avisos publicitarios, teléfonos, telecomunicaciones, aviones, películas, automóviles, y el resto del siglo veinte; y al otro lado de la puerta algo que no puedo explicar, que no puedo relacionar con esas cosas. Algo tan antiguo como el mundo, tan misterioso como la vida… ¡Disparates! ¿De qué me preocupo? Hace tres meses que no llega una carta… no desde el día que volvimos del campo después de Navidad… ¡Raro que parece que siempre llegan después de nuestras vacaciones!... ¿Por qué habría de imaginar que va a haber una esta noche?».

No había razón para hacerlo, pero lo peor de todo —¡casi el peor de los peores!— era que había días en los que se quedaba ahí de pie aguantando frío y temblando con la premonición de algo inexplicable, intolerable, para ser enfrentado al otro lado de los cristales cortinados, y cuando abría la puerta y entraba, no había nada; y otros días en los que sentía el mismo escalofrío premonitorio, lo justificaba la presencia del sobre gris. Así que desde la llegada del último todas las noches le daba frío y se sentía premonitoria, porque nunca abría la puerta sin pensar en que la carta podría estar ahí.

Bueno, ya estaba harta de eso; era innegable. No podía seguir en esas. Si bien su marido se ponía blanco y le daba dolor de cabeza los días que llegaba la carta, parecía recuperarse al rato; pero ella no podía. Para ella la tensión se había vuelto crónica, y no era difícil adivinar la razón. Su marido sabía quién le mandaba la carta y qué decía; él estaba preparado de antemano para enfrentar lo que fuera y controlar la situación, por mala que fuera; mientras ella quedaba excluida en la ignorancia con sus conjeturas.

—¡No lo puedo soportar! ¡No lo soporto un día más! —exclamó en voz alta, mientras insertaba la llave en la cerradura. Giró la llave y entró, y ahí, sobre la mesa, estaba la carta.

II

Casi que estaba contenta de lo que veía. Parecía justificarlo todo, poner un sello de conclusión a todo ese asunto confuso. Una carta para su marido; una carta de una mujer: sin duda otro caso vulgar de «viejos enredos». ¡Qué tonta había sido en llegar a dudarlo, en devanarse los sesos con explicaciones menos obvias! Tomó el sobre con mano firme despectiva, miró de cerca las letras borrosas, lo puso a contraluz y solo discernió el contorno de la hoja que venía adentro. Sabía que ahora no tendría paz hasta que descubriera lo que estaba escrito en esa hoja.

Su marido no había llegado; rara vez volvía de la oficina antes de las seis y media o siete, y todavía no eran las seis. Tendría tiempo de subir la carta a la sala de estar, sostenerla sobre la tetera que a esa hora siempre la esperaba hirviendo junto a la chimenea, resolver el misterio y volver a poner la carta donde la había encontrado. Nadie se enteraría, y su persistente incertidumbre terminaría. La alternativa, por supuesto, era interrogar a su marido; pero hacerlo parecía aún más difícil. Sostuvo la carta entre un dedo y el pulgar, empezó a subir las escaleras con el sobre, pero luego se devolvió y lo puso sobre la mesa.

—No, evidentemente no puedo —dijo, decepcionada.

¿Entonces qué debería hacer? No podía subir sola a esa cálida sala acogedora, servirse té, repasar su correspondencia, ojear un libro o una revista… no con esa carta esperando abajo y sabiendo que dentro de poco su marido entraría, la abriría y se encerraría en la biblioteca, como siempre hacía los días en que llegaba el sobre gris.

Repentinamente lo decidió. Esperaría en la biblioteca y lo observaría por sí misma; vería lo que ocurría entre él y la carta cuando creían que nadie los miraba. Si dejaba la puerta entreabierta, y se sentaba en el rincón tras ella, podría verlo sin ser vista… Bueno, entonces, ¡lo vería! Arrastró una silla hasta el rincón, se sentó, con los ojos en la rendija, y esperó.

Hasta donde se podía acordar, era la primera vez que trataba de descubrir el secreto de otra persona, pero no tenía conciencia de remordimiento alguno. Simplemente se sentía como si estuviera abriéndose paso entre una niebla asfixiante de la que tenía que salir a toda costa.

Al fin oyó la llave de Kenneth y se levantó súbitamente. El impulso de salir corriendo a recibirlo casi la hace olvidar de por qué estaba ahí; pero lo recordó a tiempo y se sentó otra vez. Desde su puesto cubría todo el rango de sus movimientos: lo vio entrar por el corredor, sacar la llave de la puerta y quitarse el sombrero y el abrigo. Luego se dio vuelta para arrojar los guantes a la mesa del corredor, y en ese momento vio el sobre. La luz le daba en toda la cara, y lo primero que Charlotte advirtió fue su expresión de sorpresa. Evidentemente no había esperado la carta; no había pensado en la posibilidad de que estuviera ahí ese día. Pero aunque no la había esperado, ahora que la veía sabía con suficiencia qué contenía. No la abrió inmediatamente, pero se quedó inmóvil, el color de su cara desaparecía. Aparentemente no pudo decidirse a tocarla; pero al fin sacó la mano, abrió el sobre y lo puso bajo la luz. Al hacerlo se dio vuelta hacia Charlotte y lo único que ella vio fue su cabeza torcida y los hombros ligeramente encorvados. Aparentemente todo el escrito estaba en una página, pues no giró la hoja y siguió con la mirada fija en ella por tanto tiempo que tuvo que haberla releído una docena de veces… o eso le parecía a la mujer, que contenía la respiración mientras lo miraba. Al fin lo vio moverse; puso la carta aún más cerca de sus ojos, como si no la hubiera descifrado completamente. Luego bajó la cabeza y vio sus labios tocar la hoja.

—¡Kenneth! —exclamó y salió al corredor.

Con la carta empuñada entre los dedos, su marido se dio vuelta y la miró.

—¿Dónde estabas? —le dijo, con voz baja desconcertada, como un hombre sacado del sueño.

—En la biblioteca, esperándote. —Trató de estabilizar la voz—: ¡Qué es lo que pasa! ¿Qué dice esa carta? Te ves espantoso.

Su agitación pareció calmarlo, e instantáneamente se metió el sobre en el bolsillo con una leve risa.

—¿Espantoso? Lo siento. He tenido un día de perros en la oficina… uno o dos casos complicados. Me veo agotado, supongo.

—No te veías cansado cuando entraste. Fue solo cuando abriste esa carta…

La siguió hacia la biblioteca y quedaron mirándose el uno al otro. Charlotte notó cuán rápido recuperó su autocontrol; su profesión lo había entrenado en el dominio veloz de la voz y el semblante. De inmediato entendió que estaría en desventaja en cualquier intento de descubrir su secreto, pero al mismo tiempo perdió todo deseo de maniobrar, de engañarlo para que revelara lo que fuera que quería ocultar. Su deseo todavía era el de penetrar el misterio, pero solo para poder ayudarlo a soportar la carga que implicaba. «Incluso si *es* otra mujer», pensó.

—Kenneth —dijo, con el corazón latiéndole exaltadamente—, esperé aquí con el propósito de verte entrar. Quería mirarte mientras abrías esa carta. Su cara, antes pálida, se volvió de un rojo oscuro; luego se empalideció de nuevo.

—¿Esa carta? ¿Por qué esa carta en especial?

—Porque he notado que cada vez que una de esas cartas llega parecen ejercer un extraño efecto sobre ti.

Un gesto de rabia que ella nunca le había visto le apareció en el ceño, y se dijo a sí misma: «la parte superior de su cara es demasiado angosta; es la primera vez que lo noto».

Lo oyó continuar, con el fresco y ligeramente irónico tono del fiscal que trata de demostrar algo:

—Ah, ¿entonces acostumbras mirar a la gente abrir sus cartas sin que sepan que estás ahí?

—No lo acostumbro. Nunca antes hice semejante cosa. Pero tenía que averiguar lo que ella te escribe, a intervalos regulares, en esos sobres grises.

Él sopesó sus palabras por un momento; luego dijo:

—Los intervalos no han sido regulares.

—Oh, me atrevo a decir que tienes un mejor recuento de las fechas que yo —le replicó ella, ya sin magnanimidad debido al tono de su marido—. Solo sé que cada vez que esa mujer te escribe…

—¿Por qué asumes que es una mujer?

—Es la letra de una mujer. ¿Lo niegas?

Sonrió.

—No, no lo niego. Solo pregunté porque se supone que la letra debe parecerse más a la de un hombre.

Charlotte lo pasó por alto impacientemente.

—¿Y esta mujer… sobre qué te escribe?

De nuevo pareció considerarlo un momento.

—Sobre negocios.

—¿Negocios legales?

—En cierta forma, sí. Negocios en general.

—¿Te encargas de sus negocios?

—Sí.

—¿Te has encargado de ellos desde hace tiempo?

—Sí. Por un buen tiempo.

—Kenneth, queridísimo, ¿no me dirás quién es?

—No. No puedo —se detuvo, y reveló, como con cierto titubeo—: «secreto profesional».

La sangre le corrió a Charlotte desde el corazón hasta las sienes.

—No digas eso… ¡no lo digas!

—¿Por qué no?

—Porque te vi besar la carta.

El efecto de las palabras fue tan desconcertante que instantáneamente se arrepintió de haberlas dicho. Su marido, quien se había sometido al contrainterrogatorio con una suerte de compostura despectiva, como si estuviera complaciendo a un niño que no razona, le puso una cara de terror y angustia. Por un minuto parecía que no podía hablar: luego, reponiéndose con esfuerzo, balbuceó:

—La escritura es muy borrosa; tuviste que haberme visto sostener la carta cerca de mis ojos como para tratar de descifrarla.

—No; te vi besándola —se quedó callado—. ¿No te vi besándola?

Se volvió a hundir en la indiferencia.

—Quizás.

—¡Kenneth! Te quedas ahí y me dices eso… ¿a mí?

—¿Y para ti cuál es la diferencia? La carta es de negocios, como te dije. ¿Supones que mentiría al respecto? Quien la envía y yo somos muy viejos

amigos y no nos hemos visto desde hace mucho tiempo.

—Los hombres no besan cartas de negocios, ni siquiera de mujeres que han sido muy viejas amigas, a menos que hayan sido sus amantes, y todavía las extrañen.

Encogió los hombros levemente y le dio la espalda, como si hubiera dado la discusión por terminada y estuviera ligeramente disgustado por haber tenido que darse vuelta.

—¡Kenneth! —Charlotte se dirigió hacia él y lo agarró por el brazo.

Se detuvo con cara de fatiga y puso su mano sobre la de ella.

—¿No me creerás? —preguntó con delicadeza.

—¿Cómo puedo? He visto estas cartas que te llegan… hace meses que han estado llegando. Desde que regresamos de las Indias Occidentales… una de ellas me recibió el mismo día que llegamos. Y después de cada una veo el efecto misterioso que tienen sobre ti, te veo perturbado, infeliz, como si alguien estuviera tratando de alejarte de mí.

—No, querida; eso no. ¡Nunca!

Retrocedió y lo miró con súplica apasionada.

—Bueno, pues, pruébamelo, cariño. ¡Es tan fácil!

Forzó una sonrisa.

—No es fácil probarle algo a una mujer a quien se le ha metido una idea en la cabeza.

—Solo tienes que mostrarme la carta.

Él le soltó la mano y retrocedió y sacudió la cabeza.

—¿No lo harás?

—No puedo.

—Entonces la mujer que la escribió es tu amante.

—No, querida. No.

—No ahora, quizás. Supongo que está tratando de hacerte volver, y estás resistiéndote, por lástima hacia mí. ¡Mi pobre Kenneth!

—Te juro que nunca fue mi amante.

Charlotte sintió que las lágrimas inundaban sus ojos.

—Ah, la cosa es peor, entonces… ¡no hay solución! Las prudentes son las que logran mantener atrapado a un hombre. Todo el mundo lo sabe —

levantó sus manos y escondió la cara entre ellas.

Su marido permanecía callado; no le ofreció ni consolación ni negación, y al fin, secándose las lágrimas, alzó sus ojos casi tímidamente hacia los de él.

—Kenneth, ¡piensa! Hemos estado casados por poco tiempo. Imagina lo que me haces padecer. Dices que no me puedes mostrar la carta. Incluso te rehúsas a explicarla.

—Te he dicho que la carta es de negocios. Eso también lo juro.

—Un hombre juraría cualquier cosa con tal de encubrir a una mujer. Si quieres que te crea, por lo menos dime su nombre. Si lo haces, te prometo que no te pediré que me muestres la carta.

Hubo un largo intervalo de suspenso, durante el cual sintió el corazón latir contra sus costillas con rápidos golpeteos de advertencia, como alertándola del peligro al que se estaba exponiendo.

—No puedo —dijo al fin.

—¿Ni siquiera su nombre?

—No.

—¿No puedes decirme nada más?

—No.

De nuevo una pausa; esta vez ambos parecían haber alcanzado el final de sus argumentos y estar impotentes frente a frente a través de un desierto de incomprensión.

Charlotte se quedó respirando rápidamente, con las manos contra el pecho. Sentía como si hubiera corrido una carrera ardua sin llegar a la meta. Había pretendido conmover a su marido y solo había conseguido irritarlo; y este error de cálculo parecía haberlo convertido en un extraño, un misterioso ser incomprensible a quien ninguna de sus súplicas ni argumentos podrían alcanzar. Lo curioso era que no percibía en él hostilidad, ni siquiera impaciencia, sino una lejanía, una inaccesibilidad que era de lejos más difícil de vencer. Se sentía excluida, ignorada, borrada de su vida. Pero después de unos momentos, al mirarlo con más calma, vio que él estaba sufriendo tanto como ella. Su distante rostro precavido estaba

afectado por el dolor; la llegada del sobre gris nunca lo había marcado tan profundamente como esta discusión con su mujer.

Charlotte se animó; quizás, después de todo, no había agotado su último recurso. Se le acercó, y le puso la mano en el hombro una vez más.

—¡Pobre Kenneth! Si supieras cuánto lo siento por ti…

Creyó que lo había repugnado ligeramente esta manifestación de simpatía, pero él la agarró de la mano y se la presionó.

—No se me ocurre nada peor que ser incapaz de amar durante mucho tiempo —continuó ella—: de sentir la belleza de un gran amor y ser demasiado inestable como para soportar su peso.

La miró con cara de reproche melancólico.

—Oh, de mí no digas eso. ¡Inestable!

Al fin ella sintió que iba por el rumbo correcto, y la voz le tembló de emoción mientras seguía:

—¿Entonces qué de mí y de esta otra mujer? ¿Ya has olvidado a Elsie dos veces en un año?

Rara vez pronunciaba el nombre de su primera mujer; no le salió naturalmente de la boca. Ahora lo arrojaba como si arrojara al espacio abierto entre ellos algún explosivo peligroso, y retrocedió un paso, a la espera de oír estallar la mina.

Su marido no se movió; su expresión se tornó más triste, pero no mostraba resentimiento.

—Nunca he olvidado a Elsie —dijo.

Charlotte no pudo reprimir una leve risa.

—Pobre tú, querido, pues, entre nosotras tres…

—No hay… —empezó, y luego se quebró y se puso la mano en la frente.

—¿No hay qué?

—Lo siento; me parece no saber lo que estoy diciendo. Tengo una jaqueca enceguecedora.

Se veía lo suficientemente pálido y fruncido como para que la afirmación fuera cierta, pero ella estaba desesperada por su evasión.

—Ah, sí; la jaqueca del sobre gris.

Ella vio la sorpresa en sus ojos.

—Había olvidado cuán de cerca he sido observado —dijo fríamente—. Si me disculpas, creo que subiré e intentaré estar una hora en la oscuridad, para ver si me puedo deshacer de esta neuralgia.

Ella titubeó; luego dijo, con una determinación desesperada:

—Siento que te duela la cabeza. Pero antes de que te vayas quiero decirte que tarde o temprano esta cuestión tiene que resolverse entre nosotros. Alguien está tratando de separarnos, y no me importa cuánto me cueste encontrar quién es. —Lo miró directamente a los ojos—. Si me cuesta tu amor, ¡no me importa! Si no te puedo tener confianza no quiero nada de ti.

Él aún la miraba melancólicamente.

—Dame tiempo.

—¿Tiempo para qué? Es solo decir una palabra.

—Tiempo para demostrarte que no has perdido ni mi amor ni mi confianza.

—Bueno, estoy esperando.

Él se volvió hacia la puerta y luego miró dubitativo hacia atrás.

—Oh, por favor, espera, mi amor —le dijo, y salió del salón.

Oyó sus pasos cansados sobre la escalera y arriba el golpe de la puerta de su habitación. Luego se tumbó en una silla y enterró la cara entre los brazos cruzados. Su primer movimiento fue de compunción; le parecía que había sido dura, inhumana, poco imaginativa. «¡Pensar en decirle que no me importaba si mi insistencia me costaba su amor! ¡Qué mentira insignificante!». Arrancó a seguirlo para retractarse de sus palabras absurdas. Pero una reflexión la frenó. Después de todo, él había hecho lo que había querido; había eludido los ataques a su secreto y ahora estaba encerrado solo en su habitación, leyendo la carta de esa otra mujer.

III

Aún reflexionaba sobre esto cuando la sorprendida camarera entró y la encontró. No, dijo Charlotte, no se iba a vestir para cenar; el señor Ashby no quería cenar. Estaba exhausto y había subido a su habitación a descansar; más tarde haría que le trajeran algo en una bandeja a la sala de estar. Subió

las escaleras hacia la habitación. Su vestido de cenar estaba puesto sobre la cama, y al verlo, se apoderó de ella la tranquila rutina de su vida cotidiana y empezó a sentir como si la extraña conversación que había acabado de tener con su marido hubiera tenido lugar en otro mundo, entre dos seres que no eran Charlotte Gorse y Kenneth Ashby, sino fantasmas proyectados por su imaginación febril. Recordó el año que había pasado desde su matrimonio: la devoción constante de su marido, su ternura persistente, casi demasiado insistente; la sensación que por momentos le había dado de ser ávidamente dependiente de ella en demasía, exhaustivamente cercano a ella en demasía, como si no hubiera suficiente aire entre su alma y la de él. Parecía absurdo, mientras recordaba todo esto, que hace pocos instantes tuviera que haber estado acusándolo de un enredo con otra mujer. Pero, luego, qué…

Sintió el impulso de subir a buscarlo, pedirle perdón y tratar de despedir con risas el malentendido. Pero la detuvo el miedo a inmiscuirse en su privacidad. Estaba preocupado e infeliz, agobiado por algún miedo o pena, y le había mostrado que quería pelear su batalla solo. Sería más sabio, también más generoso, respetar su deseo. Solo que cuán extraño, cuán insoportable era estar ahí, en la habitación contigua, ¡y sentirse al otro lado del mundo! En su agitación nerviosa casi se arrepiente de no haber tenido el coraje de abrir la carta y ponerla de vuelta en la mesa del corredor antes de que él entrara. Al menos habría sabido cuál era su secreto, y habría disipado el espíritu maligno. Porque ahora estaba empezando a pensar en el misterio como algo consciente, malevolente: una persecución secreta ante la que él se acobardaba, más de la que no podía liberarse. Una o dos veces ella creyó haber detectado en sus ojos evasivos un llamado de ayuda, un impulso de confesión, reprimido y suprimido instantáneamente. Era como si él sintiera que ella lo podía haber ayudado si se hubiera enterado, ¡y aun así le hubiera sido imposible contarle!

Ahí se le pasó por la mente la idea de recurrir a su suegra. Le tenía mucho afecto a la vieja señora Ashby, una anciana de mirada diáfana y carnes firmes, de una brusquedad astringente en su discurso que se correspondía con el carácter simple y directo de Charlotte. Había un vínculo tácito entre ellas desde el día en que la señora Ashby mayor, invitada a

almorzar por primera vez con la nueva nuera, había sido recibida por Charlotte en la biblioteca, y con la mirada puesta sobre la pared vacía tras el escritorio de su hijo, había comentado lacónicamente:

—Se nos fue Elsie, ¿ah? —y a la explicación murmurada de Charlotte agregó—: Disparates. No la traigas de vuelta. Dos son compañía.

Charlotte, a quien le habían leído el pensamiento, apenas pudo evitar un intercambio de sonrisas de complicidad con su suegra, y ahora le parecía que la franqueza casi espeluznante de la señora Ashby podría calar hasta la médula de este nuevo misterio. Pero aquí vaciló de nuevo, pues la idea casi sugería una traición. ¿Qué derecho tenía ella de llamar a alguien, por más cercano que fuera el parentesco, para averiguar el secreto que su marido trataba de ocultarle? «Quizás, más tarde le hablaría a su madre por su propia voluntad», pensó, y luego finalizó: «Pero, ¿eso qué importa? Él y yo tenemos que resolverlo entre nosotros».

Aún estaba dándole vueltas al asunto cuando hubo un golpeteo en la puerta y su marido entró. Estaba vestido para cenar y parecía sorprendido de verla sentada ahí, con su vestido de noche ignorado sobre la cama.

—¿No vas a bajar?

—Pensé que no te sentías bien y te habías acostado a dormir —titubeó.

Forzó una sonrisa.

—No me estoy sintiendo particularmente bien, pero sería mejor que bajáramos —su cara, aunque todavía demacrada, se veía más tranquila que cuando se había recluido arriba hacía una hora.

«Ahí está; él sabe qué es lo que hay en la carta y ha librado su batalla de nuevo, lo que sea que es —reflexionó—, mientras yo sigo en las tinieblas». Timbró y ordenó apresuradamente que sirvieran la cena lo antes posible… tan solo una comida ligera, lo que pudieran alistar rápidamente, puesto que ella y el señor Ashby estaban bastante cansados y no tenían mucha hambre.

Les anunciaron la cena y ellos se sentaron a la mesa. Al principio ninguno parecía capaz de encontrar una palabra que decir; luego Ashby inició la conversación con una presunción de comodidad que era más agobiante que el silencio. «¡Qué cansado está! ¡Qué terriblemente exhausto!», se dijo Charlotte, persiguiendo sus propios pensamientos

mientras él parloteaba sobre la política local, la aviación, una exposición de pintura moderna francesa, la salud de una vieja tía y la instalación del teléfono automático. «¡Por todos los cielos! ¡qué cansado está!».

Cuando cenaban solos usualmente entraban a la biblioteca después de la comida y Charlotte se acurrucaba con su tejido en el diván mientras él se acomodaba en su sillón bajo la lámpara y encendía una pipa. Pero esa noche, por acuerdo tácito, evitaron el salón en el que había tenido lugar su extraña conversación y subieron a la sala de estar de Charlotte.

Se sentaron cerca de la chimenea.

—¿Tu pipa? —preguntó Charlotte después de que él había servido el café que apenas había probado.

Él sacudió la cabeza.

—No, hoy no.

—Tienes que acostarte temprano; te ves terriblemente cansado. Estoy segura de que te están poniendo a trabajar más de la cuenta en la oficina.

—Supongo que a veces todos trabajamos más de la cuenta.

Se puso de pie y se quedó frente a él con determinación súbita.

—Bueno, no voy a dejar que desgastes tu energía esclavizándote de esa manera. Es absurdo. Puedo ver que estás enfermo —se inclinó hacia él y le puso su mano en la frente—. Mi pobrecito Kenneth. Prepárate para irte pronto de vacaciones.

Alzó la mirada para verla, sobresaltado.

—¿De vacaciones?

—Ciertamente. ¿No sabías que te iba a sacar de aquí en Semana Santa? En quince días iniciamos una travesía de un mes a algún lugar. En alguno de los grandes cruceros —se detuvo y se inclinó aún más para tocarle la frente con sus labios—. También estoy cansada, Kenneth.

Pareció no ponerle cuidado a sus últimas palabras, pero se quedó sentado, las manos en las rodillas, la cabeza un poco retirada de sus caricias, y alzó la mirada para verla con mirada de aprensión.

—¿Otra vez? Mi vida, no podemos; no es posible que vaya.

—No sé por qué dices «otra vez», Kenneth; este año no nos hemos tomado unas vacaciones de verdad.

—En Navidad pasamos una semana con los niños en el campo.

—Sí, pero esta vez quiero que sea lejos de los niños, del servicio, de la casa. De todo lo que nos es conocido y fatigante. A tu madre le encantará tener a Joyce y a Peter en su casa.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza lentamente.

—No, querida; no puedo dejarlos con mi madre.

—¿Por qué, Kenneth? ¡Qué absurdo! Ella los adora. No tuviste reparo en dejarlos con ella por más de dos meses cuando nos fuimos a las Indias Occidentales.

Respiró profundamente y se puso de pie un tanto incómodo.

—Eso era distinto.

—¿Distinto? ¿Por qué?

—Es decir, en esos momentos no me daba cuenta de que —él se interrumpió como para elegir las palabras y continuó— mi madre adora los niños, como dices. Pero no siempre es muy cuidadosa. Las abuelas malcrían a los niños. Y a veces habla delante de ellos sin pensar —se volvió hacia su mujer con un gesto de súplica casi lamentable—. No me lo pidas, querida.

Charlotte reflexionó. Era cierto que la señora Ashby mayor tenía una lengua intrépida, pero era la última mujer en el mundo en decir o insinuar algo delante de sus nietos con lo que hasta el padre más escrupuloso se pudiera ofender. Charlotte miró a su marido con perplejidad.

—No entiendo.

Él siguió lanzándole la misma mirada suplicante y atormentada.

—No lo intentes —murmuró.

—¿No intentarlo?

—No ahora… todavía no —alzó las manos y las presionó contra sus sienes—. ¿No puedes ver que no sirve de nada insistir? No puedo ir, no importa cuánto pueda quererlo.

Charlotte aún lo analizaba seriamente.

—La pregunta es, ¿*quieres* hacerlo?

Él le devolvió la mirada por un instante; luego le empezaron a temblar los labios y dijo, apenas susurrando:

—Yo quiero… cualquier cosa que tú quieras.

—¿Y entonces…?

—No me preguntes. No puedo ir… ¡No puedo!

—¡Lo que quieres decir es que no puedes estar fuera del alcance de esas cartas!

Su marido había estado de pie frente a ella con una actitud medio inquieta y vacilante; ahora se dio la vuelta abruptamente y caminó una o dos veces a lo largo del salón, la cabeza inclinada, los ojos fijos en la alfombra.

Charlotte sentía los resentimientos aumentarle con sus miedos.

—Es eso —persistió—. ¿Por qué no admitirlo? No puedes vivir sin ellas.

Seguía su atormentada caminata por el salón; luego se detuvo, se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos. Por el movimiento de sus hombros, Charlotte se dio cuenta de que estaba sollozando. Nunca había visto a un hombre llorar, excepto a su padre después de la muerte de su madre, cuando era una niñita, y aún recordaba cómo la había asustado la escena. Ahora estaba asustada; sentía que le estaban arrancando del lado a su marido hacia algún cautiverio misterioso y que debía usar hasta la última gota de sus fuerzas en la lucha por su libertad y la de ella.

—Kenneth… ¡Kenneth! —le suplicó, poniéndose de rodillas junto a él—, ¿no me escucharás?, ¿no intentarás ver lo que estoy sufriendo? No soy irracional, cariño; en realidad no lo soy. Creo que nunca hubiera notado las cartas si no hubiera sido por el efecto que te causan. Fisgonear en los asuntos de los demás no es lo mío, e incluso si el efecto hubiera sido diferente; sí, sí; escúchame; si hubiera visto que las cartas te hacían feliz, que las esperabas con ilusión, que contabas los días entre su llegada, que las querías, que te daban algo que yo no había sabido cómo darte… porque, Kenneth, no digo que no habría sufrido por eso también, pero habría sido de una forma distinta y hubiera tenido el coraje de ocultar lo que sentía, y la esperanza de que algún día llegarías a sentir por mí lo que sentías por la remitente de la carta. Pero lo que no puedo soportar es cómo les temes, cómo te hacen sufrir, y aun así cómo no puedes vivir sin ellas y no te irás para no perderte una durante tu ausencia. O quizás —agregó, su voz rompiendo en un grito de acusación—, quizás es porque ella te ha prohibido

que vayas. Kenneth, ¡tienes que responderme! ¿Es esa la razón? ¿Es porque te lo ha prohibido que no irás conmigo?

Ella seguía de rodillas a su lado y extendió sus manos para acercar suavemente las de él. Estaba avergonzada de su persistencia, avergonzada de desvelar esa trastornada cara compungida, pero resolvió que semejantes escrúpulos no la detendrían. Él tenía los ojos apagados, los músculos de la cara se le estremecían; estaba haciéndolo sufrir incluso más de lo que ella misma sufría. Mas esto no la refrenó.

—Kenneth, ¿es eso? ¿Ella no nos dejará partir juntos?

Todavía él no hablaba ni le dirigía la mirada y una sensación de derrota la atropelló. Después de todo, pensó, la batalla estaba perdida.

—No es necesario que respondas. Veo que estoy en lo cierto —dijo.

De repente, mientras se levantaba, él se dio vuelta y la hizo sentar de nuevo. Sus manos agarraron las de ella y se las apretó tan fuertemente que sintió que sus anillos se le enterraban en la carne. Había algo temeroso, convulsivo en su agarre; era el apretón de un hombre que se sentía resbalar por un precipicio. Ahora la miraba como si la salvación estuviera en el rostro que se inclinaba sobre él.

—Por supuesto que nos iremos juntos. Iremos a donde tú quieras —dijo con confusa voz baja; y poniendo su brazo alrededor de ella, la arrimó hacia él y juntó sus labios con los suyos.

IV

Charlotte se había dicho a sí misma: «Dormiré esta noche», pero en cambio se sentó hasta la madrugada frente a la chimenea, a escuchar cualquier sonido que viniera de la habitación de su marido. Pero él, en todo caso, parecía descansar después de la ajetreada noche.

Una o dos veces caminó sigilosa hasta la puerta y en la luz tenue que entraba por la ventana desde la calle lo vio estirarse entre un sueño profundo: el sueño del agotamiento y la debilidad. «Está enfermo», pensó… «indudablemente está enfermo. Y no es exceso de trabajo, es la persecución misteriosa».

Respiró aliviada. Había vencido en la agotadora pelea y la victoria era suya… al menos por el momento. Si tan solo hubieran podido arrancar de una vez… ¡arrancar para cualquier lado! Sabía que sería inútil pedirle que se fueran antes de las vacaciones; y mientras tanto la influencia secreta —respecto de la cual seguía sin saber absolutamente nada— continuaría trabajando en su contra, y tendría que reanudar la lucha día tras día hasta que comenzaran el viaje. Pero después de eso todo sería diferente. Si pudiera tener a su marido en otros paisajes, y solo para ella, jamás dudaría de su poder para liberarlo del malvado encanto que lo poseía. Arrullada por la idea hasta quedar tranquila, al fin también durmió.

Cuando despertó, ya había pasado la hora en que solía hacerlo, y se sentó en la cama sorprendida y molesta por haber dormido de más. Siempre le gustaba estar abajo para servir el desayuno de su marido junto a la chimenea de la biblioteca, pero un vistazo al reloj le dejó claro que hace rato tenía que haber salido para la oficina. Para asegurarse, se levantó de la cama y entró a su habitación, pero estaba vacía. Sin duda la había buscado antes de salir, había visto que aún dormía y había bajado las escaleras sin molestarla; y su relación era lo suficientemente amorosa como para que ella se lamentara de haber dejado pasar su momento juntos en la mañana.

Timbró y preguntó si el señor Ashby ya había salido:

—Sí, hace una hora más o menos —había dicho la criada.

Había dado órdenes de que no despertaran a la señora Ashby y de que los niños no debían venir a buscarla hasta que ella mandara por ellos… Sí, había ido él mismo al cuarto de los niños a dar la orden. Nada de esto sonaba fuera de lo habitual, y Charlotte apenas supo por qué preguntó:

—¿Y el señor Ashby no dejó otro mensaje?

—Sí —dijo la criada—, dejó otro mensaje.

Estaba muy apenada de haberlo olvidado. Le había pedido, justo cuando salía, que le dijera a la señora Ashby que iba a encargarse de los pasajes y que por favor estuviera lista para zarpar mañana.

Charlotte repitió el «mañana» de la mujer, y se sentó mirándola incrédulamente.

—Mañana… ¿está segura de que dijo zarpar mañana?

—Oh, nunca antes tan segura, señora. No sé cómo pude haber olvidado mencionarlo.

—Bueno, no importa. Prepáreme el baño, por favor.

Charlotte se irguió, se vistió rápidamente y se encontró a ella misma cantando frente a su imagen en el espejo mientras se cepillaba el pelo. Haberse anotado semejante victoria la hacía volver a sentirse joven. La otra mujer se desvanecía como una brizna en el horizonte, mientras esta, que dominaba el presente, le devolvía una sonrisa al reflejo de sus ojos y labios. Él la quería, entonces… él la quería tan apasionadamente como siempre. Había adivinado lo que había sufrido, había entendido que la felicidad de ambos dependía de que escaparan de inmediato y de que se encontraran de nuevo el uno al otro después del tanteo de ayer en la niebla. La naturaleza de la influencia que se había inmiscuido entre ellos ya no le importaba mucho a Charlotte, se había enfrentado al fantasma y lo había disipado. «Coraje… ¡ese es el secreto! Si tan solo los enamorados no le tuvieran miedo siempre a arriesgar su felicidad al mirarla a los ojos». Mientras lo cepillaba, el abundante pelo claro ondeaba eléctricamente sobre su cabeza como las palmas de la victoria. Ah, bueno, algunas mujeres sabían cómo manejar a los hombres, y otras no, «y solo las hermosas —parafraseó alegremente— ¡se merecen a los valientes!». Ciertamente se veía muy hermosa.

La mañana danzaba como una concha en el mar brillante: un mar como el que pronto estarían surcando. Ordenó una cena particularmente buena, vio a los niños partir a sus clases, hizo que le bajaran las maletas, le pidió a la criada sacar ropas de verano —ya que por supuesto irían en busca de sol y calor— y se preguntó si no tendría que sacarle las bolas de naftalina a los trajes de lanilla de Kenneth. «Pero qué absurdo —reflexionó—, ¡que todavía no sepa para dónde vamos!». Miró el reloj y vio que era casi mediodía, y decidió llamarlo a la oficina. Hubo una leve demora; luego oyó la voz de la secretaria decir que temprano el señor Ashby se había asomado por un momento y había salido de nuevo casi inmediatamente… Oh, muy bien; Charlotte marcaría más tarde. ¿Cuán pronto era probable que regresara? La secretaria respondió que no sabría decirle; todo lo que sabían

en la oficina era que cuando salió había dicho que tenía afán porque tenía que salir de la ciudad.

¡Salir de la ciudad! Charlotte colgó el auricular y se sentó con la mente en blanco mirando hacia una nueva oscuridad. ¿Por qué había salido de la ciudad? ¿Y a dónde se había ido? Y de todos los días, ¿por qué tenía que haber escogido la víspera de su repentinamente planeado viaje? Sintió un ligero escalofrío de aprensión. Por supuesto que había ido a verse con esa mujer… a pedirle permiso de partir, sin duda. Tan esclavizado estaba que hasta eso, y Charlotte había sido lo suficientemente fatua como para ver las palmas de la victoria en la frente. Estalló en una carcajada y, luego de atravesar la habitación, se sentó de nuevo frente al espejo. ¡Qué cara tan diferente veía! La sonrisa de sus labios pálidos parecía burlarse de la mirada optimista de la Charlotte de antes. Pero su color se restauró paulatinamente. Después de todo, tenía derecho a reclamar la victoria, pues su marido estaba haciendo lo que ella quería, no lo que la otra mujer le exigía. Era bastante natural, en vista de su abrupta decisión de partir al día siguiente, que tuviera que hacer arreglos, cuestiones de negocios que concretar; ni siquiera era necesario suponer que el misterioso viaje era una visita a la autora de las cartas. Simplemente podía haber ido a ver a un cliente que vivía fuera de la ciudad. Por supuesto que en la oficina no se lo dirían a Charlotte; la secretaria había vacilado antes de impartir una información tan escasa como la ausencia del señor Ashby. Mientras tanto ella seguiría con los felices preparativos, satisfecha de enterarse más tarde a cuál Isla Afortunada en específico se la iban a llevar.

Las horas pasaban, o más bien iban hacia adelante en una ráfaga de preparativos ansiosos. Al fin la entrada de la criada que había venido a bajar las cortinas despertó a Charlotte de sus labores y, para su sorpresa, vio que el reloj marcaba las cinco. ¡Y aún no sabía hacia dónde iban al día siguiente! Marcó a la oficina de su marido y le dijeron que el señor Ashby no había estado ahí desde temprano en la mañana. Preguntó por su socio, pero el socio nada pudo añadir a lo que ya sabía, puesto que, según él, el tren suburbano se había retrasado y había llegado a la oficina después de que Ashby había entrado y salido. Charlotte se quedó perpleja; luego

decidió llamar a su suegra. Por supuesto Kenneth, en la víspera de un mes de ausencia, tenía que haber ido a ver a su madre. El solo hecho de que —a pesar de sus objeciones inciertas— tendrían que dejar a los niños con la vieja señora Ashby hacía obvio que tuviera toda clase de asuntos qué discutir con ella. En una situación distinta a Charlotte le podría haber dolido ser excluida de la reunión, pero nada importaba ahora que era la ganadora del día, que su marido todavía era suyo y no de otra mujer. Llamó entusiasmadamente a la señora Ashby, oyó su voz afable, y empezó:

—Bueno, ¿te sorprendió la noticia que te llevó Kenneth? ¿Qué piensas de nuestra escapada?

Casi instantáneamente, antes de que la señora Ashby pudiera responder, Charlotte sabía cuál sería la respuesta. La señora Ashby no había visto a su hijo, no tenía noticias de él y no sabía de qué hablaba su nuera. Charlotte se quedó en silencio en la intensidad de su sorpresa. «¿Pero entonces, en dónde ha estado?» pensó. Luego, reponiéndose, le explicó la repentina decisión a la señora Ashby y, mientras lo hacía, recobraba paulatinamente la confianza en sí misma, la certeza de que nada se podría interponer de nuevo entre Kenneth y ella. La señora Ashby recibió la noticia con calma y aprobación. También ella había pensado que Kenneth se veía preocupado y agotado, y estuvo de acuerdo con su nuera en que para esos casos un cambio era el remedio más seguro.

—Siempre me alegra tanto cuando se da una escapada. Elsie odiaba viajar; siempre buscaba pretextos para no dejarlo ir a ningún lado. Contigo, gracias a Dios, es diferente.

La señora Ashby tampoco estaba sorprendida de que él no hubiera tenido tiempo de hacerle saber de la partida. Tenía que haber estado corriendo desde el momento en que tomaron la decisión; pero sin duda pasaría antes de la cena. Cinco minutos de charla realmente era todo lo que necesitaban.

—Espero que gradualmente cures a Kenneth de la manía de darle vueltas y vueltas a una cuestión que podría resolverse en una docena de palabras. Él no solía ser así, y si trasladara ese hábito a su ámbito profesional pronto perdería a todos sus clientes… Sí, pasa un ratico, querida, si tienes tiempo; sin duda aparecerá mientras estás aquí —el timbre tónico de la voz de la

señora Ashby resonaba tranquilizador en el salón silencioso mientras Charlotte seguía con los preparativos.

Alrededor de las siete el teléfono sonó y ella se lanzó hacia él. ¡Ahora lo sabría! Pero solo era la concienzuda secretaria para decir que el señor Ashby no había regresado, ni mandado razón, y antes de cerrar la oficina le había parecido prudente hacérselo saber a la señora Ashby.

—Oh, muy bien. ¡Muchísimas gracias! —Charlotte exclamó animadamente, y colgó el auricular con la mano temblorosa.

Pero quizás en ese instante, reflexionó, estaba en casa de su madre. Cerró las gavetas y los armarios, se puso el sombrero y el abrigo y llamó a la habitación de los niños para avisar que iba a salir un momento a ver a la abuela.

La señora Ashby vivía cerca, y durante la corta caminata en el frío atardecer de primavera Charlotte imaginaba que toda figura que pasaba era la de su marido. Pero no se lo encontró en el camino, y cuando entró a la casa encontró a su suegra sola. Kenneth no había llamado ni venido. La anciana señora Ashby estaba junto a la radiante chimenea, los ganchos para tejer centelleaban firmemente entre sus viejas manos enérgicas y nada más su presencia física reconfortó a Charlotte. Sí, ciertamente era extraño que Kenneth se hubiera desaparecido el día entero sin hacérselo saber a nadie; pero, después de todo, era de esperárselo. Tantos hilos colgaban de las manos de un ocupado abogado que cualquier cambio de planes repentino lo obligaría a toda suerte de arreglos y ajustes imprevistos. Podría haber ido a los suburbios a ver algún cliente y se había ocupado allí; su madre recordó que le había contado que estaba a cargo de los asuntos legales de un extraño anciano recluido en algún lugar de Nueva Jersey, que era inmensamente rico, pero demasiado tacaño como para tener un teléfono. Muy probablemente Kenneth estaba atascado allí.

Pero Charlotte sentía que el nerviosismo se apoderaba de ella. Cuando la señora Ashby le preguntó la hora en la que zarpaban al día siguiente y había tenido que decir que no sabía —que Kenneth simplemente le había mandado razón de que iba a recoger los pasajes—, pronunciar de nuevo las palabras le recalcó lo insólito de la situación. Hasta la señora Ashby

reconoció que era raro; pero inmediatamente agregó que eso solo demostraba el afán en el que andaba.

—Pero, madre, ¡son casi las ocho en punto! Seguro él entiende que tengo que saber a qué hora arrancamos mañana.

—Oh, probablemente el barco no zarpa hasta la tarde. A veces tienen que esperar hasta la medianoche por la marea. Probablemente Kenneth está contando con eso. Al fin y al cabo él es sensato.

Charlotte se puso de pie.

—No es eso. Algo le ha pasado.

La señora Ashby se quitó los anteojos y enrolló el tejido.

—Si empiezas a dejarte llevar por la imaginación…

—¿Tú no estás ansiosa en lo más mínimo?

—Nunca lo estoy hasta que tengo que estarlo. Quisiera que ordenaras la cena, querida. ¿Te quedarás a cenar? Seguro que él pasará por aquí de camino a casa.

Charlotte llamó a su propia casa. No, dijo la criada, el señor Ashby no ha llegado ni ha llamado. Tan pronto llegara le diría que la señora Ashby estaba cenando en casa de su madre. Charlotte siguió a su suegra hasta el comedor y se sentó frente al plato vacío con la garganta reseca, mientras la señora Ashby servía con sosiego y eficiencia una comida pequeña pero preparada cuidadosamente.

—Será mejor que comas algo, hija, o te pondrás tan mal como Kenneth… Sí, un poco más de espárragos, por favor, Jane.

Le insistió a Charlotte que se tomara un vaso de jerez y probara un poco de la tostada; luego regresaron a la sala de estar, donde habían encendido la chimenea, sacudido y alisado los cojines del sillón de la señora Ashby. Cuán seguro y familiar se veía todo, y allá afuera, en algún lugar en la incertidumbre y el misterio de la noche, rondaba la respuesta a las conjeturas de ambas mujeres, como una figura indistinguible que merodeaba en el umbral.

Al fin Charlotte se levantó y dijo:

—Será mejor que regrese. Claramente a estas horas Kenneth irá directamente a casa.

La señora Ashby sonrió indulgente.

—No está tan tarde, querida. Dos gorriones no se tardan mucho comiendo.

—Son las nueve pasadas —Charlotte se agachó para besarla—. Lo cierto es que no puedo quedarme quieta.

La señora Ashby hizo a un lado su tejido y reposó las manos en los brazos del sillón.

—Voy contigo —dijo, impulsándose hacia arriba.

Charlotte protestó que estaba tarde, que no era necesario, que le avisaría tan pronto Kenneth llegara, pero la señora Ashby ya había llamado a la criada. Era algo coja, y esperó apoyada en su bastón mientras le traían los chales.

—Si el señor Kenneth aparece dile que me encontrará en su propia casa —le instruyó a la criada mientras las dos mujeres se montaban al taxi que habían pedido.

Durante el corto viaje agradeció no estar regresando a casa sola. Había algo cálido y sustancial en el simple hecho de la cercanía de la señora Ashby, algo que se correspondía con la claridad de sus ojos y la textura de su fresca y firme tez. Mientras el taxi se orillaba, puso su mano alentadoramente en la de Charlotte.

—Ya verás, habrá un mensaje.

La puerta se abrió cuando Charlotte timbró y las dos entraron. El corazón de Charlotte latía excitadamente; el estímulo de la seguridad de su suegra empezaba a recorrerle las venas.

—Ya verás… ya verás —repitió la señora Ashby.

La criada que abrió la puerta dijo no, el señor Ashby no había entrado y no había ningún mensaje suyo.

—¿Está segura de que el teléfono no está fuera de servicio? —sugirió la madre, y la criada dijo que por lo menos no lo estaba hace media hora, pero que iría a marcar para estar seguros.

Desapareció, y Charlotte se dio vuelta para quitarse el sombrero y la capa. Mientras lo hacía sus ojos se posaron sobre la mesa del corredor y ahí había un sobre gris, con el nombre de su marido escrito borrosamente.

—¡Oh! —gritó, consciente de golpe que por primera vez en meses había entrado a su casa sin preguntarse si una de las cartas grises estaría ahí.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó la señora Ashby con mirada de sorpresa.

Charlotte no respondió. Agarró el sobre y se quedó mirándolo detenidamente como si pudiera forzar la mirada a penetrar lo que había adentro. Luego se le ocurrió una idea. Se dio vuelta y le extendió el sobre a su suegra.

—¿Conoces la letra? —preguntó.

La señora Ashby cogió la carta. Tuvo que buscar las gafas con la otra mano y, cuando se las hubo acomodado, elevó el sobre hacia la luz.

—¡Qué raro! —exclamó, y luego se quedó inmóvil.

Charlotte se percató de que la carta se sacudía en la mano habitualmente firme de su suegra.

—Pero está dirigida a Kenneth —dijo al fin la señora Ashby, en voz baja. El tono parecía implicar que la pregunta que le hacía su nuera era algo indiscreta.

—Sí, pero no importa —dijo Charlotte con resolución repentina—. Quiero saber… ¿conoces la letra?

La señora Ashby le devolvió la carta.

—No —dijo claramente.

Las dos mujeres entraron a la biblioteca. Charlotte encendió la luz eléctrica y cerró la puerta. Aún sostenía la carta en la mano.

—Voy a abrirla —anunció.

Descubrió la mirada sobresaltada de su suegra.

—Pero, queridísima… ¿una carta que no es para ti? Querida, ¡no puedes!

—¡Como si eso ahora me importara! —seguía mirando fijamente a la señora Ashby—. Esta carta podría decirme dónde está Kenneth.

Una palidez súbita esfumó el rubor intenso de la señora Ashby; sus mejillas firmes parecían encogerse y marchitarse.

—¿Por qué podría? Qué te hace pensar… lo más probable es que no pueda…

Charlotte sostenía los ojos firmemente en la cara alterada.

—Ah, ¿entonces tú *sí* conoces la letra? —le reviró.

—¿Conocer la letra? ¿Cómo podría? Con todo lo que le escriben a mi hijo… Lo que sí sé es… —la señora Ashby se desmoronó y miró suplicante a su nuera, casi tímidamente.

Charlotte la agarró de la muñeca.

—¡Madre! ¿Qué es lo que sabes? ¡Dime! ¡Tienes que hacerlo!

—Que yo creo que nada bueno trae que una mujer abra las cartas de su marido a sus espaldas.

Las palabras sonaron en los oídos irritados de Charlotte tan huecas como una frase sacada de un libro de axiomas morales. Se rio impacientemente y soltó la muñeca de su suegra.

—¿Eso es todo? Nada bueno puede traer esta carta, se abra o no se abra. Eso lo sé bastante bien. Pero sea cual sea el mal que traiga, estoy resuelta a averiguar qué contiene.

Sus manos habían estado temblando mientras sostenían el sobre, pero ahora se afirmaban, y también su voz. Aún miraba fijamente a la señora Ashby.

—Esta es la novena carta que le ha llegado a Kenneth del mismo puño y letra desde que hemos estado casados. Siempre esos mismos sobres grises. He llevado la cuenta porque después de leerlas ha quedado como un hombre que ha tenido un trauma espantoso. Le toma horas sacudirse el efecto. Se lo he dicho. Le he dicho que necesito saber quién las manda, porque me doy cuenta de que lo están matando. No responde mis preguntas, dice que no puede decirme nada de las cartas; pero anoche prometió partir conmigo… escapar de ellas.

La señora Ashby, con paso tembloroso, había ido a sentarse en uno de los sillones, la cabeza le colgaba sobre el pecho.

—Ah —murmuró.

—Entonces ahora entiendes…

—¿Te dijo que era para escapar de ellas?

—Dijo, escapar… escapar —sollozaba tanto que apenas podía hablar—. Pero le dije que sabía que esa era la razón.

—¿Y qué dijo?

—Me estrechó entre sus brazos y dijo que iría a donde fuera que yo quisiera.

—Ah, ¡gracias a Dios! —dijo la señora Ashby.

Hubo un silencio durante el cual seguía sentada con la cabeza encorvada, evitando los ojos de su nuera. Al fin alzó la mirada y habló.

—¿Estás segura de que ha habido nueve?

—Perfectamente. Esta es la novena. He llevado la cuenta.

—¿Y se ha rehusado absolutamente a explicar?

—Absolutamente.

La señora Ashby habló entre sus pálidos labios contraídos.

—¿Cuándo empezaron a llegar? ¿Lo recuerdas?

Charlotte rio de nuevo.

—¿Recordarlo? La primera llegó la noche que regresamos de nuestra luna de miel.

—¿Tanto tiempo? —la señora Ashby levantó la cabeza y habló con súbito vigor—. Entonces… sí, ábrela.

Tan inesperadas fueron las palabras que Charlotte sintió la sangre en las sienes y otra vez las manos le empezaron a temblar. Trató de forzar la solapa del sobre con el dedo, pero estaba tan bien pegada que había tenido que rebuscar en el escritorio de su marido el abrecartas de marfil.

Mientras apartaba los objetos que le eran conocidos pero que sus manos tocaban solo hasta ahora, le transmitieron el escalofrío glacial que emanaban las posesiones personales de un recién difunto. En el profundo silencio del salón el rasgado del papel mientras abría el sobre sonó como un grito humano. Extrajo la hoja y la llevó hacia la lámpara.

—¿Bueno? —preguntó la Sra. Ashby susurrando.

Charlotte no se movía ni respondía. Estaba encorvada sobre la hoja con las cejas fruncidas, sujetándola cada vez más cerca de la luz. Tenía la vista borrosa, o encandilada por el reflejo de la luz de la lámpara sobre la superficie lisa del papel, puesto que, al forzar los ojos así, solo pudo distinguir unos pocos trazos, tan borrosos e inciertos que eran casi ilegibles.

—No puedo descifrarla —dijo.

—¿Qué quieres decir, querida?

—La letra es muy borrosa… espera.

Regresó al escritorio, se sentó cerca de la lámpara de lectura de Kenneth y deslizó la carta bajo una lupa. Todo el tiempo fue consciente de que su suegra la estaba observando fijamente.

—¿Bueno? —la señora Ashby suspiró.

—Bueno, no es más claro. No puedo leerla.

—¿O sea que el papel está absolutamente en blanco?

—No, no precisamente. Tiene un escrito. Puedo comprender algo como «mío»… oh, y «ven». Puede ser «ven».

La señora Ashby se puso de pie abruptamente. Tenía la cara aún más pálida que antes. Avanzó hacia el escritorio y, posando las dos manos sobre él, respiró profundamente.

—Déjame ver —dijo, como obligándose a hacer un esfuerzo odioso.

Charlotte sintió el contagio de su palidez. «Ella sabe», pensó. Le deslizó la carta por el escritorio. En silencio, la suegra inclinó la cabeza sobre ella, pero sin tocarla con sus pálidas manos arrugadas.

Charlotte se quedó observándola, así como cuando ella había tratado de leer la carta la señora Ashby la había observado. Su suegra buscó a tientas los anteojos, se los llevó a los ojos y se inclinó aún más hacia la página desplegada con el fin de —parecía— evitar tocarla. La luz de la lámpara caía directamente sobre su cara vieja, y Charlotte se preguntaba qué honduras de lo desconocido podrían ocultarse bajo las facciones más cándidas y claras. Jamás había visto los rasgos de su suegra expresar nada más que emociones simples y cuerdas: cordialidad, regocijo, una simpatía amable; de vez en cuando un destello de ira saludable. Ahora parecían estar vestidos de miedo y de odio, de una consternación incrédula y un desafío casi acobardado. Al fin alzó la cabeza.

—No puedo… no puedo —dijo con una voz de angustia infantil.

—¿Tampoco puedes descifrarla?

Sacudió la cabeza y Charlotte vio que dos lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¿Aunque te sea tan familiar la letra? —Charlotte insistía con los labios contraídos.

La señora Ashby no asumió el reto.

—No puedo comprender nada… nada.

—Pero, ¿sí conoces la letra?

La señora Ashby levantó la cabeza tímidamente; sus ojos ansiosos recorrían con una mirada de aprensión el callado salón familiar.

—¿Cómo podría saberlo? Al principio estaba sobresaltada…

—¿Sobresaltada por el parecido?

—Bueno, yo creí…

—¡Será mejor que lo sueltes, madre! ¿Supiste de inmediato que era *su* letra?

—Oh, espera, querida… espera.

—¿Esperar qué?

La señora Ashby alzó la mirada; sus ojos, viajando por delante de Charlotte, se alzaron hasta la pared vacía tras el escritorio de su hijo.

Charlotte, persiguiendo su mirada, explotó en una estridente risa de acusación.

—¡No es necesario que espere más! ¡Ya me has respondido! ¡Estás mirando justo a la pared donde solía estar colgado su cuadro!

La señora Ashby alzó la mano en señal de advertencia.

—Sh-h.

—Oh, ¡no es necesario que pienses que algo me pueda asustar de nuevo! —gritó Charlotte.

Su suegra todavía se apoyaba contra la mesa. Sus labios se movían quejumbrosamente.

—Pero nos estamos enloqueciendo… ambas estamos enloqueciendo. Ambas sabemos que semejantes cosas son imposibles.

Su nuera la miró con lástima.

—Hace tiempo sé que todo es posible.

—¿Incluso esto?

—Sí, justo esto.

—Pero esta carta… al fin y al cabo, no hay nada en esta carta…

—Quizás lo habría para él. ¿Cómo puedo saberlo? Recuerdo que una vez me dijo que si uno estaba acostumbrado a una letra hasta su trazo más tenue

se volvía legible. Ahora entiendo qué quería decir. Él *estaba* acostumbrado a ella.

—Pero los pocos trazos que puedo distinguir son muy pálidos. Probablemente nadie podría leer esa carta.

Charlotte se rio de nuevo.

—Supongo que todo lo de un fantasma es pálido —dijo estridentemente.

—Oh, mi niña…mi niña… ¡no lo digas!

—¿Por qué no debería decirlo cuando hasta las paredes vacías lo vociferan? ¿Qué más da si sus cartas son ilegibles para ti y para mí? Si hasta tú puedes verle la cara en esa pared vacía, ¿por qué él no podría leer la letra en esta hoja en blanco? ¿No ves que ella está en cada rincón de esta casa, y más cerca de él porque se ha vuelto invisible para todos los demás?

Charlotte se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos. Una agitación de sollozos la sacudió de pies a cabeza. Al fin una mano sobre su hombro la hizo alzar la mirada y vio a su suegra inclinándose hacia ella. La cara de la señora Ashby parecía haberse encogido y desgastado aún más, pero había recobrado su habitual aspecto de tranquilidad. En medio de la tormenta de su angustia, Charlotte sintió el impacto de ese espíritu resoluto.

—Mañana… mañana. Ya verás. Mañana habrá alguna explicación.

Charlotte la interrumpió.

—¿Una explicación? Me pregunto, ¿quién la va a dar?

La señora Ashby retrocedió y se irguió heroicamente.

—Kenneth mismo lo hará —vociferó con voz firme.

Charlotte no dijo nada, y la anciana prosiguió:

—Pero mientras tanto tenemos que actuar; tenemos que avisarle a la policía. Ahora, sin demorarnos ni un segundo. Tenemos que hacerlo todo… to-do.

Charlotte se puso de pie lenta y rígidamente. Sentía las articulaciones tan encalambradas como las de una anciana.

—¿Justo como si creyéramos que hacer algo podría servir?

—¡Sí! —gritó resueltamente la señora Ashby.

Y Charlotte se fue hacia el teléfono y descolgó el auricular.

«Wharton [...] dominó la elipsis de forma magistral, creando inquietantes atmósferas minadas de intenciones implícitas y de finas suspicacias».

LALE GONZÁLEZ-COTTA

Clásicos de siempre de la literatura

LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

«Si tan solo uno pudiera entrar en una comunión lo suficientemente profunda con la casa, podría uno descubrir su secreto y adquirir por cuenta propia el poder de ver fantasmas».

EDITH WHARTON





Alcaldía de Bogotá